



¡EL AMIGO FRITZ

POR

ERCKMANN CHATRIAN



(Continuacion.)



obus, recordando ésto, quedó satisfecho, y sin completar el cesto, dijo :

—Ya hay bastantes : si pusiera una botella más de Capucins todos acabaríamos debajo de la mesa, y como decía mi padre á menudo : «se debe usar de este vino, pero nunca abusar.»

Y colocando con precaucion el cesto fuera del tinglado, cerró la puerta con cuidado, la volvió á poner las cadenas y echó á andar por el camino que conducía á la primera bodega ; al paso completó el cesto con una botella de rom añejo que buscó en un pequeño armario colocado entre dos machones de la bóveda baja, y por fin volvió á subir, parándose cada vez que necesitaba echar las cadenas á las puertas.

Al llegar al portal, ya sintió el ruido de las cacerolas y el chisporroteo del fuego en la cocina ; Katel había vuelto del mercado, todo estaba preparado, esto le satisfizo.

Subió, pues, y parándose en el pasillo en el quicio de la puerta de la cocina, dijo.

—Ya están aquí las botellas ; es preciso, Katel, que te excedas á tí misma y nos hagas lo que se llama una buena comida... pero muy buena.

—Descuide V., señor, respondió la cocinera á quien le incomodaban las reconvenciones : ¿le he disgustado alguna vez en veinte años?

—No, Katel, no, al contrario ; pero tú sabes que se puede guisar bien, muy bien y superlativamente bien.

—Haré lo que pueda, dijo la vieja ; creo que no se me puede pedir más.

Kobus, observando sobre la mesa dos patos, un soberbio trozo de carne para el asado, truchitas para el frito y un hermoso *paté fois gras*, calculó que todo saldría bien y se tranquilizó.

—Está bien, está bien, dijo al irse, esto marchará, ¡já! ¡já! ¡já! ¡cómo nos vamos á reir!

En lugar de entrar en el comedor de diario, tomó por el corredorcito de la derecha y se detuvo delante de una gran puerta, dejó el cesto en el suelo, metió la llave en la cerradura y abrió ; era el salon de gala de los Kobus ; sólo se comía allí cuando repicaban gordo. Las persianas de tres grandes ventanas que había en el fondo estaban cerradas, y la poca luz que por ellas atravesaba en un día tan nublado, descubría en el fondo muebles viejos, butacas amarillas, una chimenea de mármol blanco, y por las paredes grandes cuadros cubiertos de percalina blanca.

Fritz abrió las ventanas y empujó las persianas para renovar el aire. Este salon, tapizado con muebles de roble, tenía un aspecto un tanto majestuoso y digno ; se comprendía á primera vista que allí se había comido bien de padres á hijos.

Fritz quitó los paños que cubrían los cuadros ; eran retratos de familia ; el uno representaba al consejero del elector Federico Wilhelm en el año de gracia 1715, Nicolás Kobus ; con su inmensa peluca de tiempo de Luis XIV, traje color de café, anchas mangas con vueltas hasta los codos y chorrera de finísimos encajes ; su cara era ancha, cuadrada y digna. Otro retrato representaba á Frantz-Sepel-Kobus, porta-estandarte del regimiento de dragones de Leissingen con el uniforme azul celeste, galoneado de plata, charretera blanca en el hombro izquierdo, el pelo empolvado, y el tricornio echado sobre la oreja : representaba unos 20 años á lo más, y parecía fresco como un capullo de rosa. Un tercer retrato representaba á Zacarías Kobus, el juez de paz, con traje negro ; tenía en la mano una caja de rapé, y llevaba peluca con coleta.

Estos tres retratos, de gran tamaño, eran pinturas hechas á conciencia, y dejaban adivinar que los Kobus habían podido siempre pagar con largueza á los artistas encargados de transmitir su efigie á la posteridad. Fritz tenía gran semejanza con todos ellos, esto es, los ojos azules, las narices aplastadas, la barba redonda y con un hoyito, la boca muy hundida y el aire satisfecho de la vida.

En fin, á la derecha en la pared y en frente de la chimenea, había un retrato de mujer ; la abuela de Kobus, fresca, risueña, con la boca entreabierto para dejar ver la dentura más bonita que puede imaginarse, el pelo elevado en forma de barco, y el vestido de terciopelo azul celeste bordado de rosa.

Al mirar esta pintura, se ocurría pensar en las envidias que habría despertado el abuelo Frantz Sepel, y se admiraba que su nieto fuera tan poco aficionado al matrimonio.

Todos estos cuadros, rodeados de grandes molduras doradas, producían un gran efecto sobre el fondo oscuro del elevado salón.

Sobre la puerta se veía una especie de moldura que representaba al amor arrastrado en un carro por tres palomas. En fin, en todos los muebles, en la altura de las puertas de los armarios, la antigua *Chiffonnière* de palo de rosa, el aparador de roble con hermosas cestas de frutas talladas, la gran mesa ovalada y de patas retorcidas, hasta en el entarimado de encina empalmado, alternando el amarillo con el negro, en todo, se reconocía á primera vista la buena posición ocupada por la familia Kobus en Hunenbourg durante ciento cincuenta años.

Fritz después de abrir las persianas arrastró la mesa, y merced á sus rodajitas la llevó hasta la mitad de la sala: fué en seguida á abrir aquellos grandes armarios incrustados en la pared, y de dobles puertas que llegaban desde el techo al suelo. En uno tenía la ropa de mesa, finísima, inmejorable y colocada en una multitud de tablas del armario; en el otro la vajilla de magnífica porcelana sajona antigua, floreada, moldeada y dorada, las pilas de platos colocados en la parte inferior, y sobre ellos todos los demás servicios, es decir, las soperas, tazas, salseras, azucareros, etc., y luego la plata ordinaria metida en un canastillo.

Kobus eligió un buen mantel adamascado, lo extendió cuidadosamente pasando las manos por encima para quitar los dobleces, y haciendo nudos en las puntas para que no arrastrasen. Todo esto lo hizo con parsimonia, con gran seriedad, poseído de su papel. En seguida cogió una pila de platos servilleteros y los colocó sobre la chimenea, y después otra de platos soperos. Trajo inmediatamente un centro de mesa de cristal grueso y tallado en forma de grandes diamantes, grandes copas en que el vino tinto simula los reflejos del rubí y los del topacio, los blancos. Por fin colocó los cubiertos en la mesa, los unos en frente de los otros, dobló con cuidado las servilletas en forma de barquilla ó mitra, y dirigió diversas visuales tan pronto por la derecha como por la izquierda para cerciorarse de la simetría.

Cuando se engolfaba en esta faena, tomaba un aire de recogimiento inexplicable, apretaba los labios y fruncía el ceño.

—Aquí, decía en voz baja, colocaré al gran Federico Shoulz del lado de las ventanas y espaldas á la luz, en frente el recaudador Christian Haan, Josef en este otro lado y yo enfrente; muy bien... así está perfectamente; cuando abran la puerta, lo veo todo de antemano, y sabiendo lo que van á servir podré hacer señas á Katel para que se aproxime ó espere, ¡magnífico! Ahora colocaré las copas; á la derecha la de Burdeos para empezar; en medio la de Rudesheim y después la de Johannisberg de Capucins. Cada cosa en su lugar; las vinagreras sobre la chimenea, la sal y pimienta en la

mesa ; me parece que está ya todo completo, me atrevo á asegurar... ¡Ah, el vino! Como ya hace calor es preciso enfriarlo, y para eso lo pondremos en una cubeta sobre el pozo, pero separaré el Burdeos, que debe beberse tibio, y se lo advertiré á la vieja Katel.

Ahora es preciso que me afeite, que me mude y me componga... me pondré mi levita de color de café : esto marcha, Kobus; ¡já, já, já! qué fiesta de la primavera... hace un dia magnífico! ¡Hola, el gran Federico está ya paseando por la plaza, no puedo perder un minuto!...

Fritz se marchó, y al pasar por la cocina previno ó Katel que pusiera á enfriar los vinos y á calentar el Burdeos; estaba radiante de alegría, y al entrar en su cuarto tarareaba :

—Tra, lá, lá... que vuelve el verano ya... chin, chin!

El olor confortante de la sopa de cangrejos se percibía en toda la casa, y la gran Frentzel, la cocinera del Bœuf Rouge, avisada de antemano, llegaba en aquel momento para ayudar á la vieja Katel que no podía sola atender á la cocina y al comedor.

Serían las once y media en la iglesia de Laurdorphe, y los convidados no podían tardar mucho.

IV.

¿Hay nada más agradable en el mundo que sentarse á la mesa con cuatro ó cinco amigos, en el tradicional comedor de sus antepasados y poniéndose con gravedad la servilleta atada al cuello, servir sendas cucharadas de una sopa deliciosa de colas de cangrejo, que embalsaman el ambiente, y pasar los platos diciendo : «Pruébenla ustedes, señores, y díganme con franqueza qué les parece?»

¡Con cuánta felicidad se empieza una comida de esta especie, con las ventanas abiertas, dejando ver el azul puro del cielo de la primavera ó el otoño!

¡Con qué aire de recogimiento le miran á uno, cuando empuña el gran cuchillo de mango de cuerno y se dispone á descuartizar la hermosa pierna de carnero, ó que con la pala de plata intenta partir con delicadeza por el centro un magnífico salmon que viene con la boca llena de peregil!

Despues, al coger por detras de la silla una botella y colocarla entre las piernas para destaparla sin sacudidas, ¡con qué cara de satisfacción os miran diciendo : qué vendrá ahora?

¡Ah! lo confieso ; es un gran placer ver reunidos á los amigos y decir entre sí : «Dios mediante, se reproducirá esto el año que viene por este tiempo, y así seguirá repitiéndose hasta que Dios disponga que vayamos á dormir en paz en el seno de Abraham.»

Y cuando á la quinta ó sexta botella se animan los semblantes; cuando los unos se sienten inclinados á dar gracias á Dios, que les colma de bendiciones, y los otros á celebrar las glorias de la vieja

Alemania, sus pasteles, sus jamones y sus vinos suculentos; cuando Kasper se enternece y pide perdón á Michel de haberle guardado rencor, sin que Michel lo haya notado nunca, y que Christian, con la cabeza caída sobre el hombro ríe por lo bajo pensando en el padre Bishoff, muerto hacía diez años, y que él había ya olvidado; cuando unos hablan con otros de música y todos lo hacen á la vez, parándose de cuando en cuando para echar una carcajada; entónces, la alegría y los placeres llegan á su colmo y parece que se ha transportado á la tierra el Paraíso, el verdadero Paraíso.

Este era, pues, el estado en que se encontraban en casa de Fritz Kobus, hácia la una y media de la tarde; el vino añejo había producido ya su efecto.

El gran Federico Shoulz, antiguo secretario del padre Kobus y sargento que fué de la landwer el año 1814, con su leviton azul, su peluca con coleta, de grandes brazos y largas piernas, la espalda recta y la nariz puntiaguda, accionaba de un modo extraño, relatando la manera cómo se había salvado durante la campaña francesa en un cierto pueblo de la Alsacia, donde se vió obligado á fingirse el muerto, miéntras que dos campesinos le robaban las botas; apretaba mucho los labios, rechinaba los dientes y exclamaba como si estuviese todavía en aquella crítica posición. ¡No me movía! porque pensaba: ¡Si te mueves, son capaces de clavarte la horquilla por la espalda!

Le refería este acontecimiento al recaudador Haan, que parecía le escuchaba, y que con la cara morada, el estómago abultado á manera de tonel, la corbata lacia y medio deshecho el nudo, los ojos velados por las lágrimas, y la risa en los labios, no hacía sino pensar en la próxima apertura de la caza. De cuando en cuando se incorporaba como para contestar algo; pero se recostaba nuevamente con lentitud en su sillón y dejaba su manaza, llena de sortijas, sobre la mesa cerca de la copa.

Josef estaba serio, su cara cobriza denotaba que estaba como en contemplación interior; había echado para atrás su gran cabellera, y su mirada penetrante la fijaba en el cielo azul que divisaba por lo alto de las ventanas.

Kobus se desternillaba de risa oyendo al gran Federico: su ancha nariz le cubría la mitad de la cara, y sus pómulos sacados y elevados por la risa, completaban en su fisonomía la apariencia de una careta.

—Vaya, bebamos una copita más. La botella no está si no por la mitad.

Los demás bebían pasando la botella de mano en mano.

En este momento se presentó el viejo David Sichel y no es fácil pintar los gritos de entusiasmo con que se le recibió.

—¡Viva David!... ¡Ya está aquí David!... Bien venido seas!... entra!...

El viejo rabino lanzando una mirada escudriñadora sobre las fuentes vacías, los restos de los pasteles ya descuartizados, las botellas

destripadas y todo aquel conjunto, comprendió al momento el tono á que había subido la fiesta y se sonrió maliciosamente.

—¡Hola, David! ya era tiempo, exclamó Kobus, si tardas diez minutos más, mando á los gendarmes en tu busca. Te estamos aguardando hace más de media hora.

—En todo caso no lo habeis hecho en medio de los sollozos de Babilonia, contestó el viejo rebbe con aire burlon.

—¡Sólo faltaba eso! dijo Kobus haciéndole lado ; vamos, toma una silla, viejo, y siéntate. ¡Cómo siento que no puedas probar este pastel, está delicioso!

—Sí, replicó el gran Federico, pero para este treife (1) no es posible; el señor ha hecho los jamones, los embutidos y las salchichas para que nos las comamos nosotros.

—Y tambien las indigestiones, replicó David riéndose por lo bajo. ¡Cuántas veces tu padre Johann Shoulz me ha dicho lo mismo! Es una broma de familia que heredais de padre á hijos, como la peluca de coleta y la gorra de terciopelo con dos bucles. Si tu padre hubiese sido ménos apasionado del jamon, las salchichas y embutidos, estaría hoy tan bueno y tan fuerte como estoy yo. Pero vosotros, shande, no quereis entenderlo y hoy uno, mañana otro, os dejais coger, como ratones en la ratonera, por amor al tocino.

—Miren el viejo posehé-israel, con lo que nos sale, hablando de que tiene miedo á las indigestiones, como si la ley de Moisés no le prohibiera comer estas cosas.

—Calla, dijo David gangueando, lo digo para las gentes que no entienden otra cosa ; pero esta razon os debe bastar ; es muy poderosa para un sargento de la landwher, que se deja robar las botas en un pueblo de la Alsacia ; las indigestiones son casi tan temibles como los horquilleros.

Entónces prorumpieron en una inmensa carcajada, y Federico levantando el dedo le dijo :

—¡David, yo te atraparé luego!

Pero no supo qué contestar y el viejo rabino reia á carcajadas con los demas.

La gran Frentzel de la posada del Bœuf-Rouge, despues de quitar los platos y fuentes de la mesa, llegó con una bandeja cargada de tazas, y detrás Katel con otra en que conducía las cafeteras y los licores.

El viejo rebbe se colocó entre Kobus y Josef. Federico Shoulz sacó su pipa de Ulma y Fritz fué á buscar al armario una caja de cigarros. Pero cuando apénas habia salido Katel y la puerta estaba aún abierta, se oyó una vocecilla fresca y alegre que decía :

—¡Vamos! buenos dias, señorita Katel ; ¡vaya una comida que ha habido aquí! no se habla de otra cosa en el pueblo.

—¡Chist! le replicó Katel.

(1) Declarado impuro por la ley de Moisés.

Y le cerró la puerta.

Todos en el comedor habían fijado su atención en aquella vocecita y Haan dijo :

—¡Bonita voz! ¿habeis oido? bueno es el cántico, Kobus, ¿qué os parece?

—¡Katel!... ¡Katel!... gritó Kobus, volviéndose atónito.

—Señor, ¿se me ha olvidado algo? preguntó Katel.

—No; pero ¿quién está ahí?

—Es Suzel, la hija de Christel el arrendatario de Meishental. Trae huevos y manteca fresca.

—¡Ah! ya ; es Suzel.

—Pues dile que éntre. Ya hace cinco meses que no la veo.

Katel, volviéndose, dijo :

—Suzel, que te llama el señor.

—No puedo entrar, señorita Katel ; no estoy vestida.

—¡Entra, Suzel! gritó Kobus.

Entonces apareció en el quicio de la puerta una muchachita de unos 15 años, fresca como el capullo de una rosa, rubia, blanca y sonrosada; con los ojos azules, la naricita recta y fina, los labios graciosamente ondeados, y vestida con una falda blanca y un corpiño azul: llevaba la cabeza baja, y estaba como avergonzada.

Todos los amigos la miraron con aire de admiración; y Kobus mismo se quedó sorprendido al verla.

—¡Cómo has crecido, Suzel! la dijo. Pero entra, no tengas miedo; no te vamos á comer.

—¡Ah! ya lo sé, Sr. Kobus; pero como no estoy vestida...

—¡Vestida! dijo Haan. ¿No están siempre bien vestidas las niñas bonitas?

—Entonces Fritz se volvió hacia Haan, y le dijo levantando los hombros.

—¡Haan! ¡Haan! que es una niña... una verdadera niña... Entra, Suzel, tomarás café con nosotros. Katel, trae una taza para la pequeña.

—No, señor; yo no me atrevo, Sr. Kobus, replicó la muchacha.

—Vamos, Katel, pronto.

Cuando la vieja sirvienta volvió con la taza, Suzel, encarnada hasta los ojos, estaba sentada en el borde de la silla, y derecha como un palo, entre Kobus y el viejo rebbe.

—¿Cómo va por la quinta, Suzel? ¿Está bueno tu padre Christel?

—Sí, señor; gracias á Dios, contestó la muchacha. Está perfectamente; y mi madre también. Me han encargado tantas cosas para usted...

—Que sea enhorabuena; me alegro mucho. ¿Habeis tenido mucha nieve este año?

—Dos piés alrededor de la quinta, durante tres meses; sólo se han necesitado ocho días para que se derritiese.

—¿Entonces los sembrados han estado cubiertos?

—Sí, Sr. Kobus. Ya está brotando todo; la tierra verdea ya.

—Está bien; pero tómame el café, Suzel. ¿No te gusta quizás? ¿Quieres mejor un vaso de vino?

—No, señor; me gusta mucho el café, Sr. Kobus.

—El viejo rebbe miraba á la niña con aire tierno y paternal; quería servirle él mismo el azúcar en el café, diciendo:

—Eres una niña excelente, lo que se llama una buena muchacha; pero demasiado miedosa. Vamos, Suzel, toma un sorbito; con eso tomarás alientos.

—Gracias, Sr. David, respondió con su vocecilla.

Y el viejo rebbe se alegró, mirándola con aire tierno mojar los labios en la taza.

Todos contemplaban con placer esta muchacha tan dulce y tímida. Josef también se sonreía. Había en ella como un perfume de los campos, algo de primavera y de ambiente, de risueño y dulce, como el canto de la alondra entre los trigos. Al mirarla parecía transportarse uno al campo, á la quinta despues del deshielo de las nieves.

—¿De modo que todo empieza á verdear? replicó Fritz; ¿se ha empezado ya el cultivo?

—Sí, señor Kobus; la tierra estaba todavía húmeda, pero con los ocho dias de sol que llevamos se habrá secado y podrá empezar el trabajo; dentro de quince dias tenemos ya rabanitos. ¡Ah! mi padre quisiera hablar con V., estamos siempre tras de V. esperándole todos los dias. La Blanchette parió la semana pasada y su cría está bien; es una ternera blanca.

—¡Una ternera blanca! me alegro.

—Sí; las blancas dan más leche y ademas son más bonitas.

Hubo un momento de silencio; Kobus viendo que la muchacha había tomado ya el café y que estaba cortada, le dijo:

—Vamos, hija mia, me alegro mucho haberte visto; pero como te encuentro cohibida entre nosotros, vete con la vieja Katel, que te espera, y dile de mi parte que te ponga en la cesta un buen trozo de pastel y una botella de vino para que se lo lleves á tu padre.

—Gracias, Sr. Kobus, repitió la muchacha levantándose con ligereza, y haciendo una graciosa reverencia echó á correr.

—No te olvides de decir que dentro de quince dias lo más tarde iré por allí, dijo Fritz.

—No, señor, no lo olvidaré; se alegrarán mucho.

Salió volando como el pájaro de su jaula; y el viejo David, con los ojos chispeantes de alegría, exclamó:

—Es una muchacha preciosa, en toda la extension de la palabra; de seguro será dentro de poco una buena madre de familia, no lo dudo.

—Una madre de familia, ya lo esperaba yo; porque este viejo posehé-israel no puede ver una muchacha ó un muchacho sin pensar en

seguida en casarlos ; y diciendo esto reía á carcajadas , ¡já, já, já!

—Pues qué, ¿hay algo de extraño en lo que he dicho? replicó el viejo rebbe con la perilla erizada ; lo digo y lo repito : una buena madre de familia. ¿Qué mal hay en eso? Dentro de dos años esta muchachita podrá haberse casado y tener un niño blanco y sonrosado en los brazos.

Vamos, viejo, cállate, que estás chocho.

Yo chocho... tú sí que lo estás ; cuando no se toca este punto, tienes bastante buen juicio, pero en llegando á él desvarías como un loco.

—Bien ; de modo que ahora soy yo el loco y David Sichel el razonable. ¿Qué idea tan extravagante la de este viejo que quiere casar á todo el mundo?

—¿No es el destino del hombre y la mujer? ¿No dijo Dios desde el principio del mundo «creced y multiplicaos»? ¿No es una locura querer marchar contra lo ordenado por Dios, querer vivir...

Pero Fritz se puso entónces á reir de tal manera, que el viejo rebbe palideció de coraje.

—Te ries, le dijo ; es muy fácil reirse. Aunque te estés haciendo já já, jé jé ó jí jí hasta la consumacion de los siglos, ¿probarás algo con eso? Si alguna vez discutieras en serio conmigo este punto, te aplastaría con mis argumentos. Pero si te ríes, abres tu boca y ¡já, já, já! Tu nariz se extiende por los carrillos como una mancha de aceite y con esto crees haberme vencido. No es así, Kobus, no es así como se discute.

Al hablar de esta manera hacía el viejo rebbe gestos tan cómicos, imitaba la risa de Kobus con muecas tan grotescas, que todo el mundo se echó á reir, y el mismo Fritz tuvo que meterse los puños en el estómago para no reventar.

—No no es eso, prosiguió David con igual vivacidad. Tú no piensas, no has reflexionado.

—Yo no hago más que esto, dijo Kobus secándose las lágrimas que corrían por sus grandes carrillos ; sí ; me rio de tus ideas extravagantes. Tú me crees más inocente de lo que soy. Mira, hace quince años que vivo tranquilo con la vieja Katel, y lo tengo arreglado todo en mi casa á mi gusto. Cuando quiero, me paseo, me siento, duermo, tomo una copa de cerveza ; si se me ocurre convidar á tres ó cuatro amigos, los convido, ¡y quieres hacerme cambiar en todo! ¡Quieres traerme una mujer que vuelva todo lo de arriba á abajo! ¡Francamente, David, eso es demasiado!

—Crees, Kobus, que siempre has de ser lo mismo. Desengáñate, muchacho ; los años pasan, y segun la vida que tú haces, preveo que el dedo gordo del pié te indicará muy pronto que los placeres han concluido. ¿Entónces necesitarás una mujer?

—Tendré á Katel.

—La vieja Katel ha vivido tanto como yo. No tendrás más recurso

que tomar una criada, que te saquee y te gruña y tú sufrirlo todo, suspirando y sin poderte mover del sillón, porque la gota te lo impedirá.

—¡Bah! deja, Fritz; si eso sucediera... entónces como entónces, ya tendré tiempo de prevenirme. Miéntras tanto soy feliz, completamente feliz. Si yo me casase, y aún suponiendo que tuviese la mejor suerte, que mi mujer fuese excelente, buena, hacendosa y todo lo demas, necesitaría al ménos David, que la acompañase á paseo, al baile de la bourg-maestre ó la subprefecta; me haría variar de costumbres; tendría que renunciar á la pipa... no podría llevar el sombrero sobre la nuca ó sobre la oreja, como mejor me acomodara, llevar la corbata medio desatada, en fin, sería una vida terrible, insoportable; me tiemblan las carnes al pensarlo. Ya ves que razono mis asuntillos casi como un viejo rebbe cuando reza en la Sinagoga. Ante todo, hemos de tratar de ser felices.

—Tus razonamientos son falsos, Kobus.

—¿Cómo, no tengo lógica? ¿No buscamos todos la felicidad?

—No, no es ese nuestro destino; si lo fuese, seríamos todos felices; no se vería tanta miseria; Dios nos hubiese dado medio de llenar el objeto, y todo se reduciría á quererlo hacer. De la misma manera Kobus, que quiere que el pájaro vuele y le da alas; que los peces naden y les pone aletas; que los árboles den frutos en una estacion determinada y los dan, del mismo modo cada sér recibe los medios de llenar su mision. Y puesto que el hombre no tiene medios de ser feliz, porque es casi seguro que no hay en este momento en la tierra un solo hombre que sea feliz y tenga la seguridad de continuar siéndolo toda la vida, claro es que el hombre no ha nacido para ser feliz; que Dios no lo quiere.

—¿Y entónces, qué quiere, David?

—Quiere que merezcamos la felicidad, y eso es muy distinto, Kobus; porque para merecerla, en este mundo miserable ó en la otra vida, es preciso empezar por cumplir nuestras obligaciones, y la primera de éstas es crear una familia, tener mujer é hijos, educarlos honradamente y transmitir á otros nuestra vida, que sólo nos la dieron en depósito.

—Qué ideas tan singulares tiene este viejo rebbe, dijo Federico Shoulz llenando la taza de kirschenwasser, cualquiera creería que siente lo que dice.

—Mis ideas, léjos de ser extravagantes, son justas, replicó David con gravedad. Si tu padre el panadero hubiera discutido como tú, y no hubiera querido sino desembarazarse de estorbo y hacer una vida inútil para la sociedad; y si el padre Zacarías Kobus hubiera hecho eso mismo, no estaríais hoy aquí con las narices rojas y el estómago repleto, regocijándoos á expensas de su trabajo. Podeis reiros del pobre rebbe, pero él tiene la satisfaccion de deciros lo que piensa. Esos viejos bromeaban tambien algunas veces, pero cuando

se hablaba en serio, discurrían con seriedad, y os puedo asegurar que en vosotros cifraban su mayor felicidad. ¿Te acuerdas, Kobus, cuando tu padre despues de lo grave que estaba en el tribunal, volvía á su casa entre once y doce con el protocolo debajo del brazo, qué alegre se ponía al divisarte jugando á la puerta? ¡Cómo cambiaba su fisonomía! ¡Qué satisfaccion interior se reflejaba en su semblante! ¡Parecía como iluminado por un rayo de sol! y ¡qué feliz era cuando en esta misma habitacion te hacía saltar sobre las rodillas y tú le decías mil tonterías, como acostumbabas! ¡Busca en tu bodega la mejor botella de vino, y veremos si experimentas el placer que él, si te ries como él, si brillan tus ojos rebosando alegría y si te pones á cantar la tonadilla de *Los tres húsares*, como él lo hacía para divertirte!

—¡David, exclamó Fritz enternecido, hablemos de otra cosa!

—¡No! todos los placeres de soltero, el vino que bebeis y las bromas que teneis, no son nada... son miseria, al lado de la felicidad de la familia; en ella se encuentra la verdadera felicidad, porque se halla el cariño, por ella alabais al Señor que os ha llenado de bendiciones. Pero no sois capaces de comprender esto; os hablo de lo que creo más verdadero y más justo y ni siquiera me escuchais.

Al hablar así, el viejo rebbe parecía conmovido; el obeso recaudador Haan le miraba con los ojos espantados, y Josef murmuraba de vez en cuando algunas palabras confusas.

—¿Qué piensas de esto, Josef? le dijo Kobus al bohemio.

—Pienso lo mismo que David; pero no puedo casarme, porque ando á la intemperie y mis hijuelos podrían morirse en el camino.

Fritz se había quedado como absorto.

—¡Sí, no habla mal para ser un viejo posehé-israel!—replicó riéndose,—pero yo sigo con mi idea, soy soltero y así seguiré.

—¡Tú!—exclamó David.—Pues óyeme, Kobus, lo que te voy á decir. No me tengo por profeta y nunca he tenido pretension de serlo, pero me atrevo á predecirte que te casarás.

—¿Qué me casaré? ¡já! ¡já! ¡já! no me conoces bien, David.

—¡Tú te casarás!—insistió David gangueando, ¡tú te casarás!

—Apuesto á que no.

—No apuestes, Kobus, que vas á perder...

—Bueno, pues... te apuesto... ¿qué apostaré?... te apuesto mi trozo de viña de Sarrebourg, sabes, aquel trocito que produce tan buen vino blanco, ya lo conoces, rebbe, mi mejor vino...

—¿Contra qué?

—Contra nada.

—Pues aceptado—respondió David—ustedes son testigos de que acepto; beberé buen vino de balde y despues lo beberán tambien mis dos hijos ¡já! ¡já! ¡já!

—Puedes estar tranquilo, David—dijo Kobus—que ese vino no se os subirá á la cabeza.

—Bien, bien..., yo acepto; dame la mano, Fritz.

—Aquí la tienes, rebbe.

—¿No vamos á refrescar al Gran Cerf?

—Sí, vamos á la cervecería para completar el día; válgame Dios cómo hemos comido.

Todos se levantaron y cogieron los sombreros. El obeso recaudador Haan y el gran Federico Shoulz marchaban delante, inmediatamente les seguían Kobus y Josef, y detras de todos el viejo David Sichel: todos iban alegres y bulliciosos. Subieron cogidos del brazo por la calle de Capuchinos y entraron en la cervecería del Grand Cerf, en frente del antiguo mercado.

V.

Hácia las nueve de la mañana siguiente, abandonaba la cama Fritz Kobus, y apoyado en el quicio de ella mientras se ponía lentamente las botas, con aire melancólico hacía las siguientes reflexiones:

—Hemos bebido ayer demasiada cerveza, murmuraba rascándose por detras de las orejas; esta bebida arruina la salud. Mejor hubiera sido que hubiéramos tomado una botella más de cualquier vino y suprimido algunos vasos de cerveza.

En seguida, levantando la voz, exclamó:

—¡Katel, Katel!

La vieja criada apareció en el quicio de la puerta, y al verle bostezar, con los ojos inyectados y la cabellera enmarañada:

—¡Jé, jé, jé! le dijo riéndose; ¿tiene V. dolor de cabeza, Sr. Kobus?

—Sí; la cerveza tiene la culpa... no me volverán á atrapar.

—¡Ya! Eso mismo dice V. todos los días, replicó la vieja riéndose.

—¿Qué podría yo tomar para entrar en caja? interrogó Fritz.

—¿Quiere V. un poco de té?

—¡No me hables de té! Si me dijeras un buen plato de sopas de ajos, en buen hora, y despues, espera...

—¿Una oreja de ternera á la vinagrilla?

—Sí, eso es; una oreja á la vinagrilla! ¡Qué mal hacemos en tomar tanta cerveza. Pero á lo hecho, pecho, y no hay que pensar más en ello; despáchate, Katel, que voy en seguida.

Katel entró en la cocina, riéndose, y Kobus, al cabo de un cuarto de hora, acabó de lavarse, peinarse y vestirse. Apénas podía mover los brazos ni las piernas; por fin se puso el capote, y entró en el comedor sentándose á tomar la sopa de ajos, que le sentó perfectamente; comió en seguida la oreja á la vinagrilla, y echó un buen trago de Forstheimer para concluir. Tenía todavía la cabeza pesada y se quedó contemplando el hermoso sol que penetraba por las vidrieras.

—¡Qué perniciosa es la cerveza! repitió; debieron retorcerle el pescuezo á Gambriuns, cuando se le ocurrió hacer hervir el lúpulo con la cebada. Es contra la naturaleza mezclar lo dulce con lo amargo;

necesitamos estar locos los hombres para tragarnos ese veneno. Pero el humo tiene la culpa de todo; si pudiera abandonar la pipa, me reiría de la cerveza. En fin, ¡cómo ha de ser! ¡Katel!

—¿Qué? Señor...

—Voy á salir, quiero tomar el aire; necesito dar un gran paseo.

—¿Pero volverá V. á las doce?

—Sí, creo que volveré. En caso de que no estuviese aquí á esa hora, quitas la mesa, porque será señal de que me he alargado hasta alguno de los pueblos inmediatos.

Diciendo esto, Fritz peinaba su sombrero, cogía de al lado de la chimenea su baston de puño de marfil, y bajaba hácia el portal.

Katel levantaba el mantel, riéndose y diciendo:

—Mañana su primer visita despues de comer, será al Grand Cerf; así son todos los hombres, no se les puede corregir jamás.

Ya fuera de la casa, Kobus subió lentamente por la calle de Hildebrandt. Hacía un tiempo magnífico; todas las ventanas estaban abiertas para gozar de la primavera.

—¡Hola! Buenos dias, Sr. Kobus; qué hermoso tiempo, le gritaban las comadres.

—Sí, Berbel... Sí, Catalina; esto promete, respondía.

Los niños bailaban, saltaban y jugaban juntos en todas las puertas; imposible ver nada más alegre.

Fritz, despues de haber salido de la ciudad por la antigua puerta de Hildebrandt, donde las mujeres tendían al sol en los terraplenes sus ropas blancas y faldas encarnadas, subió por los taludes más avanzados. Las últimas nieves se derretían á la sombra de los caminos cubiertos y alrededor de la ciudad al alcance de la vista: sólo se divisaban por todas partes tiernos retoños de fresco verde; en los setos, en las plantas de los huertos y en las alamedas de álamos que se extienden á lo largo del Lauter. A lo léjos, á gran distancia, las azules montañas de los Vosgos, con manchas blancas, casi imperceptibles en la cúspide; más allá, el cielo sobre el que vagaban nubecillas ligeras en el espacio infinito.

Kobus, al ver todo esto, se sintió verdaderamente dichoso, y mirando á lo léjos, reflexionó:

—Si estuviera en aquella lomita cubierta de retama, sólo me faltaría una media legua para llegar á mi quinta de Meishental, podría hablar con el anciano Christel de mis asuntos, vería las siembras y la ternerita blanca de que me habló Suzel ayer tarde.

Mientras estaba absorto en sus contemplaciones, vió pasar muy alta por encima de la lejana loma, una gran bandada de palomas que se dirigían hácia el bosque de las Hayas.

Fritz las siguió con la vista, en la que se reflejaba su contento, hasta que desaparecieron en los espacios infinitos, y esto le decidió á irse á Meishental. Casualmente pasaba por allí el antiguo jardinero Bosser con su azada al hombro.

—¡Oiga, compadre Bosser! le gritó.

El otro levantó ligeramente la cabeza.

—Hágame V. el favor, puesto que va hacia la ciudad, de llegarse á mi casa y decir á Katel que voy á Meishental y no volveré hasta las seis ó las siete de la noche.

—Está bien, Sr. Kobus, está bien; descuide V. que yo me encargo de hacerlo.

Bosser se alejó, y Fritz tomó por el sendero de la izquierda, que bajando al valle de las Ablettes detras del de Porthal, sube por el frente á la loma de las Retamas.

Esta senda estaba ya seca, pero cruzada por millares de arroyuelos helados que se unían en el fondo de la gran pradera de Gressenthal, y brillaban al sol como venas de plata.

Kobus, al subir á la colina de en frente, apercibió algunos pares de tortolillas de monte que se deslizaban unidas de dos en dos á lo largo de las rocas grises de la Houpe y se picoteaban en la cabeza con la cola puesta en forma de abanico. Extasiaba verlas hendir el aire sin ruido, como si no les fuera preciso mover las alas para volar; iban transportadas por el amor; no se separaban un solo instante, y cacoleando por la luz, despues en la sombra de las rocas, parecían una lluvia de flores que agitándose bajaba del cielo. Se necesitaba no tener corazon para no encantarse con estas preciosas aves. Fritz permaneció largo rato observándolas, apoyado en su baston. Jamás las había visto acariciarse con el pico, porque estas tórtolas monteses son muy salvajes. Acabaron por apercibir á Fritz y se alejaron. Entonces emprendió éste de nuevo la marcha muy preocupado, y hacia las once de la mañana llegó á la colina de las Retamas.

Desde allí se divisaba en el horizonte á Hunnemburgo con sus callejuelas tortuosas, su iglesia, su fuente de Saint Argobast, su cuartel de caballería, sus tres puertas carcomidas cubiertas de yedra y musgo; se divisaba como silueta trazada en un fondo azul é irradiando destellos de las ventanitas y tragaluces de los tejados. El clarin de los húsares se oía como el zumbido de una abeja. Por la puerta de Hildebrandt se apercibía como una fila de hormigas que salían; Kobus recordó entonces que había muerto la prudente Lehnel y que aquel debía ser su entierro precisamente.

Continuó, pues, su camino despues de estas observaciones y apretó el paso por la meseta; la senda arenisca empezaba á descender, cuando se apareció á su vista el tejado gris de la quinta con los dos adyacentes del pajar y palomar. Los divisaba debajo, en el fondo del valle de Meishental y al pié de la colina por donde marchaba.

Era una quinta vieja edificada á la antigua con un gran patio central rodeado de un paredon de piedra, la fuente en medio del patio, el pozo con el abrevadero verdoso delante; los establos y caballerizas á la derecha, los graneros y palomar coronados por una torrecilla á la izquierda; en el centro estaban las habitaciones para alojarse.

Detras se veían el alambique, el corral y la pocilga, todo viejo, con más de ciento noventa años de existencia, como edificada por su abuelo Nicolás Kobus; pero diez ó doce fanegas de praderas naturales, veinticinco de tierras laborables y un trozo de una hectárea próximamente de buenas viñas en producción, daban á esta hacienda un gran valor y pingües rentas.

Mientras bajaba por la senda en zig-zag, Fritz divisaba á Suze haciendo la legía en la fuente, rodeada por las palomas que en grupos de diez ó doce revoloteaban alrededor del palomar, y al tío Christel que con su látigo en la mano conducía los bueyes al abrevadero. Se regocijaba al ver este cuadro campestre y oía con gran satisfacción resonar en el espacio los ladridos de Mopsel mezclados con los golpes de la baqueta y los mugidos de los bueyes que resonaban y se prolongaban hasta los bosques lejanos donde todavía se divisaban algunas manchas de nieve al pié de los árboles.

Pero lo que más le ilusionaba era mirar á la encantadora Suzel inclinada sobre la tabla, jabonando la ropa, batiéndola y torciéndola como una jóven hacendosa y buena. Cada vez que levantaba la pala reluciente por el agua de jabon, el sol reflejándose en ella enviaba sus rayos á lo alto de la colina.

Fritz, observando por casualidad el fondo de la quebrada por donde corre el Lauter, vió un cuervo en acecho de los pichones desde lo alto de una encina; lo espantó con el baston, y el animal huyó volando y lanzando graznidos salvajes, que espantaron sus víctimas, replegándose en precipitada fuga y en forma de abanico hácia el palomar.

Entónces Kobus, risueño y contento, siguió su camino por el sendero, hasta que oyó una vocecita suave y encantadora, que decía:

—¡El Sr. Kobus! ¡El Sr. Kobus!

Era la voz de Suzel, que acababa de verlo, y corría á llamar á su padre.

Apénas hubo llegado al camino carretero que pasaba por el pié de la colina, ya encontró al viejo arrendatario anabaptista, que con su gran sotabarba, el sombrero de crin, y la camisa de hilo gris guarnecida con broches de laton, salía á su encuentro, con la cara alegre y gritando:

—¡Bien venido, Sr. Kobus! ¡Muy bien venido seais! ¡Qué alegría nos proporciona con venir en este día! No esperábamos verle tan pronto por aquí. ¡Gracias á Dios que os habeis decidido á venir hoy!

—Sí, Christel, yo soy, replicó Fritz dando un apretón de manos al buen hombre. Se me ocurrió de repente la idea de venirme; y aquí me teneis. ¡Jé! ¡jé! veo con satisfacción, Sr. Christel, que conservais siempre vuestra cara de salud.

—Sí, gracias á Dios nos conservamos todos buenos, Sr. Kobus; es el mayor bien que nos podría conceder, ¡y por él le bendecimos! Pero, mirad, aquí llega mi mujer, á quien ha avisado la chica.

En efecto, llegaba la buena Orchel, con gorro de tafetan negro y tableteado de blanco, y sus grandes brazos saliendo de las mangas de la camisa. Detras venía la jóven Suzel.

—¡Ay, Dios mio! Sr. Kobus, decía la buena mujer riéndose. ¿Cómo ha venido V. tan temprano? ¡Qué sorpresa tan agradable!

Sí, Orchel. Todo cuanto veo me alegra. He dado un vistazo á las praderas, y lo veo todo creciendo á pedir de boca; he visto asimismo el ganado, y me ha parecido en buen estado.

—Sí, sí, todo está bien, dijo la buena mujer.

Se la veía que hubiera deseado besar al Sr. Kobus. La jóven Suzel parecía tambien estar muy satisfecha.

Dos mozos de labor salían entónces conduciendo una carreta engañhada. Se quitaron sus gorros y saludaron, diciendo:

—Buenos dias, Sr. Kobus.

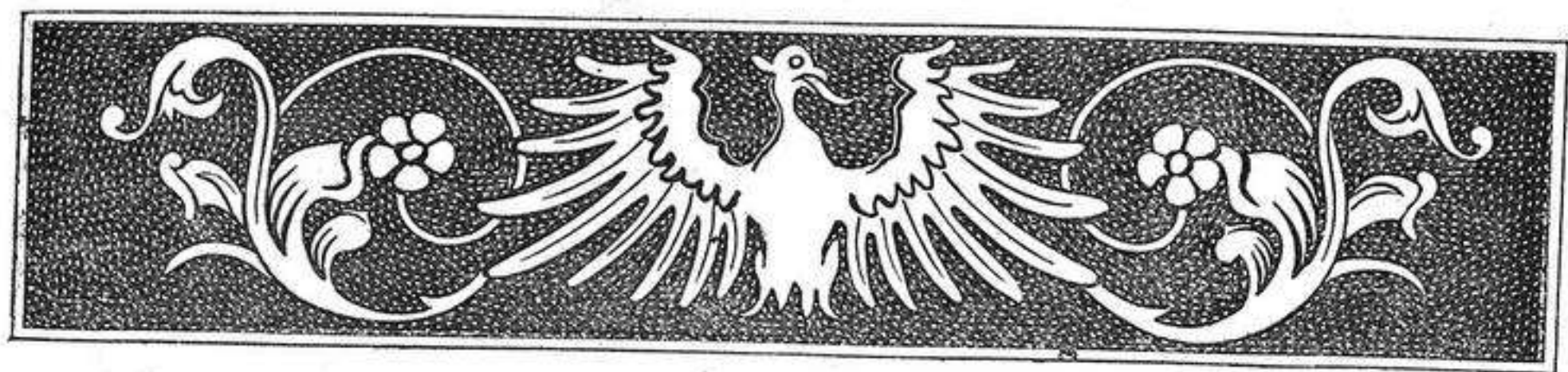
—Buenos dias, Johann; muy buenos, Kasper, replicó gozoso.

Se había acercado á la vetusta quinta, en cuya fachada había una ñubierta por la cual trepaban seis ó siete grandes cepas nudosas, que apenas empezaban á brotar.

A la derecha de la puertecita redonda había un banco de piedra. Más allá, á cubierto por el tinglado que se alzaba hasta doce piés del suelo, estaban hacinadas en desórden las carretillas, los arados, sierras y escaleras. Se veía tambien, arrimada á la puerta de la granja, una gran red para pescar; y dentro de las vigas del tinglado pendían haces de paja colgados, que los gorriones habían elegido para hacer sus habitaciones. El perro Mopsel, un perrito de pastor, de color gris oscuro, grandes bigotes y cola tiesa, se acercó á Fritz para restregarse por sus piernas, miéntras él le acariciaba en la cabeza.

De este modo, y en medio de las alegrías que inspiraba á todos la llegada del Sr. Kobus, entraron juntos en las avenidas, y despues en la sala comun de la granja. Esta era una habitacion grande, blanqueada, de ocho á diez piés de altura, y con el techo rayado por las vigas encarnadas. Tres ventanas con vidrios octogonales caían sobre el valle; otra, pequeña, daba luz por el lado de la montaña; á lo largo de los lienzos de las ventanas se extendía una mesa larga de haya, con las patas en forma de X, y un banco á cada lado; detras de la puerta, y á la izquierda, se levantaba en forma de pirámide el horno de fundicion, y sobre la mesa había cinco ó seis jarritos y un cántaro de barro, con flores azules; unas antiguas imágenes de santos, iluminadas de bermellon y con marcos pintados de negro, completaban el mobiliario de esta pieza.





WALTER BAGEHOT



La presente introducción á la obra popular de Bagehot conocida con el nombre de *Leyes científicas del desenvolvimiento de las naciones en su relación con las leyes de la selección natural y de la herencia*, contiene algunos datos que he podido recoger acerca la personalidad científica de Bagehot, nada ó casi nada nos dicen exclusivamente del ciudadano inglés Bagehot, y nada rezan con el hombre privado. Por lo que á mi objeto hace y por lo que respecta á la importancia que tiene este publicista como economista, como escritor político y hasta como filósofo, debo decir, que á mi entender, poco le importa al público saber si nació en Langport en el condado de Somerset en la misma casa habitada por su padre Thomas Watson, ni si casó con la hija del ardiente sostenedor del *Anti Corn Law League*, el administrador de las rentas de la India, el muy venerable James Wilson, fundador de la acreditada revista *The Economist*; ni si murió á la edad de cincuenta y un años cumplidos sin haber alcanzado un puesto en los bancos de Westminster, idea que acarició durante algunos años y que nunca pudo ver realizada.

Mirabeau había dicho á un amigo suyo : «Si quereis hacer

fortuna en el mundo, matad vuestra conciencia» (1); y cumpliéndolo al pié de la letra podía muy bien aquel tribuno francés merecer las adulaciones de sus amigos, el amor del pueblo y los favores de la córte. Con un cinismo que sabía sublimarse, le era fácil, muy fácil, amedrentar á sus contrarios y llamar á la barra al tímido ó ménos descarado que se le pusiera frente á frente. Mirabeau tenía el don de gentes, conoció su época y la posición en que se encontraba. Tenía audacia y se lanzó al mundo de las aventuras y navegó en el mar de la política á todos vientos; para coronar su obra supo morirse á tiempo; si tarda algunos meses más, da cuenta de él la guillotina. Esta audacia que le era habitual, las circunstancias extrañas que concurrieron en su vida, estos devaneos de la suerte que emponzoñaron su existencia, dan interés á su biografía. Un poeta, un político célebre, un hombre de mundo que se exhibe siempre y sabe cautivar la atención del público; un hombre audaz, un tipo original por sus rarezas y excentricidades, ofrecen en su vida variadísimos detalles que pueden miniarse, como lo ha hecho lord Macaulay con Warren Hastings y con el originalísimo Horacio Walpole. La vida de un pensador solitario y austero como Bagehot no ofrece atractivo; sólo tiene un vivísimo interés para la ciencia.

Si en vez de ser hombre de bufete, hubiese preferido ser hombre de antecámara, quizás en esta biografía no podríamos consignar rasgos tan relevantes como el que nos refiere Font de Fontpertuis (2) de que siendo director de la acreditada revista *The Economist*, y pudiendo utilizar la autoridad política y económica de que disfrutaba en beneficio propio, recomendando ciertas combinaciones financieras y dándoles la sanción de su científico prestigio, nunca consintió en hacerlo ni dió asentimiento para que se insertara una sola línea en este sentido en su periódico, como cosa denigrante é indigna de la misión que le estaba confiada y de la institución del periodismo.

Este rasgo de probidad, elemento constitutivo de su carác-

(1) *Mens de Brissot*, Bruselas 1830, t. III, c. 14, c. 18.

(2) *Journal des Economistes*, pág. 228, número de Mayo de 1877.

ter le ha valido grandes plácemes, especialmente de Mr. Cliffe Leslie, porque es de apreciar más, cuanto abunda menos, hoy que el periodismo prodiga tanto incienso á precio corriente y se hace cómplice de negociaciones de interes mezquino, prostituyendo la ciencia y vendiendo la voz de la opinion en públicas plazas. En cambio, nuestro inglés ha merecido de los murmuradores el veredicto de la incapacidad. Faltábale audacia y encontrábanle á faltar elocuencia, y por esto querían mantenerle cerradas las puertas de Westminster; y como no era intrigante ni le inquietaba el aguijón de la codicia, tenían á bien suponer que le faltaba sentido práctico, aquellos individuos, los mismos quizás, que admiraban su sensatez, su gran tacto en los artículos del *The Economist*, *National Review* y de la *Fortnightly*, y que probablemente deseábanlo aprovechar en interes peculiar y propio.

En nuestros tiempos que, como en otros tiempos tanto se adora al dios Éxito, aparecen hombres como Maltus, del cual se decía que era mejor que sus obras, como Darwin que proclama la lucha por la existencia, y su trato es afable, y su amor al prójimo inextinguible, y como Bagehot cuyos escrúpulos en casos de honra son extremos y aplica los principios positivos de las ciencias naturales al estudio de la ciencia social, proclama la teoría de la evolucion y no sabe conquistarse, pudiendo hacerlo, una posicion que le asegure una ventaja sobre sus semejantes en la terrible concurrencia vital. Esto indica que las teorías modernas no están reñidas con el buen sentido moral, y chocan con la moralidad estrecha y reducida de alguna escuela particular ó de algun sistema demasiado parcial é incompleto.

Tal como está hoy la opinion, es muy fácil que la biografía de Bagehot no interese. De D. Álvaro de Luna, de Buckingham, de Godoy, conocemos los detalles de la vida. La de Bagehot, mil veces más importante en la historia de la humanidad que la de todas las damas de la corte de Luis XV, no puede interesar á la gran masa de poblacion ignorante tanto como la de estas mujeres, por la sencilla razon de que lo interesante de Bagehot son las obras, y lo más interesante de aquellas damas, lo único que traspasa y puede influir en el

destino de las naciones, es la acción, es la vida. El público sólo busca, por regla general, algo que le alegre, algo que le ofrezca un interés de momento, un tipo á quien sea fácil imitar, ó una figura histórica que le será simpática porque resume sus vicios, sus preocupaciones, sus afectos, sus grandezas y sus miserias. De Wat y de Fulton sólo interesa al público ilustrado los resultados del invento, la esencia de éste y los detalles biográficos que con él se relacionan; de Darwin importa conocer las obras, no las peripecias de sus viajes; basta con saber cómo y cuándo observó la naturaleza, qué ocasiones le deparó el curso de su vida para dedicarse á esta observación, y qué resultados parciales influyeron en su mente para que ésta concibiera luego la feliz teoría con que hoy nos explicamos el origen de los diversos seres organizados; por esta razón ignoramos con quién casó; y de su familia sólo conocemos á su hijo Francisco, que tan excelentes monografías está publicando; á su abuelo Erasmo Darwin, autor de la célebre *Zoonomía*, escaseando ya desde este punto las noticias acerca la ilustre prosapia de sus descendientes naturalistas que por ley de herencia parece que se transmiten la facultad de la observación y la afición á los estudios de historia natural, cualidad que se acumula en interés compuesto en las superpuestas aptitudes de sus individualidades científicas. La mayoría de los lectores ignoramos (á lo ménos yo lo ignoro) dónde nació Darwin; empero todos sabemos que ha viajado por las costas de la Patagonia y Tierra de Fuego, por la Australia y Nueva Zelanda, y ha visitado las islas Kecling, las islas Falkland y las de Cabo-Verde.

De un artista nos interesan los actos más recónditos de su vida. ¿Se trata de un poeta? en seguida preguntamos quién le inspiró. Nuestra curiosidad se extiende hasta saber si la dama que encendió el fuego del pintor ó del poeta se llama Beatriz ó Laura, la Fornarina ó la Bonna Lisa de Loconde. Cuando muera Sarah Bernhardt leeremos las biografías de Sarcey y René Delorme, al mismo tiempo que admiraremos el magnífico grupo *Après la Tempete*; buscaremos cuidadosamente en la cartera de sus apuntes el boceto de *Medea destrozando sus hijos*.

De una figura histórica nos interesa el conjunto, las producciones, los cuadros; las ideas vertidas en las obras no bastan, es menester conocer al individuo; y el público está impaciente por saber quién es el autor.

La acción individual, es, ha sido (y no sabemos si lo será también en el porvenir), un medio tan eficaz en el movimiento de las naciones, como pueda haberlo sido la idea. Un tipo que sobresale entre la multitud que quiere imitarle, la arrastra en pos de sí y su acción cautiva; los designios son un mandato imperativo; su ejemplo es contagioso; su palabra una orden. La naturaleza humana tiene innato el instinto de imitación, y esto hace converger las fuerzas individuales hacia un fin social, y esta convergencia es una de las grandes causas de todos los fenómenos sociales. Jesús es una figura histórica que ha sabido llamar la atención universal; por esto, á pesar de no haber dejado nada escrito, conocemos minuciosamente la época y lugar de su nacimiento, su infancia, su predicación, su sacrificio y su muerte. El público sólo toma cariño á lo que ve, y especialmente á lo que ve muy de cerca; el vulgo, aquella parte del público que la constituyen la gran masa de las inferioridades y de las medianías, sólo le interesa lo que materialmente puede tocar y saborear á su antojo; por esto los grandes hombres de la historia no han sabido conquistarse el aura popular; por esto el pueblo no ama á los grandes científicos, mientras que le interesa una figura como César ó como Napoleón Bonaparte. Por lo que respecta á Jesús, el pueblo contempló de cerca aquella figura; pudo verle y tocarle; presenció sus padecimientos, y fué testigo de su muerte, se interesó vivamente por él, y no le olvidará jamás, ó á lo ménos tardará mucho en olvidarle. También es verdad que desconocemos la historia de muchos filósofos griegos, siendo así que tenemos muy presentes sus obras. Es preciso, pues, que la historia haga justicia á unos y otros, aceptando lo que cada cual hizo en la obra común de la civilización: los unos con las empresas acometidas durante su vida; los otros con las ideas útiles y procedimientos nuevos, adquiridos y divulgados para el mejor bienestar de la especie humana.

La acción excita la curiosidad; y este es el secreto de la avi-

dez de noticias sobre la vida de ciertos grandes hombres , á saber: que el relato de la accion habla al sentimiento , y la idea que contiene una obra se dirige únicamente á la inteligencia; pero en el fondo de todo ésto hay un egoismo transcendental, que aparece como causa verdadera de este interes que inspira la vida de ciertas notabilidades históricas. Cada individuo se inclina á lo que se relaciona con su manera de pensar , ó con sus cualidades afines á las propias ; y cada época da mayor ó menor importancia á las ideas que reflejan mejor sus aspiraciones, sus deseos , sus necesidades. Las notabilidades científicas suelen anticiparse á su época ; por ésto al cabo de algunos siglos inspira interes su historia , esto es, cuando llega el momento histórico cuyas aspiraciones cumple y cuyas necesidades interpretaba. Bagehot se ha anticipado á nuestros tiempos ; y aún tardarán muy mucho los hombres políticos en aprovecharse de sus lecciones. Cuando la generalidad de los hombres de accion puedan comprenderle, sentirán por él un verdadero afecto de gratitud : el vulgo no le admirará nunca ; porque el vulgo no llegará á comprenderle, ni tendrá la suficiente abnegacion para admirar un sistema que le perjudica y que le hace conocer su inferioridad relativa. El vulgo, las capas sociales inferiores sólo aceptan los sistemas ó que halagan su orgullo , ó que tienden á mejorar su suerte. Las modernas teorías, ni quieren descifrar la ciencia haciendo lo primero, ni se presentan con inútiles aires de redentor : el mal de ciertas clases es inevitable ; el que está debajo ha de aguantar eternamente al que tiene encima.

La ciencia en la época presente no debe su incremento al culto puro que pudiera tributársele ni á un deseo desinteresado de conocer la verdad sólo por conocerla. En todos tiempos y en todas las naciones encontramos espíritus privilegiados que á la investigacion de la verdad consagran su existencia, pero ni sus obras son leídas ni salen las experiencias del reducido círculo de algunos amigos que se reúnen en la Academia ó en el laboratorio si no tienen una utilidad directa para la mayoría de las gentes. La imprenta y la pólvora tuvieron gran éxito porque aparecieron en el momento psicológico más oportuno. La ciencia, por otra parte, está cultivada con ver-

dadero ardor en nuestra época por la razón de que proporciona el dominio y dirección de las leyes de la naturaleza, lo que equivale á decir que precipita la producción agrícola, desarrolla las industrias extractivas, mantiene el cuerpo en estado de salud, mejorando las condiciones higiénicas, cura nuestras enfermedades, hace cada vez más poderosa la influencia del desarrollo intelectual con el trabajo y con los nuevos elementos que aporta la enseñanza, fortifica el sistema nervioso y acumula sensaciones con la actividad bien regulada y con el estudio, y aumenta los medios de bienestar con los nuevos y variados productos de la industria manufacturera asequibles á los habitantes de diversos países por medio de la industria de acarreo.

Hoy sólo buscamos la utilidad en la ciencia, por esto se desarrollan estas más directamente útiles, y si no fuera tal cualidad, grave peligro correría la ciencia. Serían acogidas con indiferencia las obras de ciencia abstracta, el culto puro de la idea abandonado al soñador sin más auditorio que las cuatro paredes de su gabinete; las obras de filosofía sustituidas por tablas de logaritmos y de equivalencias y reducciones y sin cultivar el espíritu en aquella rama de la actividad que algún día dará por resultado una nueva ciencia, especie de religión consciente que ha de acercar más y más á la humanidad hácia el ideal.

Sakia Muni, Confucio y Zoroastro, interesan vivamente á aquella parte de la especie humana que disfruta de civilización; grande é inapreciable es la utilidad que reportaron sus predicaciones, sus apotegmas religiosos y su vida entera. En cambio los habitantes del planeta Júpiter sólo atenderían á la parte material de redacción de los Códigos religiosos. Aquellos buenos habitantes (si es que los hay) dado que pudieran estudiar algún día la historia de la civilización del planeta Tierra, poco les importaría la vida de nuestros taumaturgos ni de nuestros redentores, como poco les interesa la historia larguísima de nuestras miserias ni de nuestras desventuras. Ellos sólo tendrían presente la conclusión general, el resultado de sus predicaciones y de sus doctrinas para establecer un paralelo entre nuestros sistemas religiosos y su influencia en el

modo de pensar y en el modo de obrar; y sus sagradas doctrinas (caso que las hubieran tenido) y los resultados prácticos que pudieran obtenerse.

I.

Bagehot fué un teórico muy práctico. Como economista, acérrimo partidario de la Escuela *deductiva*, la cual observa los hechos y emplea el procedimiento inductivo, el método que pudiéramos llamar experimental sin perder de vista los grandes principios admitidos y las verdades generales adquiridas á costa de un gran trabajo de síntesis. Pero el nombre no hace la cosa. Bagehot á pesar de pertenecer á la Escuela *deductiva* empleaba siempre el procedimiento positivo, jamás fué apriorista. De Bagehot á un partidario de la escuela inductiva, por otro nombre histórica, va la diferencia de un empírico á un positivista. No son las observaciones estrictas hechas en el campo de las ciencias sociales las que han de constituir el material para hacer la síntesis y formular un principio social; ni la experimentación biológica basta para darse cuenta de todos los fenómenos complicadísimos de la vida. Preciso es partir de ciertos principios, fruto de observaciones de ajeno campo, esto es, debidas á otras ciencias. Así lo comprendió Bagehot que para la mejor explicación del génesis de las instituciones económicas empieza su investigación en el campo de las ciencias naturales, atiende las indicaciones de los etnógrafos, las experiencias de los geólogos, busca en la antropología el conocimiento de nuestras necesidades corporales y morales, sin las que no existiría la actividad ni el trabajo y encuentra en cada época un medio material y moral en que el hombre vive y que varía según los elementos civilizadores acumulados y transmitidos por herencia.

El arrancar la más fundada de las ciencias sociales, la economía política, de una ciencia natural, bastaba para importar en aquel campo las teorías admitidas en éste: inmediatamente debía aparecer la gran teoría madre, la *evolucion*.

La ciencia no tiene pretensión á la verdad absoluta y por esto no quiere dogmas; y la economía política ha relegado de

su esfera de acción el método teológico y el método jurídico; preferencia dada al inductivo sobre el sistema de *afirmación anticipada de principios* (1).

Renuncia como era de esperar á fundar sus construcciones sobre bases puramente ideales y para la descripción de la naturaleza económica, así como para la averiguación de las leyes é instituciones destinadas á procurar la satisfacción de las necesidades económicas, se inclina por el procedimiento de la anatomía y fisiología social.

Ambroise Clement, Karl Marx Lasalle, han aplicado la teoría de la evolución al estudio de aquellas materias inconscientemente, mientras que Clemence A. Royer y Bagehot lo han hecho con plena conciencia y conocimiento de causa, adoptando el método que denominaremos positivo, desdeñando los postulados metafísicos de la pretendida armonía de ciertos intereses que algunos economistas proclaman, y no abandonándose á la ilusión del optimismo.

Con el método positivo y convenientemente preparado con el estudio de las ciencias naturales y de las obras de los economistas ; con la gran experiencia que le suministraba la constante atención que prestaba á las operaciones financieras, á las operaciones de Banca, á las intrincadas cuestiones de cambio, podía tratar todo problema económico como debe tratarse, y como generalmente no se trata. Algunos capítulos de los *Desiderata de la Economía política* publicados en la *Contemporary Review* nos dan idea de un plan de la ciencia económica que se desarrollará en lo sucesivo tal como lo reclaman las necesidades y la actividad científica moderna, y ante todo y sobre todo, fija á mi ver los límites de la ciencia de las riquezas, y su alcance en las especulaciones sucesivas. El autor demuestra que los principios abstractos y fundamentales de la economía política son aplicables sólo en Europa y en los Estados Unidos, y que fuera de ciertas condiciones en que únicamente estos pueblos viven, no tienen valor alguno aquellos principios. Dadas nuestras condiciones, puede afirmarse que los princi-

(1) Guillermo Roscher.—*Principes d'Economie politique*, cap. III.

pios por que se regulan la producción, la distribución, la circulación y el consumo de las riquezas, son los que aparecen formulados en nuestros tratados de economía política; pero cambiando estas condiciones, pueden ser muy diferentes. Los fenómenos económicos presentan este carácter en el planeta Tierra; ignoramos lo que pasará en otro mundo, en otra sociedad. Acá *inter nos*, el trabajo es la fuente de la riqueza; nada sabemos de lo que la fomentará en otros puntos, quizás la pereza y la desidia sea fuente de producción en mundos ignorados. ¿Quién sabe si en otro planeta la tierra produce abandonándola, mientras que permanece estéril con el cultivo? Bagehot se fija únicamente en los países civilizados para designar el campo en que tienen lugar las luchas económicas, este mundo de guerra eterna de los intereses. ¡Lástima grande que no haya podido terminar su obra, que hubiera sido fundamental sobre economía política, como ha podido terminar su *Estudio sobre la Constitución inglesa, y Lombard-Street ó el mercado en Inglaterra!* ¡Y lástima también que haya presentado de una manera fragmentaria su magnífico boceto de filosofía de la historia, titulado *Leyes científicas del desenvolvimiento de las naciones!* (1).

Esta es su obra capital, y la que contiene el pensamiento primordial de Bagehot, donde más descuella su originalidad. El problema que plantea es el de saber cómo se han adquirido y combinado los elementos de la civilización que han dado por resultancia nuestro actual estado social; cómo se ha verificado el progreso. Schopenhauer y Hartman, filósofos alemanes pesimistas, no nos darán su fórmula, pues no saben en qué consiste este perfeccionamiento creciente y la mayor suma de felicidades que para el hombre acumula. Separadamente de aquellas doctrinas, que cifran la felicidad en acercarse más directamente á Dios, y del sensualismo grosero, que nos aparta más y más del ideal, la teoría de la felicidad carece de fundamento; pero la ciencia y la filosofía, íntimamente hermanadas y unidas después de estar algún tiempo separadas, nos dan

(1) *Physics and Politics or thoughts on the application of the principles of Natural selection and inheritance to political Society.*

una pequeña solución, capaz de infundirnos confianza y hacernos marchar en la senda del progreso; capaz de perfeccionarnos y estimular este perfeccionamiento por la garantía de sus conclusiones y el buen acierto en la elección de los medios de humana mejora que la misma ciencia señala.

Hubo un tiempo en que la humanidad consciente estuvo persuadida de que sólo el hombre era capaz de progreso; más tarde las obras de Spencer y de Darwin, resumiendo y mejorando antiguas teorías han completado el concepto y es hoy opinión generalmente recibida que el progreso se encuentra en todos los seres de la naturaleza y el hombre no es más que un resultado progresivo de una continuada evolución orgánica, no interrumpida jamás. Todo aspira á vivir, todo aspira á la vida, todos los seres quieren vivir más á medida que más viven. Un estado de complicación orgánica siempre creciente, una unidad en la variedad, una convergencia general de varias fuerzas hácia un mismo punto es lo que determina el progreso.

Cada porción de materia está dotada de una porción de fuerza; pero es necesaria la cooperación de varias fuerzas, es menester que la atracción actúe y mantenga unidos los átomos de una molécula, las moléculas de un cuerpo. Es menester que las moléculas salgan de su aislamiento y se combinen entre sí de mil maneras distintas formando un solo grupo; es menester que los elementos se asocien en un núcleo; es menester que los diversos núcleos se acumulen y obren de continuo las fuerzas que encierran y atesoran hácia una función común. Lo propio sucede en la sociedad. Es menester que el individuo no gaste su actividad; es menester que no vague solo por los bosques y renuncie á luchar contra la naturaleza sin el apoyo de sus semejantes. La asociación puede salvarle, y sólo el principio de la división del trabajo, resultancia de aquella asociación, le dará un día sano y salvo el premio del vencedor en la lucha por la existencia. Aquella suma de actividades individuales que se dirigen hácia un punto es lo que determina el progreso; el hombre frente á frente de la naturaleza ha de cumplir el principio que proclamaba un gran general de la antigüedad *divide y vencerás*; pero esta división del enemigo importa la unión estrecha, la cohesión inquebrantable de las

fuerzas propias, union que ha de ser perenne porque perennemente la naturaleza inconsciente, material, obrará contra el hombre y le destruirá sin consideraciones de ninguna especie. La naturaleza material, de la que ha salido el hombre, es su gran enemiga; es una madre que mata á sus hijos. El estar sometido nuestro cuerpo á las leyes de la mecánica y de la biología, es causa de las funciones de nuestro organismo y tambien de nuestras enfermedades y de nuestra muerte; la *idea*, que es hija del hombre, es lo que se perpetúa y dura; la parte material del organismo desaparece, la funcion se acumula por herencia, la vida del órgano se apaga. Los cambios atmosféricos, las revoluciones geológicas, las diminutas criptógamas que revolotean en el aire que respiramos, todo conspira contra la humanidad. La cuchilla no pudo detenerse al penetrar en la carne de Arquímedes, debía esperar á que terminara su especulacion científica; el Vesubio debía cesar de arrojar lava al saber que se acercaba Plinio. Mil artistas de Pompeya que hubieran perfeccionado nuestro arte no fueron perdonados por la erupcion. Una roca que se desprende no quiere hacer una excepcion á la ley de la gravedad, aunque al caer aplaste el cerebro mejor conformado. Un leon hambriento devora indistintamente á un Livingstone ó á un salvaje. La flecha en mal hora lanzada contra el pecho del gran Epaminondas obedeció ciegamente al impulso del arco. La naturaleza obra ciegamente sin considerar consecuencias ulteriores.

En la importante publicacion anual de M. Louis Fignier *L'année Scientifique* acabo de leer que en la India han perecido á millares personas, efecto de una inundacion. Los terremotos del Brasil hacen lo propio con sus habitantes, y mañana que un planeta chocara con el nuestro produciría un terrible incendio que ni rastro dejaría ni de los adelantos de la ciencia, ni de las maravillas de la industria, ni de los prodigios del arte.

Es preciso, pues, guardarse, defenderse del primero de nuestros enemigos, la naturaleza, y para ello es preciso conocerla, y luego de conocida dominarla. El secreto de esta manera de obrar, el resorte de estas fuerzas y el dominio y direccion de las mismas nos lo facilita la ciencia.

El progreso en la naturaleza lo determina aquel estado físico en que las varias fuerzas se acumulan en un centro y producen una resultante ; oponiendo una resistencia á esta directriz la fuerza se transforma y subdivide. El progreso en la vida de los séres organizados es la acumulacion de las fuerzas orgánicas, resultados parciales de la acumulacion de las fuerzas físicas. El progreso en la sociedad es la acumulacion de las fuerzas sociales, la convergencia hácia un punto final de sus respectivas direcciones.

Bagehot no sólo nos da esta verdadera y científica forma del progreso, sino que ensaya con buena suerte la explicacion de las causas de este progreso.

II.

Bagehot se ha inspirado profundamente en Hebert Spencer, cuyo sistema más general y más amplio ofrece pasto á consecutivos desarrollos interminables, fecundísimos en consecuencias , pero no asequibles á la mayoría de las inteligencias. Lo que Hebert Spencer ha considerado en abstracto, Bagehot lo ha popularizado en su obra maestra *Leyes científicas del desenvolvimiento de las Naciones*, sin que al descender la exposicion científica al móvil de las inteligencias medianamente cultivadas (aunque nunca del vulgo), haya perdido un ápice de su grandeza primitiva.

Las obras de Hebert Spencer, tanto su *Introduccion á la ciencia social*, sus *Principios de Sociología* y su *Ensayo sobre el progreso*, se presentan con el carácter de obras didácticas completas ; la obra de Bagehot es una coleccion de artículos en que hay algunas ideas apuntadas completamente nuevas, algunos puntos de vista completamente originales que el autor ha recogido y ha dado al público. De esta manera ha contribuido á la grande obra de la formacion de nuestra ciencia social, que ahora empieza á fundarse sobre bases positivas. Hebert Spencer estudia en la serie animal lo que Bagehot sólo investiga en la especie humana, ambos á dos por distinto camino van á parar á idénticas conclusiones. Hebert Spencer divide la evolucion social en inorgánica, orgánica y superorgánica. Todos

los hechos que se manifiestan en el crecimiento, apogeo y declinación de un individuo, son del dominio de la evolución orgánica, y á partir del momento en que varios individuos coordinan sus esfuerzos para producir un efecto que ha de sobrepasar en importancia, en extensión y en complejidad los que pudieran resultar de la acción individual, tiene lugar la evolución superorgánica (1).

También se ha inspirado nuestro autor en Enrique Tomás Buckle, el malogrado autor de la *Historia de la civilización en Inglaterra*, quien sostenía como principio, que observaba estrictamente, el que toda investigación histórica debe apoyarse en principios de las ciencias naturales (2). Hoy, á partir de las obras de Bagehot, de Hebert Spencer, y de Littré y otros, ya sabemos lo que significa progreso; esta palabra, que como dice M. Caro (3), es una de aquellas que lo dicen todo y no dicen nada. Bagehot nos ha dado el punto de vista en que debíamos colocarnos para plantear las grandes cuestiones sociales, y nos ha enseñado á fijarnos en aquellos puntos que hasta ahora nos habían pasado desapercibidos, y como si carecieran de importancia. Littré encuentra la ley racional de la historia en la ley primordial del desenvolvimiento individual, é indica cuatro grados sucesivos de la evolución humana, el deseo, el *sentimiento afectivo y moral*, el sentimiento y cultivo de lo bello, y la investigación científica. Esta es la historia de cada hombre y la de cada grupo humano. Igualmente Bagehot atribuye gran importancia al elemento moral; léase su obra, y encontraráse muy pronunciada la idea de que las causas morales han influido sobre las acciones humanas y han subyugado la parte material y los móviles puramente orgánicos del hombre. ¿Es justo que M. Caro continúe diciendo que para los positivistas nada significan los principios morales, nada la libertad, muy poco la justicia, todo la conveniencia?

El determinismo es el principio fundamental de la obra de Buckle; tanto Buckle como Bagehot se acercan á la escuela po-

(1) *Revue Scientifique*, 7 Julio, 1877.

(2) Véase el primer tomo de dicha obra. En él se extiende en consideraciones generales sobre la historia y el progreso.

(3) *Revue des deux Mondes*, tomo 107, 1873, pág. 743.

sitivista por más de un concepto ; la inculpacion injustamente dirigida al positivismo, injusto será tambien al hacerse extensiva á Buckle y Bagehot.

Todos los fenómenos sociales pueden estudiarse estática y dinámicamente, señalar su carácter científico haciendo abstraccion de consideraciones metafísicas de las causas primeras y de las causas finales de estos mismos fenómenos ; esto es, siguiendo la senda marcada por Augusto Comte en los últimos tomos de su *Curso de filosofía positiva*, es lo que han hecho estos autores.

El estudio positivo, la anatomía de los factores que entran en cada fenómeno social, y la fisiología ó el estudio de las funciones sociales ha de ofrecer conclusiones en las que han de convenir forzosamente espíritus antitéticos por su educacion metafísica. Los fenómenos observables no ofrecen duda ni dan ocasion á la eterna disputa. El análisis metódico de los sucesos históricos, partiendo de las conclusiones de la biología, es el único medio de estudiar la ciencia social con fruto, pues sólo sus conclusiones son verdaderamente científicas, aunque desconocidas para nosotros muchas de ellas, y harto nuevas otras cuya enunciacion nos llena de continuo sobresalto.

El determinismo histórico, la escuela evolucionista todo lo explica y da á cada hecho su razon de ser, determinando su necesidad en cada momento histórico ; porque todo acto, por terrible y cruel que sea, ha tenido su razon de ser. Las castas han preparado los regímenes de la libertad, las épocas de esclavitud han preparado la emancipacion del hombre, la intolerancia ha sido necesaria para conocer el valor de los gobiernos tolerantes. La terrible lucha por la existencia, de que tantas injusticias es causa, ha mejorado las condiciones de nuestra especie, conservando los hombres audaces, inteligentes ó mejor conformados, es decir, dando el éxito á la energía de la voluntad, á la del talento ó á la puramente orgánica. El móvil de nuestras acciones, ha dicho Renan, es el dolor ; y en efecto, la guerra, la miseria, los enemigos del hombre que no son ya ni el mundo, ni el demonio, ni la carne, han sido el eterno aguijon de su actividad constante.

En este estudio imparcial y positivo de los fenómenos histó-

ricos, los modernos científicos hacen abstracción de las leyes providenciales, de los principios absolutos constitutivos de la personalidad humana, de las eternas leyes del progreso social. Todo lo que sea absoluto y eterno é inmutable, pierde el carácter científico, pertenece á otro orden de investigaciones á que la ciencia moderna renuncia desde luégo.

El espectáculo de la historia considerado á la luz de dicha ciencia moderna, es desconsolador. Quien no triunfa muere, quien no se agita es arrastrado por la vertiginosa corriente de los séres que se agitan á su alrededor, quien no dirige bien su actividad sirve de instrumento de trabajo á otro sér que sabe encaminar y dirigir bien sus esfuerzos. La historia parece que deja sentir eternamente el grito de *¡Væ Victis!* Todo trabajo se verifica á expensas de un terrible sacrificio.

El trabajo se ha de considerar por su calidad, no por su cantidad. El átomo despliega una actividad incesante; toda masa tiene un tanto de fuerza que la transforma y combina. El trabajo más complicado es el que más resultado ofrece; el muscular es inferior al intelectual; el trabajo de un Newton menor en cantidad ofrece en compendio una suma de actividades imperceptibles superiores en conjunto á la que pudieran desplegar miles de inteligencias medianamente desarrolladas. La ley de complicación del trabajo que hay en la naturaleza existe también en la sociedad, y se formula así; á mayor complicación corresponde mayor categoría. El que inventa una máquina ahorra eternamente el trabajo de muchos braceros, y su trabajo abreviado, de superior calidad, debiera ser retribuido en proporción á los gastos que ahorra.

El problema del trabajo se presenta en nuestra época con un carácter alarmante, por la razón de que todo trabajo se verifica á expensas de un consumo. Una clase vive á expensas de otra; toda producción importa un gasto, y complicándose el trabajo y aumentando el consumo con la categoría y disminuyendo el valor del trabajo con la mayor competencia, día vendrá en que se realizará la más terrible de las selecciones.

La esclavitud en los tiempos antiguos y los conventos en los tiempos medios, resolvían el problema que hoy han dere-solver, la emigración, el suicidio y la miseria. Es menester no

reprobar la esclavitud de otros tiempos y no dejarse dominar por el efecto mágico que las palabras suelen producir en ciertas personas acostumbradas á condolerse de ajenas cuitas por *accion refleja*.

La esclavitud de la antigüedad no era quizás de mucho tan penosa como nuestro proletariado. El esclavo antiguo no era tan instruido como el obrero moderno, no tenía su ambicion ni sus necesidades, y carecía de este malestar, de esta inquietud que se apoderó de él el dia que le anunciaron la buena nueva de que era hijo de Dios y hermano de los tiranos que le vejaban y oprimían.

Desde la monera al hombre hay una escala de séres que luchan para perfeccionarse y vivir mejor. En esta lucha se notan detalles como éste: el fuerte que sobrepuja sacrifica á gran número de débiles que le asedian; los fuertes y los débiles están en una gran desproporcion y es preciso que los fuertes se defiendan contra los innumerables á quienes han de sacrificar; pero el sacrificio no ha de ser tan completo que extermine á los débiles, en cuyo caso los fuertes saldrían perjudicados por falta de medios de subsistencia. Lo que decimos del mundo orgánico puede decirse de la vida social. Es menester que el obrero moderno sea firme columna de la sociedad y permanezca en estado de quietud y reposo para que el edificio social no bambolee y caiga. A medida que la instruccion vaya penetrando en las inferiores clases sociales, la inquietud será mayor y el edificio social más inseguro: y puesto que no debe ni puede evitarse esta infiltracion de los conocimientos en todas las clases sociales, debe haber un nuevo factor que ocupe el puesto del obrero. El trabajo material del obrero debe encargarse á las máquinas, deben utilizarse los animales, en fin, todas las fuerzas de la naturaleza para que el hombre pueda dedicarse á las tareas del espíritu, y realice las funciones propias de su complicado sistema nervioso y desarrollado cerebro, domine y dirija.

La dama romana cuando se asomaba á la galería que daba vistas á la campiña donde trabajaba el esclavo, debía reflexionar muchas veces sobre la utilidad de la esclavitud y la dulzura de la vida libre sostenida por la vida del trabajo. Si re-

flexionamos bien sobre lo que consumía Roma, veremos cuán excesivos productos consumidos importados á la ciudad, no tenían equivalente; era desigual la importacion y la exportacion. ¿Qué daba Roma en cambio de los granos que le suministraba Sicilia, Egipto y el Africa? ¿Cómo podía aguantar el desnivel que ocasionaba la siempre contraria balanza de comercio? Su esclavitud resolvía este problema; el sacrificio de unos producía el bienestar de los demas, y sin la apropiacion, sin el sacrificio, no tuviera Crispo de Verceli doscientos millones de sestercios, el filósofo Séneca trescientos, ni Aureliano hubiera depositado en la quinta privada del Emperador Valeriano sus cinco mil esclavos y sus inmensas riquezas.

Supongamos que se emancipan todos los esclavos de Roma; que el esclavo que trabaja la tierra y que la esclava que lleva la fruta, viste y arregla á la señora, y la prepara y acompaña al espléndido banquete, se quejan de su triste suerte, no ya individualmente, que esto sucede siempre, sino en colectividad: supongamos que el sentimiento de disgusto pasa de individual á colectivo; se sublevan los esclavos y se reparten por igual las riquezas, ¡ó la mayor de las desventuras! Aquel dia Roma se hubiera convertido en una ciudad patriarcal digna de los tiempos de Abraham y de Jacob, los nobles caballeros romanos hubieran luchado hasta la muerte para defender á la ciudad con todo su lujo y comodidades, que se habían conquistado con su espada y con su talento. Cuando la dama romana no tuvo aquel momento de tranquilidad que le aseguraba el imperio adquirido por la costumbre, y no pudo admirar los beneficios de la esclavitud, la civilizacion romana se desmoronó.

Es menester que alguien se sacrifique en beneficio de los que han de realizar las altas funciones humanas. La humanidad entera debe sacrificarse, y muy contenta debe estar por ello, en beneficio de los artistas, de los científicos, de los seres privilegiados.

Roma no hubiera sido Roma si Domiciano no hubiera invertido 12.000 talentos en dorar el Capitolio; sin los enormes capitales gastados en los vasos murrinos procedentes de la Ca-

ramania y de la Partia interior ; si Adriano no hubiese regado las calles con aromas, hecho correr bálsamo por el teatro y los jardines ; nadado Heliogábalo en piscinas de esencias y derramado el nardo como chorrea el agua de una fuente, ¿qué hubieran hecho los habitantes del Golfo Pérsico y de Trapobana de sus perlas? ¿La Persia de su seda, la Babilonia de sus tapices? Era necesario una ciudad que se encargara de lucir toda aquella profusion de artículos de lujo en nombre de la humanidad artista. Esta ciudad fué Roma. La India debía darse por muy contenta y satisfecha de ver lucir sus telas al lado de las tapicerías de la Mesopotamia, sosteniendo los muebles de marfil de la Etiopía ó de conchas del color del oro venidas de una isla situada en las bocas del Ganges ; Africa le enviaba sus fieras para el recreo del populacho y sus perfumes para el regalo de las damas ; Cádiz le enviaba sus bailarinas ; Germania sus gladiadores ; la Grecia sus filósofos y sus artistas ; Roma era el cerebro del mundo , y en la distribucion de los productos del suelo y de la industria se llevaba la mejor parte, como la sangre, cuya parte principal el cerebro consume con terrible voracidad, dejando el resto que le sobra para nutrir los demas órganos de nuestro cuerpo. Este sacrificio de lo inferior á lo superior es la gran ley del cosmos. El hombre reconoce su inferioridad ante el ídolo que adora, se arrodilla á los piés de su dama, se descubre ante el sabio y respeta al anciano ; pero la naturaleza material no guarda estas consideraciones. En ella el superior sacrifica á su antojo y usa de la violencia para el sacrificio. A medida que la humanidad sea más consciente, presenciará más y más el espectáculo de aquel que ofreció la sangre de sus venas para salvar la vida del tribuno francés, esto es, serán frequentísimos los casos de sacrificio voluntario, por los grandes hombres, por las grandes personificaciones.

En la Edad Media el fraile veía pasar los dias y las horas en santa paz, no turbaba sus oraciones la idea del porvenir ni la angustia de haber de satisfacer sus necesidades. El mundo entero trabajaba por él, y él en cambio no entraba en competencia ni arrebatava el trabajo de manos de quien necesitaba mucho para consumir mucho. Esta era una ventaja que impedía

graves trastornos económicos y que podía favorecer la meditación y contemplación del ideal.

Hay grandes trabajos en la vida social que requieren una cooperación forzada é inconsciente. Es menester que haya criados que nos sirvan, gente dispuesta á ayudar las empresas del hombre de elevada posición, es necesario quien trabaje años enteros para reunir un capital, para que una inteligencia privilegiada no tenga que hacer más que emplearlo en libros de crecido coste, en gabinetes de física, en museos de historia natural, y no haya de perder un tiempo precioso en preparar su obra; y si en vez de ser una inteligencia privilegiada es un artista de genio, necesita un sacrificio extraordinario de parte de muchos seres que inconscientemente contribuyen á formarle y que anticipan conocimientos, enseñanzas, modelos, ejemplos y un gran capital para poder viajar y visitar cuadros de grandes autores, recorrer largos trechos en la campiña para escoger buenos golpes de vista y poder tomar apuntes, para poder tener en su taller tapices, jarrones, plantas del trópico, cinceladas armaduras, mujeres hermosas que se presten á servir de modelo, y en fin para vivir con el lujo y comodidad que nuestra época exige de todo hombre que ha sabido conquistarse un nombre y á quien el vulgo supone que igualmente ha sabido conquistarse una posición.

Para que la humanidad haya llegado á producir un Mozart, han sido precisos muchos sacrificios. El talento de un hijo significa la explosión de la fuerza intelectual acumulada en su pequeño cerebro por la serie genealógica de sus ascendientes. Para el cultivo de un gran talento son necesarios muchos medios. Si los padres no tienen estos medios, alguien se los procura; sin ellos, irremisiblemente, el genio se apaga, y el hombre que lo tiene muere en el olvido, y muchos, muchísimos hombres de gran talento han permanecido ignorados porque no han tenido ó no han sabido procurarse estos medios.

Bagehot expresa aquella idea diciendo que cada nervio guarda, por decirlo así, el recuerdo de su pasada vida, y que la vida del hombre representa un desenvolvimiento progresivo del sistema nervioso, cuyas facultades, laboriosamente adquiridas y como almacenadas en el estático de una generación,

pasan á ser manifiestamente la facultad innata de la generacion siguiente. El individuo actual, el hombre moderno, no es más, dice Bagehot, que el producto necesario de los que le han precedido, y sólo estudiando las generaciones anteriores podremos darnos cuenta de las cualidades de la generacion presente.

III.

Entremos de lleno en el estudio de la gran obra de Bagehot y hagamos constar la originalidad, la novedad, el verdadero mérito de sus nuevas adquisiciones científicas.

Nadie admite como cosa formal la idea de una civilizacion primitiva, de un estado de bienestar originario, ilusion nacida al calor de las leyendas religiosas y de los códigos sagrados, ó bien de la tradicion que siempre relega á una época anterior el malestar que se siente en la presente, lo cual con tanta precision expresa nuestro Jorge Manrique con aquella copla de pié quebrado:

Porque á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Se concibe perfectamente, dice Bagehot, una decadencia moral, una decadencia estética, pero no se concibe que los pueblos hayan abandonado sus útiles, sus instrumentos, despues de haberlos conocido y utilizado en provecho propio. El hombre primitivo, este salvaje robusto con la inteligencia del niño, desconocía lo que entendemos por un Gobierno, este regulador de la civilizacion moral; desconoce lo que es una nacion, le falta una ley rígida y precisa, que es la primera necesidad del género humano. El núcleo, el vínculo de union allí empieza de una familia, permanece unida á la muerte de un jefe patriarcal en vez de separarse.

Esta primera cuestion suscita una segunda. ¿Cómo se han perpetuado los gobiernos? La historia de las primeras razas humanas nos demuestra la existencia de la seleccion natural;

los más fuertes vencían á los más débiles y nada es más fácil de probar como que un pueblo es más fuerte cuando está regido por un gobierno, que careciendo de él.

¿Cómo se forma el carácter de las naciones? Bagehot contesta demostrando un talento de observacion inapreciable. Una especie de predominio fortuito constituye un modelo y entonces una especie de atraccion visible amolda los hombres al tipo á quien quieren imitar en virtud de un instinto de imitacion innato. Los siglos en que las naciones permanecieron aisladas contribuyeron á formar los caracteres nacionales bien determinados, caracteres que luego se han perdido con el roce con las demas naciones y por medio del comercio.

En el libro segundo nos habla del progreso y procura desvanecer la general creencia de que es un hecho normal y constante, sosteniendo, por el contrario, que sólo algunas naciones son aptas para mejorarse y desenvolverse.

Las proposiciones fundamentales de este problema son las siguientes :

1.^a En cada época especial de la historia las naciones más fuertes tienden á prevalecer sobre las más débiles, y por lo que hace á ciertos puntos determinados, las más fuertes tienden á presentarse en mejores condiciones.

2.^a En cada nacion aisladamente considerada, los caracteres típicos que más llaman la atencion y que ofrecen mayor atractivo, tienden á predominar, y el carácter que más sobresale, salvas algunas excepciones, es el que denominamos mejor carácter.

3.^a La intensidad de esta concurrencia entre las naciones y de la lucha entre los diversos caracteres no acrece en la mayor parte de las condiciones históricas por las fuerzas estrínsecas ; pero en ciertas condiciones, tales como las que hoy predominan en la parte del mundo que más influye en los humanos destinos, la intensidad de ámbos aumenta por este motivo.

El secreto del progreso queda explicado por la teoría de la seleccion natural, y el progreso del arte militar es el que impide que vengan nuevos bárbaros á destruir las ciudades de las civilizadas comarcas del globo. Una nacion se fortifica te-

niendo una fibra legal, una ley, un gobierno, poco importa cuál este sea, al principiar la constitucion de la nacionalidad. La seleccion asegura la supervivencia de aquellos que han sabido someterse á una disciplina legal. Sucede con los hombres lo propio que con los demas animales : los que saben sujetarse á la accion de la domesticacion son los que más viven. Un vínculo de cohesion entre los individuos de una tribu, una disciplina militar cualquiera asegura el triunfo.

Las religiones terroríficas, el miedo á la naturaleza que tenía el hombre primitivo, han tenido su verdadera utilidad, han contribuido á fortificar los vínculos de la costumbre.

Otra ley social importantísima ha descubierto Bagehot. «El progreso sólo es posible en aquellos casos en que hay la suficiente legalidad ó fuerza de la ley para hacer de la nacion un grupo bien relacionado, pero no tan fuerte que destruya la perpetua tendencia al cambio que tiene la humana naturaleza.»

Entre los varios agentes del progreso encontramos las ventajas que aseguran una superioridad sobre Estados rivales, aquellas instituciones, que Bagehot llama *provisionales*, entre las que hay la esclavitud, la más importante de todas, y que proviene del cruzamiento de las razas en las primeras conquistas. Bagehot dice que un esclavo es un átomo no asimilado, no digerido. El esclavo es el que ejecuta las más rudas tareas á más bajo precio, y por lo tanto el que permite el descanso á los demas y este es uno de los grandes beneficios de la esclavitud (1).

La esclavitud es una ley de la naturaleza, esto dijo Aristóteles, y en la época en que lo dijo tenía razon.

Proclamar la igualdad humana cuando la naturaleza nos ha hecho á todos desiguales, y en una época en que la desigualdad era lo que mantenía el estado social, hubiera sido la expresion de una sensiblería ajena al espíritu de un gran sabio como lo era Aristóteles. La idea de igualdad humana ha dificultado siempre la seleccion, y si tales escrúpulos filantrópicos hubieran detenido al más fuerte, jamás hubiera tenido

(1) El descanso es el gran deseo de las sociedades nacientes y sólo los esclavos pueden proporcionarle. Así se expresa Bagehot en la obra que he traducido al castellano : *Leyes científicas del desenvolvimiento de las naciones*, etc.

lugar la colonización. Los hombres que sacrificamos en provecho propio, no son iguales á nosotros; si lo fueran, sería imposible destruirlos; pues se defenderían con iguales ventajas que los que atacan; esto es por lo que toca á la parte material de la cuestión.

La raza que domina reduce á esclavitud á la raza dominada, y como el refinamiento de las costumbres sólo es compatible con los momentos de ocio, la esclavitud da por primera vez el ocio apetecido, y contribuye, por lo tanto, al refinamiento de las costumbres, y á aumentar las comodidades de la vida; no es esta, á pesar de todo, su principal ventaja; lo es la creación de una clase especial de seres privilegiados que no pueden cultivar la inteligencia. Bagehot ha sabido leer este principio en el fondo de la historia. La esclavitud crea una clase de personas que trabajan á fin de que los demás puedan pensar.

La supremacía militar, las fuerzas naturales que dan origen á las razas, y las que producen las naciones, la influencia personal considerada como un gran medio de civilización, la tendencia á la imitación, todo esto influye en el progreso.

La selección y la herencia revisten un aspecto de novedad en su obra. «En las épocas primitivas la mortalidad constituye una especie de selección; los hijos que se parecían más á sus padres eran objeto de un cuidado especial; los que eran débiles sucumbían; para vivir, ó debían nacer fuertes, ó debían parecerse á sus padres.»

Para explicarnos el origen de las razas, se inclina á la gran hipótesis de R. Wallace, y el progreso dentro de cada nación primitiva caracterizada por la existencia de una raza única, el paso de la edad de la inmovilidad á la edad del libre arbitrio según nos cuenta, á lo que parece se produjo por vez primera en aquellos Estados en que el gobierno permitía la discusión, y descansaba en un régimen parlamentario, consecuencia que sacaba nuestro autor de un principio muy inglés, y que tenía muy presente; cual es el de que la discusión de las acciones y de los intereses generales, es un principio de cambio y de progreso. Un gobierno de discusión rompe el yugo de la inmutable costumbre, y por el mero hecho de poner á discusión un

tema, ya pierde algo de su inviolabilidad y sagrado carácter la idea ó la institucion que se discute.

La discusion enseña la tolerancia. Es cosa sabida que allí donde reina el fanatismo, donde hay el imperio de la costumbre, allí se recibe generalmente con desconfianza toda idea nueva. Macaulay hubiera dicho (y aquí repito la cita de Bagehot) que la influencia de la discusion podemos encontrarla en la poesía de Shakespeare, en la prosa de Byron, en los ventanales de Longleat y en las torres de imponente aspecto de Burleigh.

La discusion es ademas un poderoso estímulo para la inteligencia y provoca su desarrollo y el más eficaz correctivo del deseo de obrar prontamente, de esta inquietud apreciable en una época de simplicidad primitiva, pero de fatales consecuencias en épocas posteriores en que todo está más complicado.

Creo, y sea dicho en honor de la verdad, que Bagehot exagera un poco la influencia benéfica de un gobierno de discusion.

El último libro de la obra de Bagehot, trata del progreso verificable en política, y sin entrar en la esencia del mismo progreso dice que éste existe y que es innegable; para su demostracion compara una colonia de ingleses con una tribu de australianos y dejando aparte lo relativo á la religion y á la moral señala las ventajas materiales, los medios de bienestar que tienen de más aquellos sobre éstos. Su fórmula del progreso no está bien determinada ni precisada.

IV.

Esta es la obra de Bagehot y he procurado hacer una pequeña síntesis de la misma: Bagehot nos ha enseñado el *pro-cesus* del organismo social, sus enfermedades, pero no nos señala el remedio. Encuentro á faltar en su obra una pequeña indicacion del ideal. Nos indica lo que hay, pero no lo que debe haber. Su obra cumple al científico, es un ensayo de fisiología y hasta de patología social. El vulgo que generalmente despues del planteamiento de un poblema que le interesa quiere inmediatamente la resolucion, sentirá acerbamente las conclusiones de la obra. Bagehot se concreta á plantear el

eterno problema de la historia y lo plantea muy bien, pero no lo resuelve.

¿Es oportuno recordar la expresión de un pensador de que es peligroso señalar el mal de una clase social y de una época histórica sin señalar el remedio; y que más importa ocultarlo porque la desgracia es doble cuando de ella se tiene conciencia? No lo creemos, así completemos la obra buscando el remedio que nos preserve de la enfermedad.

La mayoría de escritores, especialmente los ingleses, que han tratado en nuestra época la cuestión social, creo que escriben á impulsos del miedo. Es tanto lo que temen la concurrencia vital, la miseria y la desgracia, que exageran el peligro.

Acuérdome que cuando era yo muy niño leí el capítulo de *Los Miserables*, *Un hombre al agua*, y me impresionó vivamente. Durante algunos días fuí presa de una inquietud que hubiera puesto en peligro mi salud. Esta impresionabilidad es la que hace desconocer muchas veces la influencia de los sentimientos afectivos, de los principios morales, de los grandes fundamentos del orden social, sin los que se apodera de nosotros la desesperación. Hay gran número de pensadores que para significar el espíritu de nuestra época sólo pintarían la danza *Macabra de la miseria*, sus desconsoladoras conclusiones, el realismo con que pintan á la sociedad, han de espantar á los lectores.

Si las obras del género de las de Bagehot pueden predisponer al pesimismo, en cambio evitan caer en el escollo contrario; tal es el exagerado optimismo, que no ve el mal donde se encuentra, ó pretende haber hallado un remedio fácil para una enfermedad muy grave.

En España conviene sobre manera una obra como la de Bagehot para que se convenzan todos de que los problemas sociales no se resuelven con programas políticos ni con la creación súbita de instituciones. Hebert Spencer nos ha enseñado á desconfiar de la virtud metafísica de las instituciones. Jules Soury ha dicho muy oportunamente (1): «La tierra está po-

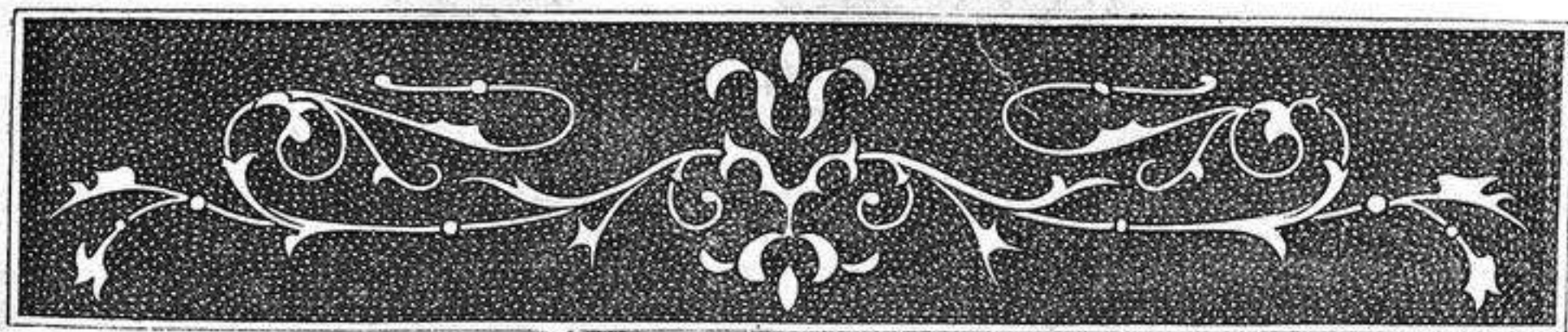
(1) *Etudes historiques sur la civilisation, l'art et la religion des peuples de l'Asie intérieure et de la Grèce*. Paris, Reinwal, 1877.

blada materialmente de inventores políticos, pretendidos genios, curanderos y salvadores de la sociedad, que incapaces de conocer la más sencilla relación entre dos hechos, los más sencillos y los más análogos, peroran con seguridad sobre los fenómenos sociales, los más complicados, y parecen desconocer que la sociedad no sería imperfecta si no lo fueran los individuos que la componen, y se imaginan que el mal ha desaparecido cuando no ha hecho más que cambiar de forma.»

Bagehot, finalmente, nos enseña á apreciar en lo que valen todos los elementos civilizadores, cada uno en su época, pero acentúa muy poco la influencia moral de la religion; casi ni siquiera habla de ella para significar su acción benéfica sobre las costumbres.

El científico ha de señalar un ideal, nuestra época lo reclama, y necesariamente ha de llegar el día en que nuestro ideal se habrá realizado, y las penas que hoy creemos eternas, gran parte de los motivos de nuestras quejas, y las dudas que hoy nos atormentan habrán desaparecido. El mismo progreso, motivado por la sucesiva elevación de las clases sociales, nos acercará al ideal; mientras tanto la humanidad recorre su pasado para poder leer en el porvenir, sabe colocar en el lugar que les corresponde y apreciar en lo que valen hombres como Bagehot. Hoy cúmplenos con saber que estos hombres que han estudiado positivamente la sociología han enseñado á encauzar las fuerzas sociales, como ántes los físicos, los geólogos, los zoólogos, han enseñado á dominar las fuerzas de la naturaleza. Día vendrá que agradeceremos á los científicos la gran era de felicidad que cabe en lo posible. Los hombres dotados de gran fuerza de síntesis estarán á la diestra del Eterno en el gran cielo de la historia, donde los bienaventurados serán los sabios. Spinoza, Krause, Renan, le han entrevisto, y habrán soñado en aquel día de justicia en que se concretará el valor propio de estos hombres privilegiadísimos, cuyo espíritu superior y cuya organización cerebral les hace acreedores á todas las ventajas de la vida y á todos los honores de la historia.

P. ESTASEN.



DON QUIJOTE (1)

La vida y las acciones del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha escritas por Miguel de Cervántes Saavedra.» Este es el primer libro que leí en cuanto supe pronunciar regularmente las letras del alfabeto. Me acuerdo aún muy bien de aquel tiempo, en que yo me escapaba muy de mañana de la casa paterna, y en que iba á refugiarme al jardin de la Córte con el objeto de leer, sin ser distraído, el *Don Quijote*. Era una hermosa mañana del mes de Mayo; la primavera, que acababa de presentarse, brillaba ya dentro de una apacible aurora y se dejaba elogiar por el rui señor, su adulator cariñoso, y éste cantaba sus elogios con voz tan suave y acariciadora que las más púdicas rosas entreabrían sus capullos y los céspedes enamorados y los rayos solares se daban tiernos y vivos besos, y los árboles y las flores se estremecían de júbilo. Yo fuí á sentarme en un viejo banco de piedra adornado con musgo, en la alameda llamada de los Suspiros, no muy léjos del Surtidor, y mi jóven corazon se

(1) Estudio escrito por el célebre poeta prusiano Enrique Heine para servir de introduccion á una edicion ilustrada de *Don Quijote*, publicada en aleman en la ciudad de Stuttgart.

regocijó con las aventuras del atrevido caballero. En mi infantil probidad todo lo tomaba yo por lo serio. De cualquier modo que el pobre héroe fuera sacudido por la suerte, yo me decía que así debía suceder y que este era el premio de los héroes, ser tan pronto despreciados como apaleados, todo lo cual me afligía sobremanera. Yo era un niño y aún no conocía la ironía que Dios ha creado en su universo y que el gran poeta ha imitado en el suyo. Yo podía derramar las lágrimas más amargas cuando el noble caballero no recogía más que ingratitud y sarcasmos por su grandeza de alma; y aún poco ejercitado en la lectura, pronunciaba yo cada palabra en voz alta, por cuyo motivo las aves y los árboles podían oirme. Como yo mismo, aquellos inocentes seres de la naturaleza nada comprendían de la ironía. También ellos lo tomaban todo por lo serio y lloraban ante las angustias del pobre caballero. Creí entónces por lo ménos ver llorar á un viejo roble y ví también al surtidor serio sacudir con mayor violencia su larga barba para sollozar sobre la dureza de los hombres. Se nos figuró á todos que el heroísmo del caballero no merecía ménos admiración cuando el león, sin ganas de combatir, le vuelve distraído el lomo, y que sus acciones eran tanto más gloriosas y meritorias cuanto que su cuerpo era endeble y seco, que la armadura que lo protegía estaba carcomida, y que la cabalgadura que lo llevaba de un sitio á otro estaba en los puros huesos. Despreciamos á la baja plebe que cobardemente atacaba al héroe apaleándole, pero aún mucho más á la alta plebe que, engalanada con vestiduras de seda, con bellas frases distinguidas y con un título ducal se burlaban de un hombre que tanto la sobrepujaba en nobleza y en espíritu. El caballero de Dulcinea se elevaba creciendo más y más en mi estima, y se atraía más mi afecto á medida que iba yo leyendo en aquel libro maravilloso, lo cual sucedió todos los días en el mismo jardín hasta fines de otoño, época en que llegué al fin de la historia; mas nunca olvidaré el día en que leí el relato de aquel desventurado combate en que el caballero fué tan tristemente vencido.

Era un día bien triste: feas y pardas nubes cubrían el cielo gris. Las hojas amarillentas se desprendían dolorosamente de los árboles. Pesadas lágrimas de lluvia estaban suspendidas

de las últimas flores que inclinaban melancólicamente su moribunda cabeza. Los ruseñores hacía ya tiempo que no cantaban. La imágen de la decadencia de todas las cosas me rodeaba por todas partes y mi corazón casi se rompió cuando leí cómo el noble caballero, tendido, cubierto de polvo y molido por los golpes y las heridas se encontró con el duro suelo, y cómo, sin levantar la visera, elevando hasta su vencedor, su voz hueca y debilitada que parecía salir del fondo de una tumba, le dijo : «Dulcinea es la dama más hermosa del universo, y yo el más desventurado de los caballeros del mundo todo ; mas no conviene que mi debilidad me obligue á negar esta verdad... Atravesadme con vuestra lanza, caballero.»

¡Ay! ¡Este portentoso paladin con la media luna de plata, que venció al más valiente y más noble de los caballeros, era un barbero disfrazado!

Hace ya ocho años escribí las anteriores líneas (1), en que contaba la impresion que la lectura de *Don Quijote* había producido en mi espíritu mucho tiempo ántes. ¡Cielo Santo! ¡Con qué rapidez los años pasan! Se me figura que fué ayer que acababa de leer el libro en la alameda de los Suspiros del jardín de la córte de Dusseldorf, y que mi corazón aún está conmovido por la admiracion que le inspiran las proezas y los padecimientos del gran caballero. ¿Habrá permanecido inmóvil mi corazón durante todo ese tiempo, ó más bien, por un maravilloso retroceso, habrá retrocedido á los sentimientos de la infancia? Acaso haya sucedido esto, pues yo recuerdo que en cada lustro de mi vida he releido el *Don Quijote* con impresiones alternativamente diferentes. Cuando me ensanchaba en la edad de la juventud, poniendo ávidamente mis manos inexpertas sobre los bosques de rosas de la vida, y subiendo á las rocas más altas para estar más cerca del sol ; cuando en la noche yo no pensaba más que en las águilas y en las vírgenes puras, entónces me parecía *Don Quijote* un libro muy poco recreativo, y, siempre que lo veía, lo apartaba léjos de mí. Más tarde, hombre ya, me reconcilié en parte con el desventurado campeón de Dulcinea, y principié á reirme de él.

(1) El trozo anterior apareció en el libro titulado *La Alemania*.

«Ese mentecato está loco», me decía entonces. Sin embargo, ¡cosa singular! en todos los caminos de mi vida me perseguían los fantasmas del escueto caballero y de su escudero mofletudo, especialmente siempre que sentí alguna duda ante dos vías diferentes. Me acuerdo, por lo tanto, de que, cuando vine á Francia, despertándome una mañana en el carruaje, y sintiendo como una somnolencia febrosa, distinguí en la bruma dos figuras muy conocidas que cabalgaban á mi lado; una, á mi derecha, era D. Quijote de la Mancha sobre su abstracto Rocinante. La otra, á mi izquierda, Sancho Panza sobre un asno positivo. Llegábamos precisamente á la frontera francesa. El noble caballero inclinó respetuosamente la cabeza ante la bandera tricolor que flotaba delante de nosotros sobre la alta columna que marcaba la frontera, mientras el buen Sancho saludaba más friamente, haciendo un movimiento ligero de cabeza á los primeros gendarmes franceses que divisó. Pero muy pronto me adelantaron los dos amigos; los perdí de vista, y tan sólo á lo lejos oí los relinchos entusiastas de Rocinante y el ¡já! ¡já! del asno.

Creía yo entonces que la parte ridícula del don-quijotismo provenía de que el noble caballero intentaba llamar de nuevo á la vida un pasado largo tiempo desvanecido y de que sus pobres miembros, y sobre todo sus espaldas, caían en dolorosas colisiones con las realidades presentes. ¡Ay! Más tarde he sabido que es una grave locura querer introducir demasiado pronto el porvenir en el presente, cuando, en semejante combate contra los rudos intereses del día, no se posee más que un escueto jamelgo, una desvencijada armadura y un cuerpo aún mucho más frágil. A propósito de ese don-quijotismo como del otro, el sábio mueve la cabeza... Pero Dulcinea del Toboso es, á pesar de todo, la dama más hermosa del universo. Aunque yo yazga en el suelo, no retiraré nunca esta palabra... ¡Atravesadme con vuestras lanzas, caballeros de la luna de plata y barberos disfrazados!

¿Cuál fué el pensamiento esencial del gran Cervántes al escribir su obra maestra? ¿Quiso solamente dar el golpe de gracia á las novelas de caballería cuya lectura, en su época, era para España una plaga contra la cual las ordenanzas eclesiás-

ticas y civiles eran impotentes? O más bien, ¿pretendió poner en ridículo todas esas manifestaciones del entusiasmo y aún antes el heroísmo de los espadachines? Es evidente que tan sólo se propuso una sátira contra las citadas novelas, sobre las cuales quería atraer la burla universal, poniendo de manifiesto todos sus absurdos. Y consiguió su objeto con éxito brillante; puesto que lo que no habían podido hacer ni las exhortaciones del púlpito ni las amenazas del brazo seglar, lo hizo un pobre escritor con su pluma: aniquiló de tal manera los libros de caballería que, poco tiempo después de la publicación de *Don Quijote*, la afición á estos libros desapareció en España, y ninguno de ellos se volvió á imprimir. Mas la pluma del genio es siempre más grande que el genio mismo. Alcanza mucho más lejos que sus designios actuales, y, sin que él mismo se lo explicara claramente, Cervántes escribió la más grande de las sátiras contra el entusiasmo humano. Jamás lo presintió él, el héroe que había pasado la mayor parte de su vida en los combates caballerescos, y, en su vejez, se felicitaba de haber combatido en Lepanto, aunque hubiera pagado su gloria con la pérdida de la mano izquierda.

El biógrafo poco tiene que decir de la persona y la vida del poeta que escribió *Don Quijote*. Nada perdemos en esta falta de datos biográficos, generalmente recogidos por las comadres de la vecindad. Estas no ven más que el exterior, pero nosotros vemos al hombre mismo, su figura verdadera y precisa.

Don Miguel Cervántes de Saavedra fué un hombre hermoso y vigoroso. Su frente, era alta y su corazón grande. La mágica fuerza de su mirada era maravillosa. Así como hay gentes que ven á través de la tierra y en su fondo distinguen los tesoros ó los cadáveres escondidos, la mirada del gran poeta penetraba hasta el corazón de los hombres, viendo claramente lo que en ellos se ocultaba. Para las gentes honradas era su mirada como un rayo de sol que iluminaba alegremente su alma; para los malos, era una espada que destrozaba sin compasión sus sentimientos íntimos. Su pupila investigadora entraba hasta el alma del hombre y hablaba con ella, y cuando el alma no quería responder, la ponía en el tormento, y el alma brotaba sangre sobre el banco de la tortura, mientras su

envoltura corporal fingía una máscara de digna condescendencia. ¡Qué extraño, pues, que se enajenara por esta razón á mucha gente, y que, en su carrera terrestre, no encontrara sino un apoyo muy débil!

Nunca llegó á una posición alta y desahogada, y de todas sus laboriosas peregrinaciones solamente trajo á su hogar conchas vacías. Se asegura que no supo apreciar el dinero en lo que valía; pero yo puedo asegurar que lo apreciaba muy bien en cuanto no tenía ninguno. De todos modos, no lo apreció nunca tanto como su honra. Tenía deudas, y en una carta redactada por él y otorgada por Apolo á los poetas, el primer párrafo consigna que, al afirmar un poeta que no tiene dinero, hay que creerlo bajo su palabra sin exigirle juramento ninguno. Cervántes amaba la música, las flores y las mujeres. Pero á veces su amor por estas últimas se volvió cordialmente en contra suya, sobre todo durante su juventud. El sentimiento de su grandeza futura, ¿podía acaso consolarlo en su juventud, cuando rosas indiferentes lo herían con sus espinas?—Un día, siendo aún adolescente, se paseaba por la orilla del Tajo, á la caída de una clara tarde de verano, con una niña hermosa de diez y seis años que se burlaba sin cesar de su ternura. Aún no se había puesto el sol y brillaba en todo su esplendor; pero en el alto cielo aparecía ya la luna, delgada y pálida como una nubecilla blanca. «¿Ves, dijo el jóven poeta á su amada, ves allá arriba ese pequeño disco blanquecino? El río, delante de nosotros, en que se refleja, lleva al parecer, sólo por compasión, su pobre pequeña imágen sobre sus hondas orgullosas, que de vez en cuando la arrojan irónicamente á la ribera. Deja que el día desaparezca. Con la creciente oscuridad, ese pálido disco resplandecerá con brillo más hermoso, todo el río brillará con su luz, y las hondas, hace poco desdeñosas y fieras, se estremecerán voluptuosamente hácia él.»

En las obras de los poetas hay que buscar su historia: en ellas se encuentran sus más íntimas confesiones. En todas, aún más en sus dramas que en *El Quijote*, vemos que Cervántes había sido soldado largos años. En realidad, la palabra romana «vivir es guerrear,» se aplica doblemente á él. Simple soldado, combatió en la mayor parte de aquellos terribles jue-

gos guerreros que el Rey Felipe II hizo representar en todas las naciones, á la gloria de Dios y de sus propios caprichos.

La circunstancia de que Cervántes consagrara toda su juventud al gran campeón del catolicismo y de que combatiera personalmente en favor de los intereses católicos, hace presumir que esos intereses eran por él muy queridos, y basta para refutar la opinion tan admitida de que el temor de la inquisicion le impidió tratar en *Don Quijote* de las ideas protestantes de la época. No, Cervántes fué hijo sumiso de la Iglesia romana, y no fué solamente su cuerpo el que se ensangrentó en aquellos combates caballerescos en favor de su bandera querida, sino que tambien sufrió por ella con toda su alma el martirio más cruel durante su largo cautiverio entre los infieles.

A la casualidad se deben muchos detalles acerca de la vida de Cervántes en Argel, y hay que reconocer que el héroe era en él tan grande como el poeta. La historia de su cautiverio es la refutacion más brillante de la melodiosa mentira de ese hablador mundano que ha hecho creer al emperador Augusto y á todos los pedantes alemanes que él era poeta y que los poetas son cobardes. No, el poeta verdadero es á la vez un héroe verdadero, y dentro de su corazon alienta la paciencia que, segun dicen los españoles, es una segunda valentía. No hay espectáculo más grande que la vista de ese noble castellano, esclavo del dey de Argel, ocupado constantemente en su libertad, preparando sin descanso sus planes atrevidos, mirando frente á frente todos los peligros, y cuando su empresa se frustra, sometiéndose á la muerte y al tormento ántes que traicionar con una sola sílaba á sus cómplices. El dueño sanguinario de su cuerpo se siente desarmado por tanta grandeza y virtud. El tigre perdona al leon encadenado y tiembla ante el terrible manco á quien fácilmente podría con una sola palabra enviar á la muerte. Con el nombre de *Manco*, es conocido Cervántes en todo Argel, y el dey confiesa que puede dormir tranquilo y seguro de la calma de su ciudad, de su ejército y de sus esclavos, con tal que el manco esté en lugar seguro.

He recordado que Cervántes fué siempre simple soldado; y he de añadir que supo en tan humilde condicion distinguirse y sobre todo llamar la atencion de su gran general D. Juan de

Austria ; y cuando quiso volver de Italia á España, recibió para el rey, cerca del cual fué su ascenso vivamente solicitado, las recomendaciones más honrosas. Así es que cuando los corsarios argelinos lo cautivaron en el Mediterráneo lo consideraron como á un personaje de la más alta importancia, y exigieron un rescate tan alto que su familia, á pesar de los mayores sacrificios, no pudo rescatarle, y el pobre poeta fué entónces retenido por lo mismo mucho más tiempo y tratado con mayor dureza en su cautiverio. Su mérito fué, por lo tanto, para él nueva causa de infortunio ; y por la misma razon hasta el fin de sus dias se burló de él la Fortuna ; esa diosa cruel que no perdona nunca al genio de no necesitar su proteccion para elevarse hasta la gloria y el honor.

Pero la desventura del genio ¿es siempre obra de una casualidad ciega, ó más bien es resultado necesario de su naturaleza íntima y de cuanto le rodea? ¿Es su alma que se pone á luchar con la realidad ó más bien comienza la dura realidad un combate desigual con su grande alma?

La sociedad es una república. Cuando el individuo quiere elevarse, la comunidad lo rechaza con el ridículo y la difamacion. Nadie puede ser más virtuoso y más diestro que los demas. Pero el que con el auxilio del inflexible poder del genio, eleva la cabeza sobre la turba comun, ese se ve condenado al ostracismo por la sociedad, que lo persigue en medio de bur-las y calumnias tan crueles, que al fin está obligado á retirarse dentro de la soledad de sus pensamientos.

Sí, la sociedad en su esencia es republicana. Odia toda soberanía, sea ésta de un órden espiritual ó material. La última descansa más á menudo sobre la primera, aunque no lo crean así muchos. Lo hemos visto claramente despues de la revolucion de Julio, cuando el espíritu del republicanismo se manifestó en todas las relaciones sociales. El laurel de un gran poeta era tan odioso á nuestros republicanos como la púrpura de un gran rey. Querían suprimir tambien las diferencias intelectuales entre los hombres ; y como consideraban todos los pensamientos brotando sobre el terreno del Estado cual si fueran un bien comun, no les quedaba otro recurso que el de decretar tambien la igualdad de estilo. Y en efecto, un estilo

bueno fué denigrado como algo aristocrático, y con frecuencia hemos oído afirmar muchas veces que «el verdadero demócrata escribe como el pueblo: cordialmente, simplemente y malamente.» La mayor parte de los hombres del movimiento podían obedecer fácilmente á ese decreto; pero no le es dado á cada uno escribir mal, sobre todo cuando uno se ha acostumbrado ya á tener un estilo bueno, y entónces se decía con seguridad: «Es un aristócrata, un amante de la forma, un amigo del arte, un enemigo del pueblo.» Seguramente obraban de buena fe, como San Jerónimo, que consideraba su buen estilo como un pecado, y se castigaba flagelándose fuertemente.

Así como nada hay de anticatólico, tampoco hay nada en *Don Quijote* que huela al antiabsolutismo. Los críticos que han descubierto en él algo semejante, se equivocan hondamente. Cervántes era hijo de una escuela que había idealizado poéticamente la obediencia absoluta al soberano. Y ese soberano era rey de España en una época en que su majestad brillaba sobre el mundo entero. El último soldado se sentía dentro del brillo de esa majestad, y sacrificaba gustoso su libertad individual á semejante satisfacción del orgullo castellano.

La grandeza política de España no debía entónces elevar y engrandecer medianamente el alma de sus escritores. Como en el imperio de Cárlos V, el sol no se ponía tampoco en el espíritu de ningún poeta español. Las luchas atroces contra los moriscos habían terminado, y así como después de una tempestad exhalan las flores aroma más intenso, así también después de una guerra civil tiene la poesía su más espléndida florecencia. La misma cosa vemos en Inglaterra en tiempo de Isabel: una escuela de poetas, contemporáneos de los poetas españoles, aparece y provoca asimilaciones notables. Aquí Shakspeare, allí Cervántes, son la flor de esta escuela.

Así como los poetas españoles, bajo los tres Felipes, lo mismo los poetas ingleses bajo Isabel, tienen cierto aire de familia, y ni Shakspeare, ni Cervántes, pueden, á nuestro juicio, pretender la originalidad. No se distinguen de ningún modo de sus contemporáneos por una manera particular de sentir, de pensar ó de describir, pero sí por una profundidad, una intimidad, una ternura, una fuerza más considerables. Sus com-

posiciones están penetradas y envueltas á un grado más alto de la poesía.

Y no son solamente uno y otro la flor de su tiempo ; eran tambien las raíces del porvenir. Como es menester considerar á Shakspeare á causa de la influencia de sus obras, particularmente sobre Alemania y la Francia de hoy, cual fundador del arte dramático que siguió, es menester tambien honrar á Cervántes, fundador de la novela moderna. Permítanseme aquí algunas observaciones pasajeras.

La novela antigua, la novela caballeresca, salió de la poesía de la Edad Media. Fué en un principio una elaboracion en prosa de aquellos poemas épicos, cuyos héroes pertenecían al ciclo legendario de Carlo-Magno y del San Grael ; el asunto siempre estaba tomado de las aventuras caballerescas. Fué la novela de la nobleza, y los personajes que en ella tenían algun papel, eran, ó creaciones fabulosas de la fantasía, ó caballeros calzados con espuelas de oro ; en ninguna parte aparecía el pueblo. Esas novelas caballerescas, que habían degenerado hasta lo absurdo, son las que Cervántes destronó con su *Don Quijote*. Pero, á la par que escribía una sátira que aniquiló la vieja novela, dió el modelo de una invencion nueva que hoy se llama novela moderna. Así proceden siempre los grandes poetas : miéntras destruyen lo antiguo fundan algo nuevo. No niegan nunca sin afirmar alguna cosa. Cervántes fundó la novela moderna, introduciendo en la novela caballeresca la descripcion fiel de las clases inferiores, mezclando la vida popular. El gusto de describir el género de vida del pueblo más bajo, de la más abyecta canalla, no es particular de Cervántes, sino de toda la literatura de la época ; y se encuentra lo mismo en los poetas que en los pintores españoles. Murillo, que robó al cielo los colores más santos, con los que pintó sus vírgenes más bellas, reprodujo con el mismo amor los objetos más repugnantes de la tierra. Acaso era el entusiasmo para el arte mismo que hacía encontrar á veces á esos nobles españoles en la fiel reproduccion de un mendigo jóven, cazando piojos, igual placer que en la reproduccion de la Vírgen bendita entre todas las mujeres. O bien era el atractivo del contraste que empujaba á los gentiles-hombres más encopetados, por ejemplo,

un cortesano como Quevedo, siempre puesto de veinticinco alfileres, ó un ministro poderoso como Mendoza, á escribir novelas de estafadores ó de mendigos andrajosos. Querían, quizás, transportarse con la fantasía, desde su monótona camarería, á una esfera del todo diferente, poco más ó menos, como muchos escritores alemanes que llaman sus novelas de pinturas del mundo *fashionable*, haciendo á todos sus héroes condes ó barones. No encontramos aún en Cervántes esa tendencia exclusiva á no pintar más que lo innoble; mezcla solamente lo ideal con lo vulgar; aquel sirve á éste de botador ó de luz, y el mundo de calidad ocupa tanto lugar como el plebeyo. Mas este elemento de hidalguillo, de caballero y de aristócrata, desaparece por completo en la novela de los ingleses, quiénes han imitado los primeros á Cervántes, siendo hasta hoy nuestros modelos. Esos novelistas ingleses son naturalezas prosáicas desde Richardson. El espíritu gazmoño de su tiempo rechaza toda pintura enérgica de la vida popular, y al otro lado del Estrecho es donde nacieron esas novelas inglesas en que se refleja la pequeña existencia de una clase media honrada y moderada. Esta lastimosa literatura ha sumergido al público inglés hasta el momento en que apareció el grande escocés que hizo en la novela una revolucion, ó, para decirlo mejor, una restauracion. En efecto, lo mismo que Cervántes introdujo en la novela el elemento democrático, cuando el elemento caballeresco reinaba sólo en ella, Walter Scott ha traído de nuevo el elemento aristocrático que de la novela había desaparecido, dejando el espacio libre al prosaismo de la clase media. Por un procedimiento diferente, Walter Scott ha devuelto á la novela ese bello equilibrio que admiramos en el *Quijote* de Cervántes.

Bajo ese punto de vista, creo que el mérito del segundo gran poeta inglés no ha sido todavía justamente apreciado. Sus inclinaciones *torys*, su preferencia por el pasado han sido bienhechoras para la literatura, para esas obras maestras de su genio, que en todas partes han encontrado eco é imitadores, y han relegado á los rincones más oscuros de los gabinetes de lectura los tipos incoloros de la novela de la clase media. Es un error empeñarse en no reconocer á Walter Scott como el inventor de la novela histórica y de hacerla derivar de ins-

piraciones alemanas. Olvidan todos que lo que caracteriza las novelas históricas es precisamente la armonía del elemento aristocrático y democrático ; que Walter Scott, devolviendo su lugar al primero, ha restablecido admirablemente la armonía turbada durante el reinado exclusivo del segundo, mientras nuestros novelistas alemanes han renegado completamente de ésta en sus obras para entrar de nuevo en la extraviada senda de la novela caballeresca, que florecía ántes de Cervántes. Nuestro La Motte-Fouqué no es más que un rezagado de aquellos poetas que dieron al mundo el *Amadís de Gaula* y otras aventuras semejantes, y yo no solamente admiro el talento sino todavía más el valor que ha necesitado el noble baron para escribir esos relatos caballerescos dos siglos después de *Don Quijote*. Fué un período extraño en Alemania el en que aparecieron esos libros, aficionándose á ellos el público. ¿Qué significaba en la literatura esta predilección por la caballería y las imágenes de los viejos tiempos feudales? Creo que el pueblo aleman quería despedirse para siempre de la Edad Media ; pero, fácilmente conmovidos como siempre lo estamos, nos despedimos de ella dándola un beso. Por la última vez, apretamos nuestros labios contra las viejas piedras sepulcrales. Más de uno entre nosotros, esta es la verdad, se portó entónces de la manera más loca. Luis Tieck, el niño terrible de la escuela, exhumó de la tumba á los abuelos difuntos, balanceó su ataúd como una cuna, y con una balbucencia necia é infantil, cantaba: «¡Duerme pequeño abuelo, duerme!»

He nombrado á Walter Scott el segundo gran poeta de Inglaterra y á sus novelas obras maestras. Pero á su genio solamente quería yo rendir este grande homenaje. Bajo ningun concepto puedo igualar sus obras con la novela de Cervántes. Este lo sobrepuja en espíritu épico. Cervántes, ya lo he dicho, era un poeta católico, y á esta circunstancia debe acaso la inmensa serenidad épica que, como un cielo de cristal, cubre el mundo de mil colores de sus creaciones. Ni una sola vez la duda hizo mella en él. A esto hay que añadir la quietud del carácter nacional español. Pero Walter Scott pertenece á una Iglesia que somete á una discusión rigurosa hasta las cosas

divinas. Escocés y abogado, está acostumbrado á la accion y á la discusion, y como en su vida y en su espíritu, el drama es quien predomina en sus novelas. Por eso sus obras no podrán jamás ser consideradas como modelo puro de esa especie de composicion que llamamos novela. A los españoles pertenece la gloria de haber producido la mejor novela, miéntras la de haberse levantado á mayor altura en el drama pertenece á los ingleses.

Y á los alemanes, ¿qué palma les queda? ¿No es la de los mejores líricos de la tierra? Ningun pueblo posee cantos tan bellos como el aleman. Los pueblos tienen ahora entre manos demasiados negocios políticos; mas cuando esos negocios queden arreglados, todos, alemanes, bretones, españoles, franceses, italianos, nos daremos cita en la selva verde; cantaremos, y el ruiseñor será el juez supremo. Convencido estoy de que en ese torneo lírico, el *Lied* (cantar) de Wolfgang Goethe se llevará el premio.

Cervántes, Shakspeare y Goethe, forman el triunvirato poético que, bajo las tres formas de la poesía épica, dramática y lírica ha llegado á más sublime altura. Quizás el que escribe estas páginas es de veras competente para elogiar á nuestro gran conciudadano como al más cumplido de los poetas líricos. Goethe está á igual distancia, entre las dos Escuelas que caracterizan la doble degeneracion de la poesía, esta Escuela que lleva desgraciadamente su nombre y aquella que lleva el nombre de Escuela suava. Las dos, es verdad, tienen su mérito. Han contribuido indirectamente á la fortuna de la poesía alemana. La primera operó una reaccion saludable contra el idealismo exclusivo de nuestra poesía; trajo de nuevo el espíritu á la realidad vigorosa y desarraigó ese petrarquismo sentimental que siempre nos ha aparecido como un donquijotismo lírico. En cuanto á la Escuela suava, contribuyó tambien indirectamente á la salvacion de la poesía alemana. Si en el Norte de Alemania, obras sanas y vigorosas pudieran producirse, acaso se deba á la Escuela suava que atrajo hácia sí todos los humores enfermizos, cloróticos y piadosamente sentimentales de la Musa alemana. Stuttgart ha sido como el derivativo de la Musa alemana.

Al atribuir al triunvirato ántes citado el lugar más alto en el drama, la novela y la poesía lírica, estoy muy léjos de disminuir el valor de otros grandes poetas. Nada es más extravagante que esta pregunta: «¿Qué poeta es más grande que otro?» La llama es la llama, y su peso no se calcula por onzas y libras. La simpleza del espíritu especiero podría sólo querer pesar el genio en su sórdida balanza destinada al queso. No tan sólo los antiguos, pero también muchos modernos han escrito poemas en que la llama de la poesía relumbra con tanta magnificencia como en las obras maestras de Shakspeare, de Cervántes y Goethe. Sin embargo, estos nombres permanecen unidos como por un nudo misterioso. De sus creaciones se refleja un espíritu que es de la misma raza. En ellas se respira una dulzura eterna, parte del hálito de Dios. Como en la naturaleza, una reserva discreta florece en ellas. Lo mismo que él recuerda á Shakspeare, Goethe recuerda de continuo á Cervántes, y se le parece hasta en las particularidades del estilo, en esa prosa fácil, coloreada con la ironía más dulce é inocente. Cervántes y Goethe se parecen hasta en sus defectos, en la proligidad de los discursos, en esos largos períodos que encontramos á veces en sus obras, comparables con un séquito de trenes reales. No se encuentra á veces más que un solo pensamiento, sentado en un período semejante desmesuradamente extendido, que con gravedad camina como una gran carroza de córte, dorada y tirada por seis caballos enjaezados. Pero este único pensamiento es siempre algo de considerable, cuando no llega á ser el soberano.

No he podido hablar más que con indicaciones someras del espíritu de Cervántes y de la influencia de su libro. Puedo aún ménos extenderme sobre el valor de su novela bajo el punto de vista del arte, porque sería preciso entrar en discusiones que nos conducirían demasiado léjos en el dominio de la estética. Tan sólo quiero aquí llamar la atención general sobre la forma de su novela y sobre las dos figuras que son el centro. Esta forma es la de una descripción de viaje, forma que ha sido siempre el cuadro más natural de esta clase de composiciones: no recuerdo ahora más que el *Asno de Oro*, de Apuleo, la primer novela de la antigüedad. Más tarde, los poetas

han querido remediar la uniformidad de ese género con lo que hoy llamamos la fábula de la novela. Mas, á consecuencia de su pobreza de invencion, la mayor parte de los novelistas se han tomado sus fábulas unos á otros. Cuando ménos han utilizado siempre con pocas modificaciones las fábulas unos de otros, si bien la reproduccion de los mismos caracteres, de las mismas situaciones y de las mismas complicaciones, ha concluido por echar á perder bastante para el público la lectura de las novelas. A fin de huir del fastido de las fábulas novelescas rebuscadas, se volvió durante algun tiempo á la forma antigua y original de la descripcion de viajes. Mas esta es de nuevo abandonada en cuanto aparece un poeta original con fábulas nuevas y vivientes. De esta manera, en la literatura como en la política, todo se mueve segun la ley de la accion y de la reaccion.

Respecto de las dos figuras que se llaman D. Quijote y Sancho Panza, que sin cesar se parodian, y á pesar de todo se completan tan maravillosamente, que forman en realidad el héroe de la novela, atestiguan tanto arte como profundidad de espíritu del poeta. En tanto que en otras novelas, donde el héroe corre sólo por el mundo, los escritores han tenido que valerse de monólogos, de cartas, de un diario, para dar á conocer los pensamientos y las impresiones del héroe, Cervántes puede introducir constantemente un diálogo natural, y como una de las figuras parodia siempre los discursos de la otra, la intencion del poeta aparece con mayor realce. Desde entónces, se ha imitado de varios modos esa doble figura que da al libro de Cervántes un natural tan ingenioso, y de donde brota, como de un gérmen único, la novela entera con su follaje lujurioso, sus flores odoríferas, sus brillantes frutos, los jimios y las aves maravillosas que se balancean encima de sus ramas, semejante á algun árbol gigantesco de la India.

Pero sería injusto poner aquí todo sobre la cuenta de una imitacion servil; era tan natural la introduccion de dos figuras como las de D. Quijote y de Sancho, de las cuales una, la figura poética, corre en busca de aventuras, y la otra, en parte por cariño, en parte por egoismo, trota detras de aquella con lluvia y con sol..., ¡tales cuales nosotros mismos los hemos

encontrado tan á menudo en la vida! Para reconocerlos en todas partes, en el arte como en el mundo, bajo los disfraces más diversos, es preciso, en verdad, tener fijos los ojos sobre lo esencial, sobre sus señas internas, y no sobre los accidentes de su apariencia exterior. Podría citar innumerables ejemplos. ¿No encontramos en D. Quijote y Sancho tambien en las figuras de D. Juan y Leporello, como en la persona de Lord Byron y su criado Fletcher? ¿No reconocemos esos mismos tipos y sus relaciones recíprocas tambien en la figura del caballero de Waldsea y de su Gaspar Larifari, como en la de tal escritor y la de su librero, comprendiendo éste las locuras de su autor, y acompañándole, sin embargo, fielmente en todas sus campañas vagamundas é ideales, á fin de sacar de ellas sólidas ventajas?

Y el señor editor Sancho, aunque á veces no alcance más que golpazos, está, á pesar de todo, siempre gordo, mientras el noble caballero se adelgaza más y más cada dia.

Y no es solamente entre los hombres, sino tambien entre las mujeres, donde yo he encontrado á menudo los tipos de Don Quijote y de su escudero. Me acuerdo muy bien de una encantadora inglesa, una rubia entusiasta, que se había escapado con su amiga de un colegio de niñas de Lóndres, y quería recorrer el mundo entero en busca de un corazon de hombre tan noble como ella lo había visto en sueños en las suaves noches de nítida luna. Su amiga, una pequeña morena algo fuerte, esperaba en aquella ocasion, si no conquistar algo verdaderamente ideal, al ménos á un marido buen mozo. La veo todavía en la plaza de Brighton á aquella figura delgada, con los ojos en busca de amor, lanzando lánguidas miradas sobre el mar agitado hácia las costas de Francia. Su amiga entretanto cascaba avellanas y encontraba la almendra excelente, mientras arrojaba las cáscaras al mar.

A pesar de todo eso, ni en las obras maestras de otros artistas, ni en la naturaleza misma, no encontramos esos dos tipos tan exactamente presentados en sus relaciones recíprocas como en la novela de Cervántes. Cada rasgo del carácter y de la persona de uno de ellos corresponde en el otro á un rasgo opuesto y sin embargo homogéneo. Cada particularidad tiene su valor,

porque al mismo tiempo es una parodia. Llega á haber, entre Rocinante y el asno de Sancho, el mismo paralelismo irónico que entre el escudero y su caballero, y los dos animales son, hasta cierto punto, los portadores simbólicos de las mismas ideas. Lo mismo que en su modo de pensar, ofrecen el señor y el criado en su lenguaje los contrastes más notables, y no puedo dejar de consignar aquí las dificultades que el traductor ha tenido que vencer para transportar al alemán la dicción familiar, tosca, rústica del buen Sancho. Con su manera entrecortada y á menudo grosera de hablar con refranes, Sancho recuerda al loco del rey Salomon, Markuff, que, como él, expresa por medio de sentencias cortas la sabiduría experimental del bajo pueblo en frente de un idealismo patético. D. Quijote, al contrario, habla la lengua de las clases superiores y cultas, y hasta en la grandeza de sus períodos bien redondeados representa al noble hidalgo. A veces esta construcción de períodos es desmesuradamente extendida y la lengua del caballero se parece á una altanera dama de la córte con su hueco vestido de seda que arrastra una cola larga y ruidosa. Pero los chistes, disfrazados de page, sostienen sonriendo el extremo de la cola : los períodos largos terminan con los más graciosos giros.

Así resumimos el carácter de la lengua de D. Quijote y de Sancho Panza : el primero, cuando habla, parece estar siempre encima de su gran caballo ; el otro habla como si estuviera montado en su asno humilde.

Unas palabras tengo que decir acerca de las ilustraciones que adornan la nueva traducción de *Don Quijote*, cuyo prefacio estoy escribiendo. Esta edición es la primer obra literaria que aparezca en Alemania de este modo ilustrada. En Inglaterra, y más aún en Francia, ilustraciones de este género están á la órden del dia y obtienen un éxito casi entusiasta. En Alemania, donde siempre se va concienzudamente al fondo de las cosas, se preguntarán todos sin la menor duda si estas publicaciones favorecen el arte. No lo creo así. Demuestran, en verdad, cómo la mano espiritual y fácil de un pintor puede coger y expresar las creaciones del poeta ; aminoran también agradablemente la fatiga de la lectura ; pero son ántes que nada

señal de degeneración del arte que, arrancado del pedestal de su independencia, ha descendido hasta ser el servidor del lujo. Además hay aquí para el artista una ocasión y una tentación; pero también una obligación de no tocar el asunto sino con mano rápida y de no agotarlo por nada de este mundo. Los grabados sobre madera en los libros antiguos tenían otro objeto, y no pueden compararse con estas ilustraciones.

Las de la presente edición han sido hechas en presencia de los dibujos de Tony Johannot, por los primeros grabadores en madera de Inglaterra y Francia. Están concebidas y dibujadas con tanta elegancia y carácter como debe esperarse de Tony Johannot. A pesar de la rapidez del trabajo, se nota fácilmente que el artista ha penetrado en el espíritu del poeta. Las iniciales y adornos demuestran talento y fantasía, y el artista, con intención verdaderamente poética, ha elegido para los adornos dibujos moriscos. ¿No vemos, en efecto, brillar en todo el *Don Quijote* el recuerdo de la época feliz de los moros, como hermoso segundo plano en lontananza? Tony Johannot, uno de los mejores artistas de París, es nacido en Alemania.

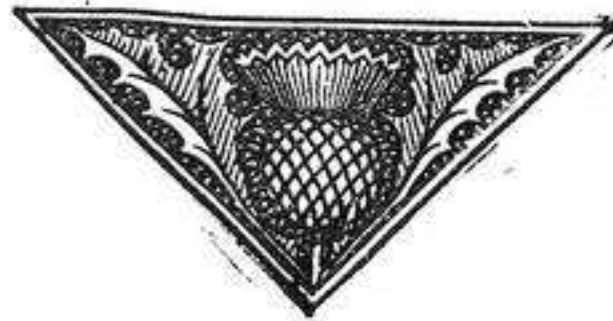
Es raro que un libro tan rico en asuntos pintorescos como *Don Quijote*, no haya todavía encontrado un pintor que supiera sacar motivos de una serie de obras independientes. ¿Acaso el espíritu del libro es demasiado fácil y fantástico para que, bajo la mano del artista, no se desvanezca el polvo matizado de sus colores? No lo creo así. El *Don Quijote*, por muy ligero y fantástico que sea, se presenta, no obstante, en el terreno sólido de la realidad, como era preciso para llegar á ser un libro popular. Puede ser que, detrás de las figuras que el poeta hace pasar delante de nosotros, haya ideas más profundas que no puede reproducir el artista plástico, de modo que él no podría coger y reproducir más que la apariencia exterior, por muy vistosa que fuese, pero no su sentido más profundo. Esto es verosímil. Por lo demás, muchos artistas han intentado ilustrar el *Quijote*. Los dibujos ingleses, españoles y franceses que anteriormente he visto, son pésimos. Entre los artistas alemanes, debo citar aquí á nuestro gran Daniel Chodowiecki. Dibujó para el *Don Quijote* una serie de planchas

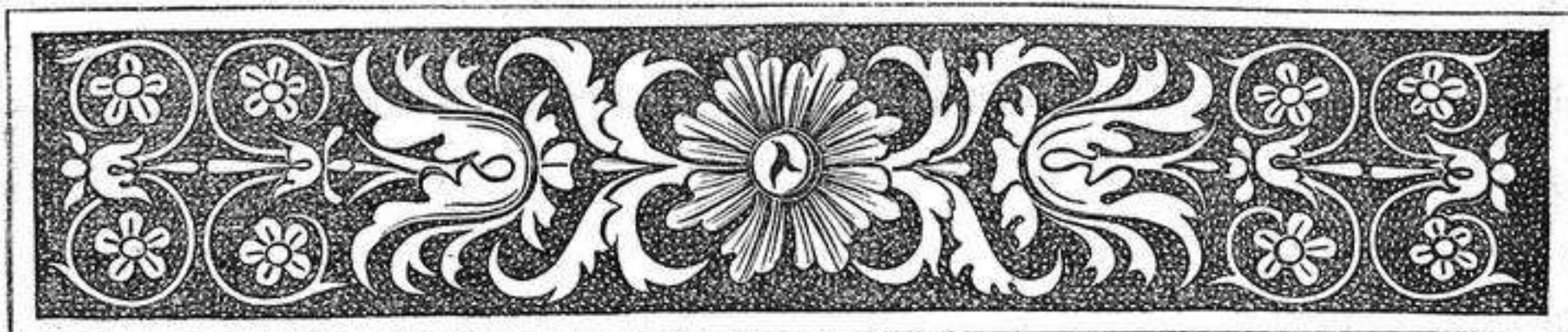
que, grabadas al agua fuerte por Berger, acompañaban la traducción de Bertuch. La idea equivocada, convencional y teatral que tenía el artista, lo mismo que sus contemporáneos, del traje español, le ha perjudicado en extremo. Pero con todo, se ve que Chodowiecki comprendió perfectamente el *Quijote*. Me he alegrado verdaderamente, tanto por el artista como por el mismo Cervantes; porque me complace siempre ver á dos amigos míos amarse, lo mismo que me congratulo cuando dos de mis enemigos caen uno sobre otro. La época de Chodowiecki, período de una literatura que acababa de formarse, que necesitaba todavía entusiasmo y debía rechazar la sátira, no era muy favorable á la comprensión de *Don Quijote*, lo cual prueba el mérito de Cervantes, puesto que sus personajes fueron entónces comprendidos y apreciados, y también el talento de Chodowiecki que supo comprender figuras como D. Quijote y Sancho Panza, cuando él, más que otros artistas, fué el niño mimado de su tiempo que lo comprendió y apreció.

Entre las obras más recientes sobre el *Quijote*, menciono ahora con gusto algunos bosquejos de Decamps, el pintor más original de los modernos franceses. Pero sólo un alemán puede comprender completamente el *Don Quijote*, y así lo he sentido en estos días al ver en la vidriera de una estampería del *boulevard* Montmartre, una plancha que representa al noble Manchego en su cuarto de estudio, dibujada por Adolfo Shræter, gran maestro.

H. HEINE.

(Traducción de Augusto Ferran.)





MARAT



Al lado de los hombres excepcionales que imprimen carácter general á las epopeyas heróicas y á las grandes épocas de la historia aparecen ciertas personalidades pequeñas, cuya mision parece consistir en hacer resaltar y brillar con más vivos fulgores las glorias en medio de las cuales fueron por la suerte arrojadas. Estas repugnantes figuras son de utilidad histórica: completan la obra haciendo que la consideremos bajo todos sus aspectos, y son en ella un elemento terrible al par que cómico. Cuando no miramos más que la grandeza de los resultados y estamos tentados á olvidar los errores y crímenes de los que á ellos concurrieron, aparecen esas personalidades para volvernos al sentimiento doloroso de la realidad, para hacernos recordar que al cabo todos esos héroes y legisladores fueron hombres á ninguna de nuestras debilidades ajenos. Dicen ellas, como la Santa Escritura á los que pudiéramos creer inmortales : *Memento qui a pulvis est*. La *Iliada* tiene á Tersites, la *Tempestad* á Calíban, la Revolucion francesa á Marat. Bien podríamos decir que

estos personajes tienen á su cargo lo grotesco en la poesía y en la historia.

No necesita Francia reivindicar la triste gloria de haber visto nacer á este último, cuyo verdadero nombre se escribía *Mara*. Hijo de padre sardo, nació en el pequeño principado de Neufchatel, en Boudry, y de sentir es que lo movedizo de su carácter le impulsara á buscar fortuna fuera de su patria. Cuarenta y cinco años tenía cuando en 1789 sorprendióle la Revolución en el humilde puesto de médico de los guardias del conde de Artois. «Era á la sazón, dice Dueaure, que le conoció en aquella fecha, un cualquiera, rizado con triples bucles, de repugnante rostro, con el sombrero bajo el brazo y que tenía pocos amigos y parecía extasiado ante lo vasto de sus conocimientos.» Su violencia y enfermiza audacia no tardaron en darse á luz y en mostrar la sangrienta y exagerada política á que quería arrastrar la nación. Desde un principio pudo reconocerse al energúmeno incapaz de dominarse y que soltaba la rienda á los malos instintos de que estaba compuesta su raquílica naturaleza. Apénas se reunió la Asamblea Constituyente, cuando ya gritaba él ¡traicion! y pedía como holocausto ante el altar de la patria que ochocientos diputados fueran colgados de los árboles de las Tullerías. Malouet, á quien estos gritos de furor asustaron un poco, propuso á la Asamblea que lo entregase á los tribunales; pero Mirabeau, desde la altura de su desden, reclamó sencillamente que se pasara á la orden del día y lo obtuvo. Entónces empezó la importancia del que se llamaba pomposamente el *amigo del pueblo*, y á quien Danton, muy mal aconsejado, hizo entrar en el club *des Cordeliers*. ¿Será necesario decir que desde aquel momento la muerte le parece un argumento sin réplica para reducir sus adversarios al silencio? Bueno es, sin embargo, que tengamos faroles, pero para alumbrarnos y no para colgar á nuestros adversarios.

Su probidad, que con tanto estrépito se ha pregonado, no me parece de tan buena ley como se pretende. En tiempo de la Legislativa ofreció sus servicios á Roland, que los desdeñó y que más tarde pagó caro el desprecio que le inspiraba el crapuloso folletista. Danton fué más acomodaticio y lo tuvo á

sueldo con los fondos secretos de su ministerio. Por lo demás, el *amigo del pueblo* no lo ocultaba, y en cierto pasquin puesto en las paredes de Paris reclamó á Felipe Igualdad el precio de los servicios que le había hecho. En vista de todo esto, puede inferirse que sus convicciones no eran quizás tan sólidas como trataba de hacer creer y que su carácter carecía de la inflexible rigidez de principios, sin la cual no se concibe un hombre político serio y respetable. En el proyecto de Constitución dado á luz por él en 1791, ¿no escribió, por ventura, lo siguiente? «En los grandes Estados debe ser monárquica la forma de gobierno : esta es la única propia de Francia, la que requieren su posición y múltiples relaciones y habría que recurrir á ella por tan buenas razones, áun caso de que el carácter de sus pueblos consintiera otra.» Lo que resulta de sus escritos y de la historia del tiempo en que vivió, es que Marat era un bellaco vanidoso, malicioso y perverso, á quien ha dado su muerte una siniestra inmortalidad que no merecía. Si abandonara su tumba, y comprendiendo el odioso papel que representó durante su vida revolucionaria, viera el *amigo del pueblo* el anatema que pesa sobre su memoria, bien podría decir como el monge de San Bruno : *¡Justo judicio damnatus sum!*

II.

Llevábale su vanidad á ocuparse mucho de su persona en sus escritos y en ellos no se economiza los elogios. Según él «su sensible alma,» fué extraordinariamente precoz ; á los ocho años tenía muy desarrollado el sentido moral, indignábale una crueldad y el espectáculo de una injusticia sublevaba siempre su corazón como una ofensa personal. Admito de buen grado que naciera bueno, lo cual, de otra parte, me parece insignificante : cuando las hienas no tienen dientes, se las puede acariciar sin peligro. Esa bondad nada presagiaba para el porvenir. Hay naturalezas que se desarrollan hasta enfermar en circunstancias especiales. Obligado Neron á firmar una sentencia de muerte, ¿no deploró, por ventura, saber escribir? «Lo que tal vez no se querrá creer,

dice Marat, es que desde mis más tiernos años, me conmovía el amor de la gloria, pasión que á menudo cambió de objeto en los diversos períodos de mi vida, pero que nunca me ha abandonado. A los 5 años, hubiera querido ser maestro de escuela, á los 15 profesor, autor á los 18, genio creador á los 20, como ambiciono ahora la gloria de inmolarme por la patria.» La confesion es digna de apuntarse, pues á mi juicio, ella explica á Marat. Tambien Erostrato nació con lo que llaman pretenciosamente las medianías llenas de ambicion «amor á la gloria,» y que en suma no es más que una imperiosa necesidad de salir á toda costa de la oscuridad y de hacer hablar de la propia persona. Este fué quizás el secreto de todas las violencias de Marat. Erigiendo la desconfianza en principio y la muerte en sistema, repitiendo á cada instante y con toda clase de pretextos y sin distincion de personas este grito siniestro: *á la guillotina*, creó para sí cierta especialidad monstruosa que le llevó insensiblemente á una celebridad muy propia para lisonjear sus bajos instintos y los inmoderados deseos de popularidad que le devoraban. Inteligente y bueno, habría llegado á representar un papel de importancia y provecho en los sucesos de que fué testigo. Medianía perversa, exageró primero con intencion sus facultades de energúmeno, acabó por tomarse en serio, y engañándose á sí propio, creyó en su mision. A despecho del sentimiento de justicia que pretendía tener en el más alto grado, carecía de toda nocion de lo justo y de lo injusto. No quiero más prueba que este comentario á la definicion del derecho á la subsistencia. «Cuando un hombre carece de todo, tiene el derecho de arrancar á otro lo supérfluo, ¿qué digo? lo necesario, y ántes que morir de hambre tiene derecho á matarlo y á devorar sus palpitantes restos.» En esta frase, lo odioso raya en absurdo y no sé si las tribus del Dahomey ó del Caragoué dejarían de sublevarse contra semejantes máximas. Lo que antecede, ese derecho á la subsistencia definido de un modo tan extraño y que tiende á hacer del hombre un animal carnicero y nada más, no es al cabo otra cosa que una teoría y lícito es sonreir y pasar adelante sin detenerse á considerarla. Mas en dias de agitacion popular, cuando todos empuñan las armas, cuando la

levadura de las malas pasiones fermenta en el corazón de muchos, ¿cómo se espresa Marat? ¿Qué dice al pueblo, de quien se juzga amigo? En el famoso pasquin: *Todo acabó para nosotros*: «Quinientas ó seiscientas cabezas nos habrían asegurado reposo, libertad y ventura: una falsa humanidad ha sujetado vuestros brazos y parado vuestros golpes y ella va á costar la vida á millones de hermanos vuestros.» Cuando el movimiento de Nancy: «Desarmad á los satélites alemanes que van á sacrificar á vuestros conciudadanos, detened á sus jefes y que el hacha vengadora los inmole por fin en el altar de la libertad.» Pobre libertad: ¡cuántas necesidades vas á hacer decir! y más adelante: «Hoy diez mil cabezas bastarían apenas para la salud de la patria.»

Después del 10 de Agosto: «Por tanto, que no haya cuartel, os habreis perdido irremisiblemente si no os apresurais á echar abajo los miembros corrompidos de la municipalidad del departamento, todos los jueces de paz anti-patriotas y los miembros más gangrenados de la Asamblea Nacional. Tened en cuenta que la Asamblea es el más temible de vuestros enemigos.» No esperó hasta la caída del trono para vociferar sus maldiciones y llamamientos al asesinato. Escribía lo que sigue el 27 de Mayo de 1791: «Once meses há, quinientas cabezas habrían bastado; hoy se necesitarían cincuenta mil y quizás caerán quinientos mil ántes de fin de año. Francia se habrá inundado de sangre y no por eso será más libre.» Efectivamente no fué más libre y no lo fué precisamente por la sangre con que se inundó. Los recuerdos del terror hicieron posible entre nosotros todos los excesos de represión.

Esta necesidad de matar es en Marat una monomanía que le sofoca y domina como un acceso de epilepsia. En Mayo de 1792 vomitó estas furibundas exhortaciones: «Fijo mis esperanzas en que el ejército comprenderá que lo primero que tiene que hacer es matar á sus generales.» Dos días después se dirige al pueblo: «¿Qué haceis? Todos vuestros jefes os engañan. Armad vuestras manos de puñales, degollad al pérfido Motier (Lafayette), al cobarde Bailly, corred en seguida al Senado, arrancad á los padres conscriptos, empalad á esos representan-

tes, y que sus miembros ensangrentados, colgados de las almenas, aterren para siempre á los que quieran reemplazarlos en sus cargos.»

¿Es este tan sólo el papel de un loco furioso que se embriaga con sus propias palabras, y retrocedería, sin embargo, ante la ejecución de sus espantosos planes? De ningun modo; Marat pedía que le dejaran ser el ejecutor de su sistema. Este bruto sanguinario (*brute sanguinaire*) sueña con la dictadura; impulsa al pueblo á que nombre un tribuno militar, que en tres dias le libraré de todos sus enemigos, y se ofrece modestamente á la eleccion de sus conciudadanos. «Si me juzgáseis digno de ese honor, mi primera resolucion sería la de hacer que pereciera cada uno de los padres conscriptos en su mismo sitio (*chacun á leur place*).» Cuando se quiere gobernar con tales medios no es necesario saber gramática. Desfallece el corazon ante un conjunto tal de crueles absurdos, y la repugnancia hace cerrar los ojos.

El daño que ha causado Marat á la memoria de la Revolucion es incalculable. A su lado parece Robespierre un legislador manso y tímido. Por lo demas, Marat no le estimaba, pues creía que le faltaba «el vigor que necesitan los hombres de Estado.» ¿De qué estaba hecho, pues, ese carácter tan díscolo, tan áspero y violento; ese alma tan malévola encerrada en un cuerpo contrahecho? De vanidad y envidia, á no dudarlo. M. Michelet lo ha dicho: «La enfermedad de Rousseau, el orgullo, llegó á ser vanidad en la cabeza de Marat; pero elevada á la décima potencia.» Las naturalezas así constituidas no pueden soportar contradiccion. Al tropezar con un obstáculo acuden á la fuerza para hacer que callen sus adversarios, y con pretextos de personal desinterés y bien público cortarían de buena gana la cabeza á media humanidad, con objeto de obligar á la otra á aceptar sus doctrinas. Eso es más fácil que persuadir; pero matar no es convencer. Toda indulgencia les parece cobardía, y criminal toda concesion. Atacan con ira el ajeno poder, y defienden con furor el propio. Son animales feroces elevados demasiado pronto á la dignidad de hombres. ¡Ah! ¡Cuán grande sería la fuerza que los de la Revolucion tendrían sobre el mundo entero si hubieran sabido »que

cuando la mansedumbre y la violencia juegan un reino, la jugadora más apacible es la que gana!» La frase es de Shakspeare, y exactísima.

III.

Concedo que en el caos de sus escritos resulte que alguna vez halló Marat una idea verdadera; convengo en que desplegó prodigiosa actividad; pero lo que no obstante me sorprende más es la torpeza del *Amigo del pueblo* y me parece que no entendió nunca la Revolución. Fué precisamente lo inverso de los nobles obstinados, que no quisieron nunca reconocerla, siendo por decirlo así, un aristócrata al revés. Marat excluía de los beneficios del nuevo régimen á todo lo que no era *el pueblo*. Según él, la nobleza, el clero, el estado llano, debían obediencia á los que hoy llamamos proletarios. Quitaba los privilegios á unos para dárselos á otros, pareciendo que decía: «A cada cual su turno.» No era tal el sentido de la Revolución, gracias á Dios, sino derechos iguales para todos, libertad igual para todos. Esto era justo, y sobrevivirá y será imperecedero. No se debe admitir la tiranía de abajo mejor que la de arriba. La especie de odio que tenía Marat á toda superioridad intelectual, física ó social, podrá haberle valido alguna adhesión entre los envidiosos y los ignorantes, pero al fin y al cabo, nunca tuvo un partido, y se concibe perfectamente que así sucediera, pues no tenía cuerpo de doctrina ni principio, ni sistema, sino un solo grito: ¡la muerte! un solo sentimiento: la desconfianza; un solo procedimiento: la denuncia. Para tener adeptos se necesita partir de un principio razonado, verdadero ó falso, y llegar á una deducción lógica; no tener más principio que una perpetua sospecha, ni más deducción que la guillotina, es dar pruebas de locura ó de ferocidad. Se asombrará, se asustará, se seducirá quizá por tales medios á algunos espíritus enfermos, pero no se ejercerá ninguna acción duradera. Los que tal hacen son temibles accidentes patológicos en lo presente, y ejemplos lastimosos para lo porvenir; nada, en suma, más que un espantajo.

Daba importancia á Marat durante su vida, la necesidad y

pusilanimidad de los hombres de Estado de su época, que le temieron y centuplicaron su influencia persiguiéndole. La persecucion hace interesantes las peores causas. Un libelo prohibido y proscrito adquiere celebridad al otro dia ; dejándolo circular libremente, nadie para en él la atencion. Un necio ó un malvado, á quien se condena por la simple publicacion de sus opiniones está entónces á punto de llegar á ser un grande hombre. Persiguiendo á Marat, obligándole á ir, para esconderse, de retiro en retiro, multiplicando su natural actividad, sólo por el hecho de querer imponerle silencio, hízose de él una especie de personaje legendario, y se le dió de esta suerte una fuerza que no habría podido siquiera prometerse si se le hubiera dejado chapuzar á su antojo en el fango sanguinolento en que se deleitaba. Así habría vuelto á tragarse la baba, y nadie se acordaría ya de él. Faltó talento á los que le persiguieron, pues diéronle precisamente el papel que ambicionaba, y tuvo el derecho de decir al pueblo : por tí padezco, me atacan porque soy tu amigo, llénanme de ultrajes porque te defiendo. Su voz era escuchada entónces, pues, aparentemente, hablaba con razon. Los mochuelos asustan durante la noche, y hacen reir á la luz del dia.

La importancia de Marat en la historia procede de su muerte, que, preciso es tener el valor de decirlo, fué resultado de un crimen. Bien sé que la tradicion ha rodeado de una aureola la frente juvenil de Carlota Corday, y que ésta aparece ante la posteridad como una especie de Judit política, con la blanca vestidura de los mártires. Débese tal honor, sin duda ninguna, á su juventud, gracia y belleza, mucho más que á la accion que cometió. Si en vez de ser una pura y blonda jóven, animada por la abnegacion de un heroismo demasiado feroz, el asesino de Marat hubiera sido cualquier conspirador perteneciente á una faccion contraria, nadie se ocuparía ya del suceso. Sea cual fuere la simpatía que se experimente por la amiga de los Girondinos, preciso es reconocer que su acto supremo fué criminal. Buscar la satisfaccion del deseo ó la realidad de los sueños fuera de la legalidad, es cometer una accion culpable que la historia debe condenar so pena de invalidarse. Sea cual fuere el motivo determinante, el asesinato, político ó

no, siempre es un crimen. Aún teniendo que contradecir ciertas teorías modernas, demasiado fáciles, es preciso afirmar muy alto que la moral es una y que no se altera según las necesidades de una causa ó los intereses del momento. Tiene que ser absoluta, so pena de dejar de ser.

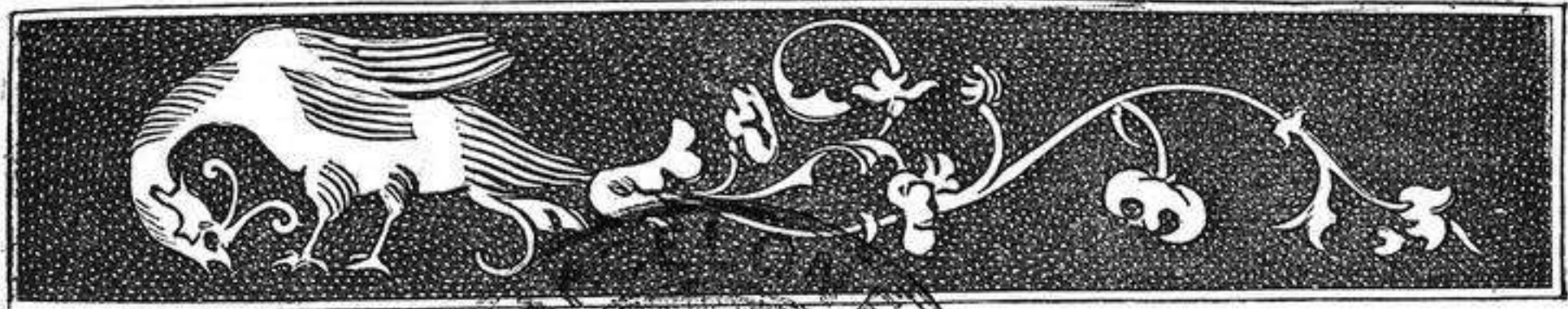
Con su acto de desesperacion, Mlle. de Corday ha inmortalizado á Marat. En cuanto á ella, ha conseguido, con el sacrificio de su vida, salvar su memoria del olvido, y ser la heroína de algunas tragedias. Mas lo cierto es que habría tenido en su orgullo, que me parece excesivo, una gran humillacion á haber podido adivinar que su violenta resolucion no tendría más resultado que inspirar algunos alejandrinos. Marat, roído por una lepra tal, que se hubiera dicho que su alma le salía á la piel, no podía ya vivir sino con baños prolongados en que hallaba alivio á los atroces padecimientos que le devoraban, y no podía prolongar largo tiempo su existencia, cuando el puñal de Carlota Corday le dió muerte. Quiso ella salvar á sus amigos, y fué quien precipitó su ruina. Quiso asegurar la paz y desencadenó la guerra. Se necesita ser muy ignorante en historia para ignorar que el asesinato político va siempre é invariablemente á dar en un fin diametralmente opuesto al que se desea. Todos los iluminados que confían sus opiniones al puñal, citan sin excepcion á Bruto. Cierto que la conducta de César fué culpable, mas ¿por ventura el asesinato del gran usurpador no produjo el imperio romano, esa *cloaca máxima* en que vinieron á depositarse las inmundicias de todo el mundo? Carlota Corday, que en el momento de ir al cadalso escribía á Barbaroux: «Los que me lloren, se alegrarán al verme gozar del reposo en los Campos Elíseos con Bruto y algunos antiguos,» no hizo más que rendir culto á la diosa del momento, á la retórica, llevar á la práctica ciertos principios declamatorios y falsos que en los colegios se expresan en versos latinos, y en vez de parar el curso de los sucesos que temía, no consiguió más que precipitarlo.

Mas, sin embargo, era tal y tan justa la odiosidad de Marat, que su trágica muerte no oscureció de ningun modo el horror que pesa sobre él. Luego que pasó una ridícula explosion de lamentaciones forzadas, el buen sentido público se apartó

para siempre de ese extraño amigo del pueblo. Después de la grotesca letanía «Corazón de Jesús, corazón de Marat» después de la *panteonización*, no hubo para él más que maldiciones y no sé qué tumba parecida á un muladar. ¿Es este personaje justiciable ante la historia? Lo dudo : no se me alcanza el partido que podría sacar la austera musa de este aborto epiléptico. Paréceme, más bien, que pertenece á la historia natural. Su caso es patológico y puede servir como materia de graves estudios á un médico alienista. Mi opinion es que los historiadores serios no tienen nada que ver en este cerebro enfermo. Hay en Bicêtre y en Charenton muchos desgraciados, cuyas ideas son más serias que las de Marat, hombre de inteligencia poco lúcida y cuya hermana estaba loca. Sin duda era responsable, bajo el punto de vista social, del mal que quiso hacer, pero respecto de su propia conciencia, podía ser irresponsable á la manera que el lobo que devora porque tiene el instinto de devorar. Marat se creía quizá un hombre honrado y un gran ciudadano, y es probable que si por un milagro se le hubiera podido mostrar su persona tal cual era en realidad, habría retrocedido con horror. Los monstruos no se conocen, y esto es un consuelo para la humanidad.

MAXIME DU CAMP.





LUGAR DE LA GEOGRAFÍA

EN LAS CIENCIAS FÍSICAS

Se ha mirado generalmente, hasta nuestros días, el estudio de la geografía por el prisma del interés que da á la exploración de los países desconocidos, ó sea por su valor práctico, más bien que relacionándolo con las ciencias físicas. Interesaron los hechos que son objeto de observaciones geográficas á los ménos instruidos, y ellos dieron los primeros pasos en esta ciencia, sin dar verdadera importancia á lo que veían, aunque amontonando materiales que hoy se reducen por sus sucesores á formas científicas.

La generación presente empieza á perder el recuerdo del interés afectivo y deleitoso que las relaciones de los descubrimientos geográficos del último siglo produjeron en la juventud de aquella época, y dirige más especialmente su atención al mérito práctico de los conocimientos geográficos y á la extensión de los mismos; á su influencia en la historia y en el estado actual de las diversas razas humanas; en la formación de los reinos; en el desarrollo de la industria y comercio, y en el progreso de la civilización. Conocido es el sor-

prendente impulso que en un país vecino han dado los resultados de una desastrosa guerra á toda enseñanza geográfica.

Si el estudio de la geografía ha venido siendo de la incumbencia de aventureros, historiadores, políticos, negociantes y militares, aún le queda por recibir de los hombres de ciencia la consideracion que su verdadera importancia merece. Sobre este aspecto de la geografía, hasta aquí indudablemente muy descuidado, me propongo llamar la atención con este trabajo.

La geografía, como ramo de la ciencia física, trata de las causas que han impreso en nuestro planeta sus actuales contornos, las formas de su superficie, que han producido sus condiciones actuales de clima, y que han contribuido al desarrollo y distribución de los seres que en él se encuentran.

La justificación para sacar á plaza tal concepto de la geografía en este momento ha de encontrarse en una consideración del presente estado del conocimiento geográfico y del porvenir probable de las investigaciones geográficas. Es claro que el campo de las meras exploraciones topográficas es ya muy limitado, y que continuamente va siendo más pequeño. Aunque sin duda queda mucho por hacer para conseguir mapas detallados de grandes regiones de la tierra, no hay, sin embargo, más que una pequeña superficie, relativamente hablando, cuya faz esencial no nos es bastante conocida. Día por día van siendo nuestros mapas más completos, y con el gran aumento de medios de comunicación, el conocimiento de países remotos constantemente se hace mayor y se esparce con más amplitud. Algun tanto en la misma proporción se hacen más apremiantes las necesidades de más exactos informes. La consecuencia necesaria es una tendencia mayor á dar á las investigaciones geográficas una dirección más estrictamente científica. En prueba de esto, puedo decir que dos expediciones navales británicas, la del *Challenger* y la dirigida á los mares Árticos, han sido organizadas casi exclusivamente para el adelanto de la ciencia en general, sin tener apenas en cuenta los descubrimientos topográficos. Narraciones de viajes que no hace muchos años hubieran sido aceptadas como valiosas contribuciones por nuestro entonces menos perfecto conocimiento,

serían quizás consideradas ahora como superficiales é insuficientes.

En suma, es menester aumentar la cultura de viajeros y escritores sobre geografía para que estén en relacion con las crecientes exigencias de los tiempos.

Otras influencias hay en juego que tienden al mismo resultado. El gran adelanto á que hemos llegado en todos los ramos de las ciencias naturales limita más y más las facilidades para la investigacion original, y conduce al observador de la naturaleza á estudios cada vez más especiales; pero al mismo tiempo hace comparativamente dificultosa y rara la adquisicion por cualquier individuo de un profundo conocimiento en más de uno ó dos asuntos especiales. Al mismo tiempo la mutua dependencia de todos los fenómenos naturales se hace cada dia más evidente, y es de importancia, cada vez mayor, que haya entre los que cultiven el conocimiento de la naturaleza quienes especialmente dirijan su atencion á las relaciones generales que existen entre todas las fuerzas y fenómenos de aquella. Es muy necesario tener presente que gran número de los fenómenos tratados por las ciencias de observacion se refieren á la tierra considerada en conjunto bajo el punto de vista de la diferencia de las sustancias de que está formada; de aquí que en algunos ramos importantes de estas cuestiones, tan sólo por medio del estudio de las condiciones locales físicas de varias partes de la superficie de la tierra y de los complicados fenómenos á que dan origen, se puedan establecer consecuencias fundadas; este estudio constituye la geografía física ó científica. Por una parte, miéntras el estudio de la geografía requiere un conocimiento perfecto de las adquisiciones y conclusiones de los que estudian los ramos especiales de la física; por otra, nada se consigue en esos ramos especiales sin apropiado conocimiento de los hechos geográficos. Por estas razones nos parece que el progreso general de la ciencia envolverá el estudio de la geografía con espíritu más científico y con concepto más claro de su verdadera funcion, que es la de obtener nociones exactas de cómo efectúan las fuerzas de la naturaleza las variadas condiciones que caracterizan la superficie del planeta que habitamos.

La ciencia, en su más amplio sentido, es el conocimiento organizado, y sus métodos consisten en la observacion y clasificacion de los fenómenos que llegamos á conocer por medio de nuestros sentidos, y la investigacion de las causas que los producen. El primer paso en geografía, como en todas las ciencias, es la observacion y descripcion de los fenómenos que le incumben ; el inmediato es clasificar y comparar esta coleccion empírica de hechos, é investigar sus causas. En la primera parte del estudio es en la que se han hecho más progresos, y á ella ciertamente está aún generalmente limitada la nocion de la geografía. La otra parte es la comunmente considerada como geografía física, pero es más propiamente la ciencia de la geografía.

El conocimiento de la geografía ha avanzado así desde las toscas primitivas ideas de la distancia relativa entre lugares vecinos, hasta los conceptos exactos de la forma de la tierra, determinaciones precisas de posicion y delineaciones exactas de la superficie. Las primeras impresiones de las diferencias observadas entre países distantes, fueron corregidas con el tiempo por la percepcion de semejanzas no ménos reales. Fueron apreciados los caracteres distintivos de las grandes regiones en frio polar y calor ecuatorial del mar y de la tierra, de las montañas y llanos ; se establecieron más ó ménos completamente las variaciones locales de estacion y clima, de viento y lluvia. Más tarde, la distribucion de plantas y animales, su aparicion en grupos de peculiar estructura en varias regiones, y las circunstancias bajo las cuales estos grupos varían de sitio, dieron origen á nuevas concepciones. Con estos hechos fueron observadas tambien las peculiaridades de las razas humanas—su forma física, lenguajes, costumbres é historia—que muestran por una parte diferencias sorprendentes en diferentes países ; pero por otra marcada semejanza en grandes extensiones.

Por la gradual acumulacion y clasificacion de este conocimiento, fué por fin formado el concepto científico de la unidad y continuidad geográficas y establecida la conclusion que, mientras cada parte diferente de la superficie de la tierra tiene sus distintivos especiales, toda la naturaleza animada é inanimada

constituye un sistema general, y que los rasgos particulares de cada region son debidos á la operacion de leyes universales que actúan bajo condiciones locales variables. Bajo este concepto debe entenderse la doctrina, muy generalmente aceptada por los naturalistas de nuestro propio país, de que cada fase sucesiva de la historia de la tierra, por un período indefinido de tiempo ha procedido de la que la precedió bajo la influencia de las fuerzas de la naturaleza, tales como las encontramos ahora; y que hasta el punto que la observacion justifica la adopcion de conclusiones en tales asuntos, ningun cambio se ha operado nunca en esas fuerzas ó en las propiedades de la materia. Se habla comunmente de esta doctrina como la doctrina de la evolucion, y á sus aplicaciones á la geografía deseo dirigir vuestra atencion.

Deseo hacer notar aquí que en todo lo que voy á decir deixo por completo á un lado todas las cuestiones relativas al origen de la materia y de las llamadas fuerzas de la naturaleza que originan las propiedades de aquella. En el presente estado del conocimiento estas cuestiones están, segun concibo, más allá del campo legítimo de la ciencia física, limitado á discusiones emanadas directamente de hechos al alcance de la observacion, ó de razonamientos basados en esos hechos. Es una condicion necesaria del progreso del conocimiento, que esté mal determinada la línea entre lo que esté ó nó con certeza al alcance de la inteligencia humana, y que las opiniones varíen en cuanto al sitio en que debiera trazarse, porque es la aspiracion declarada y triunfadora de la ciencia conservar esta línea constantemente movable para empujarla hácia adelante; muchos de los esfuerzos dirigidos á este fin están sin duda fundados en el error; pero todos son dignos de respeto cuando se emprenden honradamente.

El concepto de la evolucion es esencialmente el de la transicion al estado de cosas que la observacion nos demuestra que existe hoy desde otro estado precedente. Aplicado á la geografía, es decir, á la condicion actual de la tierra en su conjunto, nos lleva á la conclusion de que los delineamientos de mar y tierra han sido causados por modificaciones de océanos y continentes preexistentes producidos por la operacion de fuerzas que están

en acción y que han actuado desde los tiempos más remotos: que todas las formas sucesivas de la superficie (las depresiones ocupadas por las aguas y las elevaciones que constituyen las cordilleras) son debidas á las mismas fuerzas; que éstas han sido constituidas: primero, por la secular pérdida de calor que acompañaba el original enfriamiento del globo; y segundo, por la anual ó diaria ganancia y pérdida del *calor* recibido por la acción del Sol sobre la materia de que se compone la Tierra y su atmósfera; que todas las variaciones de clima dependen de diferencias en las condiciones de la superficie; que la distribución de la vida sobre la Tierra y las vastas variedades de sus formas son consecuencias de cambios contemporáneos ó anteriores de las formas de la superficie y clima; y de aquí, que nuestro planeta, tal como lo encontramos, sea el resultado de modificaciones efectuadas gradualmente en sus períodos sucesivos por la acción necesaria de la materia.

Expondré brevemente los fundamentos en que se basan estas conclusiones.

En lo que concierne á la fábrica inorgánica de la Tierra, la opinión de su historia pasada, basada sobre el principio de la persistencia de todas las fuerzas de su naturaleza, puede decirse que es ahora universalmente admitida. Esto enseña que la casi infinita variedad de los fenómenos de la naturaleza nace de nuevas combinaciones de antiguas formas de la materia, bajo la acción de nuevas combinaciones de antiguas formas de fuerza. Su reconocimiento, sin embargo, ha sido comparativamente reciente y es en gran parte debido á las enseñanzas de aquel eminente geólogo, el difunto Sir Charles Lyell, á quien hemos perdido hace poco tiempo.

Cuando miramos atrás, con la ayuda de la ciencia geológica al más remoto pasado, por las épocas inmediatamente antecesoras de la nuestra, encontramos testimonios de animales marinos (que vivieron, se reprodujeron y murieron) dotados de órganos que prueban que estuvieron bajo la influencia del calor y luz del Sol; de mares cuyas olas se elevan á merced de los vientos, demoliendo arrecifes y formando playas de pedernales y guijarros; de mareas y corrientes que extendían bancos de arena y fango, en los cuales ha quedado la impresión de

la corriente del agua, de gotas de lluvia y de las huellas de animales ; y todas estas apariencias son precisamente semejantes á las que observamos hoy, como resultados de fuerzas que vemos actualmente en ejercicio. Cada período sucesivo, según retrocedemos en la historia pasada de la Tierra, nos enseña la misma lección. Las fuerzas que están ahora en ejercicio, bien desgastando la superficie por la acción de los mares, ríos ó deshielos, bien transportando sus fragmentos al mar ó reconstituyendo la tierra elevando los lechos del fondo del Océano, explícense análogamente cómo habiendo continuado en acción desde los tiempos más remotos.

Así, llevando más atrás nuestras investigaciones, llegamos por fin al punto donde la aparente cesación de las condiciones terrestres, tal como ahora existen, nos induce á considerar la relación en que está nuestro planeta con otros cuerpos en el espacio celeste, y aunque es muy grande la distancia que nos separa de éstos, la ciencia ha podido atravesarla. Por medio de análisis espectrales se ha establecido que los elementos constitutivos del Sol y otros cuerpos celestes son sustancialmente los mismos que los de la Tierra. El exámen de los aerolitos que han caído sobre la Tierra desde los espacios interplanetarios, demuestra que estos tampoco contienen nada extraño á los elementos simples de la Tierra. La inducción de que el conjunto del sistema solar está formado de materia de la misma clase y sujeto á las mismas leyes físicas generales parece legítima, pues está apoyada por la manifiesta conexión entre el Sol y los cuerpos planetarios que circulan á su alrededor. Estas conclusiones vienen más en apoyo de la suposición de que la Tierra y otros planetas han sido formados por la agregación de la materia en otros tiempos esparcida en el espacio alrededor del Sol ; que la primera consecuencia de esta agregación fué desarrollar intenso calor en las masas que se consolidaban ; que el calor generado de esta manera en la esfera terrestre fué perdiéndose subsiguientemente por radiación ; y que la superficie se cubrió y vino á ser una corteza sólida, dejando un núcleo central dentro, de temperatura mucho más elevada. La superficie de la Tierra parece haber alcanzado ahora una temperatura que se fija virtualmente, siendo compensada la ga-

nancia de calor del Sol, en el todo, por la pérdida por radiación al espacio que la rodea.

Esta opinión acerca del más remoto de los períodos de la existencia de la Tierra es comunmente aceptada y está acorde con los hechos observados. Conduce á la conclusion de que las profundidades de la superficie de la Tierra ocupadas por el Océano y las grandes regiones de tierra seca, son irregularidades originales de forma causadas por una contraccion desigual, y que las montañas son efecto de presiones á menudo acompañadas de roturas, causadas por las contracciones sufridas en la costra externa, por la fuerza de atraccion central ejercida durante el enfriamiento, y no son debidas á fuerzas que actúen directamente de abajo á arriba, generadas en el interior por gases ó de otra manera. Recientemente ha sido sostenido con gran habilidad por Mr. Mallet que los fenómenos del calor volcánico son asimismo consecuencias de presiones extremas en la costra externa, que se verifican de una manera semejante y no se derivan del núcleo central caliente.

Es algo difícil concebir cómo deben haberse desplegado suficientemente las fuerzas para haber producido cambios tan gigantescos en la distribucion de aguas y tierras sobre inmensas superficies, y en la elevacion de los fondos de los mares primitivos de tal modo, que ahora formen las cumbres de las más elevadas montañas, y para haber efectuado tales cambios dentro de la más reciente época geológica. Estas dificultades se deben en gran parte á no haber empleado las unidades de espacio y tiempo en relacion con los fenómenos. Por grandes que sean las alturas y profundidades de nuestras montañas y mares, y por enormes que sean las masas que han sido puestas en movimiento cuando se las considera con relacion á las proporciones humanas; son insignificantes en relacion con el globo terráqueo, considerado en su conjunto. Estas alturas y profundidades (próximamente 6 millas) serían exactamente representadas en escala verdadera por una esfera de un diámetro de 10 piés, por elevaciones y depresiones de ménos de un décimo de pulgada, y la elevacion media de toda la tierra seca (próximamente 1.000 piés) sobre el nivel medio de la superficie, difícilmente llegaría al espesor de una hoja de papel ordinario. Las fuerzas des-

arrolladas por los cambios de temperatura de la Tierra en su conjunto deben ser proporcionadas á sus dimensiones, y el resultado de su accion sobre la superficie causando elevaciones, contorsiones é irrupciones del estratum no puede compararse con aquellas producidas por fuerzas que tengan las intensidades, ó por presiones de cuerpos de las dimensiones, de aquellos á que estamos habituados en nuestros experimentos.

Las dificultades para hacerse cargo de la inmensidad del tiempo transcurrido, es quizá ménos grande por ser la idea ménos familiar ya al mayor número. Pero debo decir, que aunque han sido muy grandes los cambios ocurridos en las cosas humanas desde las épocas más remotas, algo recordamos por sus monumentos en la historia, y no hay en ellos nada que indique que dentro de este período se ha verificado modificacion alguna apreciable en las principales líneas de separacion de tierra y agua, en las condiciones de clima ó en los caracteres generales de los séres vivos; y la distancia que nos separa de aquellos dias, es nada comparada con las remotísimas de épocas geológicas pasadas. Aún no se ha hecho ninguna aproximacion útil, estimada de una manera numérica, de la duracion tan sólo de aquel espacio de tiempo geológico que está más próximo á nuestros dias; y no podemos decir más sino que la historia pasada de la Tierra abraza muchos cientos de miles de millones de años.

El núcleo sólido de la Tierra con su atmósfera, tal como lo conocemos, puede, pues, ser considerado como fenómenos que han resultado al llegar á una condicion de equilibrio práctico, despues de cesar el más activo proceso de agregacion, y ya completa la combinacion de sus elementos en las diversas materias sólida, líquida ó gaseosa que se hallan en la superficie de la Tierra ó cerca de ella. Durante su transicion á su estado presente, deben haberse efectuado muchos sorprendentes cambios, inclusa la condensacion del Océano, que debe haber permanecido largo tiempo en ebullicion ó en un estado próximo á ésta, rodeado por una atmósfera densamente cargada de vapor de agua. Aparte de los movimientos en su costra sólida, causados por el enfriamiento general y contraccion de la Tierra, la temperatura más elevada, debida á su más re-

mota condicion, difícilmente entra directamente en ninguna de las consideraciones relativas á su clima presente, ó á los cambios durante los tiempos pasados, que son para nosotros del mayor interes; porque las condiciones de clima y temperatura en el presente, de la misma manera que en el período durante el cual está indicada la existencia de vida por la presencia de fósiles, y que han afectado la produccion y distribucion de los séres organizados, dependen por otras causas de una consideracion de la cual paso á ocuparme. Los fenómenos naturales referentes á la atmósfera son á menudo extremadamente complicados y de difícil explicacion, siendo la meteorología la rama más atrasada de las ciencias físicas. Pero bastante se sabe para que indiquemos, que las causas primarias de las grandes series de fenómenos incluidas bajo el término general *clima*, son la accion y reaccion de las fuerzas mecánicas y químicas puestas en ejercicio por el calor del Sol, variando de tiempo en tiempo, y de sitio en sitio por la influencia de la posicion de la Tierra en su órbita, de su revolucion sobre su eje, de la posicion geográfica, elevacion sobre el nivel del mar y condicion de la superficie, y por la gran movilidad de la atmósfera y el Océano.

En todas partes se ve la íntima conexion entre el clima y las condiciones geográficas locales; nada más asombroso que las grandes diferencias entre sitios vecinos, donde las condiciones locales efectivas no son iguales y que á menudo exceden á los contrastes que pueden ocurrir en los sitios más separados de la Tierra. Tres ó cuatro millas de altura vertical producen efectos casi iguales á aquellos que resultan del paso del Ecuador á los Polos. La distribucion de los grandes mares y continentes da origen á vientos periódicos (los vientos generales y los monzones), que conservan sus distintivos generales á través de grandes áreas, pero presentan modificaciones locales casi infinitas, bien de estacion, direccion ó fuerza. La direccion de las costas y su mayor ó menor continuidad, influyen en gran manera sobre el flujo ó afluencia de las corrientes del Océano; y éstas con los vientos periódicos, tienden por una parte á igualar la temperatura de toda la superficie de la Tierra, y por otra á causar variaciones sorprendentes dentro de un área limitada.

Las cordilleras de montañas y su posición con relación á los vientos periódicos ó vientos de chubasco, son de importancia primaria, para gobernar los movimientos de las capas más bajas de la atmósfera, en las cuales merced á las leyes de los gases elásticos, se encuentra la gran masa de aire y vapor de agua. Por su presencia, pueden bien constituir una barrera á través de la cual no puede pasar ninguna lluvia ó determinar la caída de torrentes de lluvia á su derredor. Su ausencia ó posición desfavorable, pueden conducir á la transformación de las regiones vecinas en desiertos sin lluvia, por la remisión de las causas de condensación.

Las dificultades que se presentan al apreciar los fenómenos de clima sobre la tierra, tal como es ahora, se aumentan naturalmente cuando se intenta explicar lo que el testimonio geológico demuestra haber ocurrido en edades pasadas. Se ha pretendido pasar por encima de estas dificultades invocando cambios supuestos en los manantiales del calor terrestre ó en las condiciones bajo las cuales se supone que el calor ha sido recibido por la tierra, para las cuales no hay justificación; se ha pretendido explicar las violentas separaciones del curso observado en la naturaleza, por algunas de las dificultades mecánicas análogas.

Entre los más enmarañados problemas del clima, están los envueltos en la primitiva extensión de la acción glacial de variadas clases sobre áreas que difícilmente podrían estar sujetas á ella, bajo las condiciones terrestres y solares hoy existentes; y recíprocamente, en el descubrimiento de indicaciones de temperaturas mucho más elevadas en ciertos sitios de las que parecen compatibles con sus altas latitudes; y en las alternativas de esas condiciones extremas. La verdadera solución de estas cuestiones ha sido aparentemente hallada en el reconocimiento de los perturbadores efectos de la variable excentricidad de la órbita de la Tierra, que aunque inapreciable en los años, comparativamente pocos, á que se limitan los asuntos humanos, viene á ser de grande importancia en el período mucho mayor que nos ocupa cuando tratamos de la historia de la Tierra. Los cambios de excentricidad de la órbita, no son de una naturaleza capaz de producir apreciables dife-

rencias en la temperatura media ni de la Tierra en general, ni de los dos hemisferios; pero pueden motivar la exageracion de los extremos de calor y frio, ó su disminucion, cuando se combinan con esos cambios de la direccion del eje de la Tierra, que son consecuencia de los movimientos conocidos como precesion de los equinoccios y aerestacion, y esto parecerían proporcionar los medios de explicar los hechos observados, aunque indudablemente la aplicacion detallada de la concepcion continuará dando origen á discusiones por mucho tiempo. Mr. Croll en su libro titulado *Climats and Time*, ha reunido recientemente con delicada investigacion todo lo que puede decirse por ahora sobre estas cuestiones; y la general correccion de aquella parte de sus conclusiones que se refiere á la presencia periódica de épocas de frio invernal ó de calor estival en un hemisferio en combinacion con un clima más igual en el otro, me parece que está completamente confirmada.

Estas son las consideraciones que se hacen para probar que la estructura inorgánica del globo terráqueo, por entre todas sus entradas sucesivas (la tierra bajo nuestros piés, con su variada superficie de aguas y tierras, montañas y llanos, y con su atmósfera que distribuye el calor y humedad sobre esa superficie) se ha desplegado como el resultado necesario de una agrupacion original de materia en algun período y de la subsiguiente modificacion de esta materia en su forma y condiciones bajo la exclusiva operacion de fuerzas físicas invariables.

Desde estas investigaciones llevamos nuestro exámen á las criaturas vivientes que se hallan sobre la Tierra: ¿cuáles son las relaciones de unas con otras, y qué son para el mundo inorgánico con que están asociadas?

Este exámen, primeramente dirigido al tiempo presente y de ahí llevado hácia atras, todo lo léjos posible en el pasado, prueba que hay un sistema general de vida vegetal y animal, en la Tierra tal cual es ahora y cual ha sido en todos los períodos sucesivos, de que nos hablan los datos geológicos. Los fenómenos de la vida, tales como los conocemos, están incluidos en la organizacion de los séres vivos, y su distribucion en tiempos y lugares. El nexa que subsiste entre todos

los vegetales y animales, está afirmado por la identidad de los últimos elementos de que están compuestos. Estos elementos son: carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno, con algunos otros en cantidades comparativamente pequeñas; hallándose el conjunto de los materiales de todos los seres vivos entre los que componen la porción inorgánica de la Tierra.

La íntima relación que existe entre los animales de organización más sencilla y las plantas, y entre éstas y la materia organizada sin vida y aún inorgánica, está indicada por las dificultades que se encuentran al determinar la naturaleza de las distinciones entre ellos. Entre las organizaciones más complicadas de las dos grandes ramas de los seres vivos, las semejanzas, bien conocidas, de estructura observadas en los varios grupos, indican una conexión entre las formas próximas que han sido siempre consideradas como emparentadas con la derivada por generación ordinaria de un antecesor común.

Los hechos enseñan que ciertas formas están asociadas en ciertas áreas, y que pasando de una de esas áreas á otra, las formas de vida cambian también. Las criaturas que viven en países vecinos fácilmente accesibles unos á otros, y que tienen climas semejantes, se parecen; y de la misma manera, así como aumenta la distancia entre áreas distintas, ó disminuye su accesibilidad, ó difieren las condiciones de clima, el parecido en las formas que se encuentran en ellas va siendo ménos aparente. Las plantas y animales existentes en cualquier tiempo, en cualquier lugar tienden constantemente á difundirse en derredor del centro local, siendo reprimida esta tendencia por el clima y otras condiciones del área que los rodea, de tal modo que en ciertas condiciones desfavorables la difusión cesa.

Se ve aún más que las posibilidades de vida, son en todas partes *directamente* influidas por todas las condiciones externas, tales como las de clima, incluyendo la temperatura, humedad y viento; de la duración de las estaciones y días y noches; del carácter de la superficie, bien sea de agua ó tierra, ora esté cubierta de vegetaciones ó no; de la naturaleza del terreno; de la presencia de otras criaturas vivientes, y muchas más. La abundancia de formas de vida en diferentes áreas (como distinguidas del número de individuos) se encuentra

que varía en gran modo también, y que está relacionada con la accesibilidad de estas áreas á inmigraciones de fuera; la existencia, dentro ó cerca de las áreas de localidades que ofrecen considerables variaciones en las condiciones que afectan principalmente la vida, ó sea el clima, crea condiciones compatibles con esa inmigración.

Para la explicación de estos y otros fenómenos de organización y distribución, la única evidencia directa que la observación puede suplir es aquella derivada del modo de propagación de las criaturas que ahora viven; y no se conoce otro modo que el de generación ordinaria por descendencia de padres á hijos.

Estaba legado al genio de Darwin enseñar ó indicar que el curso de la naturaleza tal como ahora funciona en la producción de seres vivientes, basta para la explicación de lo que había sido anteriormente incomprensible en estos asuntos. Él ha enseñado que la propagación por descendencia está sujeta á la aparición de ciertas pequeñas variaciones, y que la preservación de algunas de estas variedades con exclusión de otras se sigue como una consecuencia necesaria cuando las condiciones externas son más á propósito para las formas preservadas que para aquellas que desaparecen. A la operación de estas causas, la llama *selección natural*. Prolongada largo tiempo nos da la clave del sistema complejo, buscado por mucho tiempo, bien de las formas ahora existentes sobre la tierra, bien de aquellas cuyos restos han sido hallados en el estado fósil; y explica la relación entre ellos y el modo de efectuarse su distribución en el tiempo y en el espacio.

Esto nos lleva á la siguiente conclusión: que las fuerzas directoras que han obrado en el desarrollo de las formas de vida existentes, son las mismas condiciones externas sucesivas (incluyendo las formas de mar y tierra y el carácter de clima), que ya hemos dicho que surten de la modificación gradual de la fábrica material del globo conforme ha ido adquiriendo lentamente su estado actual. En cada época sucesiva, y en cada localidad, las formas preservadas y transmitidas, han sido determinadas por las condiciones generales de superficie en tiempo y lugar, y el conjunto de series sucesivas de condicio-

nes sobre toda la superficie de la Tierra, ha determinado las series completas de formas que han existido en el pasado y que han sobrevivido hasta ahora.

Al retroceder del presente al pasado, naturalmente se siguen como consecuencia de la falta completa de toda prueba, en cuanto á las condiciones del pasado, que el testimonio positivo de la conformidad de los hechos con el principio de evolucion gradualmente disminuye y por fin cesa. De la misma manera la evidencia positiva de la continuidad de accion de todas las fuerzas físicas de la naturaleza eventualmente falta. Pero como la prueba que podemos tener es la que exclusivamente sostiene toda creencia en esta continuidad de accion, y como no tenemos experiencia de lo contrario, la única conclusion justificable es que la produccion de la vida debe necesariamente haber seguido hasta ahora, como la conocemos, desde la época de su primera aparicion en la tierra.

Estas consideraciones no dan luz ninguna sobre el origen de la vida. Tan sólo sirven para transportarnos hácia atras á una época remota, cuando los séres vivos diferían de un modo notable en sus particularidades de los de los tiempos presentes, pero tenían tal parecido con ellos, que basta para justificar la consecuencia de que la esencia de la vida era entonces la misma que ahora; y pasando por esa época á un desconocido período anterior, durante el cual, la posibilidad de la vida, tal como hoy la entendemos, empezó, y del cual salió á luz (de un modo que no podemos comprender) la materia con sus propiedades, reunida por lo que llamamos fuerzas físicas elementales. Parece no haber fundamento en ningun hecho observado para entender que la maravillosa propiedad que llamamos vida, pertenece á las combinaciones de sustancias elementales en *combinacion*, de otra manera que todas las otras propiedades pertenecen á las formas particulares ó combinaciones de materia, con las cuales están asociadas. No es fácil decir cómo se originó ú opera la tendencia de ciertas materias para tomar la forma de vapores, flúidos ó sólidos en todas sus variadas formas, ó cómo las varias clases de materia se atraen unas á otras y se combinan para explicar el origen en ciertas formas de materia de la propiedad que llamamos vida, ó el

modo de su acción. Por lo pronto, al ménos, nos es necesario contentarnos con aceptar estos hechos como la fundación del conocimiento positivo, y de ellos proceder al estudio de los medios por los que la Naturaleza ha llegado á su estado presente y se adelanta á un porvenir que ignoramos.

Esta concepción de las relaciones de las formas animales y vegetales con la Tierra en sus fases sucesivas, conducen á conceptos de la significación del tipo (esto es, el sistema general de estructura que abraza los diversos grupos de seres organizados) muy distintos de aquellos que indicaban la existencia de algun poder oculto que dirigía la aparición de una sucesión de criaturas vivas sobre la Tierra, de acuerdo con algun plan arbitrario preconcebido. A la luz de la evolución, el tipo no es más que el curso dado al actual desenvolvimiento de la vida por las condiciones de la superficie de la Tierra, que ha suministrado las fuerzas que determinaron las formas de las generaciones sucesivas hasta el día de hoy. No hay indicación de ninguna disposición inherente ó preconcebida hácia el desenvolvimiento de la vida en una dirección particular. Más bien parecería que la faz actual de la Naturaleza es el resultado de una sucesión de incidentes aparentemente triviales, que por cualquier ligerísima alteración de las circunstancias locales, podría á menudo, segun parece, haber cambiado en otra dirección diferente. Algunas diferencias, por otra parte, sin importancia, en la constitución ó sucesión de las diversas capas de cualquier localidad, pueden haber determinado la elevación de montañas donde una profundidad llena por el mar estaba entónces formada, y de ahí que el conjunto, las condiciones de clima y otras de una gran área hubiesen cambiado, y un impulso enteramente distinto resultase para el desenvolvimiento de vida local, capaz de imprimir un nuevo carácter en todo el aspecto de la Naturaleza.

Pero además, todo lo que vemos ó sabemos que ha existido sobre la Tierra, ha obedecido hasta en sus más pequeños detalles á la constitución original de la materia que se reunió para formar nuestro planeta. El carácter actual de todas las sustancias inorgánicas, como de todas las criaturas vivientes, es sólo compatible con la actual constitución y pro-

porciones de las distintas sustancias de que se compone la Tierra. Otras proporciones que las actuales en los elementos de la atmósfera, hubiesen necesitado una organización enteramente distinta en los animales que respiran aire, y probablemente en todas las plantas.

Cualquier diferencia considerable en la cantidad de agua, bien en los mares, bien en estado de vapor, hubiera producido indispensablemente grandes cambios en la constitución de los seres vivientes. Sin oxígeno, hidrógeno, nitrógeno ó carbono, lo que denominamos vida hubiera sido imposible. Pero no es necesario extenderse más en estas especulaciones.

Las sustancias de que ahora se compone la Tierra son idénticas á aquellas de que ha sido compuesta siempre; en cuanto se sabe no ha perdido ni ganado nada, como no sea en cantidades extremadamente pequeñas. Todo lo que está ó ha estado alguna vez sobre la tierra, es parte de la tierra, ha brotado de la tierra, está sostenido por la tierra, y vuelve á la tierra; volviendo allí lo que se separa, los materiales de que depende la vida, sin los cuales cesaría y que están destinados á tomar otra vez nuevas formas y contribuir al curso siempre progresivo de la gran corriente de la existencia.

El progreso del conocimiento ha hecho desaparecer toda duda en cuanto á la relación en que está la especie humana con esta gran corriente de vida. Se afirma ahora, que el hombre ha existido sobre la Tierra en un período anterior con mucho á aquellos de que tenemos noticia en la historia. Fué contemporáneo de muchos mamíferos que ya no existen, en un tiempo en que los contornos de la tierra y mar, y las condiciones de clima sobre grandes partes de la Tierra eran completamente distintas á las que son ahora, y nuestra especie ha estado avanzando hácia su condición presente durante una serie de edades, de cuya extensión las concepciones ordinarias de tiempo no nos dan una medida conveniente. Estos hechos han dado en años recientes una dirección distinta á la opinión en cuanto al modo de distribuirse los grandes grupos del género humano sobre las áreas, donde se les halla ahora; y dificultades que se consideraban insuperables, se hacen solubles

cuando se las mira en relacion con esas alteraciones en los contornos de la tierra y mar, que se sabe que se han verificado hasta los más remotos períodos geológicos. Los monumentos antiguos de Egipto, que nos transportan á 7.000 años quizá ántes de la época presente, indican que cuando se erigieron, los países vecinos estaban en condiciones de civilizacion no muy distintas de las que existían cuando cayeron bajo el dominio de los romanos ó mahometanos, de lo cual hace escasamente 1.500 años; y el progreso de la poblacion hasta estas condiciones, difícilmente puede explicarse de otro modo que por transformaciones graduales prolongadas, retrocediendo á tiempos tan lejanos que requieren medida geológica, más bien que histórica, para ser contados.

El hombre, en resúmen, toma su lugar con el resto del mundo animado, á cuyo frente ocupa una posicion tan brillante. Esta posicion no es debida á ningun poder suyo exclusivo, sino á las sorprendentes fuerzas predominantes de la Naturaleza, que le han elevado enteramente sin su conocimiento y casi sin su participacion, tan por encima de los animales de entónces, sin embargo de ser el único capaz de ver ó considerar lo que es.

Por los hábitos sociales esenciales á su progreso, que poseyó aún en su más primitivo estado, el hombre, es sin disputa, dependiente de sus antecesores, como lo es por su forma y otras peculiaridades físicas. En su avance hácia la civilizacion fué insensiblemente forzado por la presion de circunstancias externas, desde su más salvaje condicion, en que su vida fué la de un cazador, á la pastoral.

Las necesidades de un pueblo, creciendo gradualmente en número, podían sólo satisfacerse supliendo con alimentos más regulares y abundantes los que podían proporcionarse por la caza. Pero la posibilidad del cambio de cazador á pastor ó guardador de ganados, descansa en la existencia antecedente de animales, que servían para proporcionar alimento al hombre, que tenían hábito de andar reunidos en ganados y á propósito para la domesticacion, tales como ovejas y cabras. Para su sustento era de necesidad preliminar la existencia de pastos comunes ó sociales, y para su crecimiento

en abundancia suficiente, se necesitaba terreno á propósito para pastos. Otro modo de vencer la dificultad de obtener suficiente alimento, fué asegurada por la ayuda de los cereales, por los que la agricultura, producto de la vida pastoral, vino á ser la principal ocupacion de generaciones más civilizadas.

Posteriormente, cuando estas facilidades acrecentadas, para proveerse alimentos, fueron á su vez sobrepujadas por el crecimiento de la poblacion, se acudió á un nuevo recurso para hacer frente á las nuevas dificultades que se presentaban al cultivo de artes mecánicas y de la inteligencia mediante las cuales el necesario tiempo de descanso fué por primera vez obtenido cuando los primeros pasos de civilizacion habian removido la necesidad de indagar sin descanso los medios de sostener la existencia. Entónces se rompió la principal barrera en el camino del progreso, y el hombre fué llevado hácia delante á la condicion en que ahora se encuentra.

Es imposible no reconocer que el crecimiento de la civilizacion por la ayuda de tales instrumentos, la industria pastoral y agrícola, era resultado del instinto más bien que de pasos verdaderamente inteligentes y premeditados; y en este concepto el hombre, en su lucha por la existencia, no se ha distinguido de los más humildes animales, ni de las plantas. Ni aún puede considerarse el maravilloso crecimiento final de sus conocimientos y su adquisicion del poder de aplicar para su uso todo lo que está fuera de él, como distinto en nada, sino en forma ó grado de los primeros pasos de su adelanto. La necesaria proteccion contra los enemigos de su siempre creciente especie (el hambre y las enfermedades, infinitas en número, siempre cambiando su forma de ataque ó desarrollándose en nuevas formas), podía tan sólo conseguirse por medio del progreso con adaptar su organizacion á las necesidades que experimentaba; y esto fué, andando el tiempo, lo que constituyó el asombroso desarrollo intelectual que puso á sus piés todas las otras criaturas, y en sus manos las fuerzas todas de la naturaleza.

El cuadro que he intentado pintar de esta manera, nos presenta á la Tierra llevando consigo ó recibiendo del Sol ú otros

cuerpos externos, en su viaje por el espacio celeste, todos los materiales y todas las fuerzas con ayuda de los cuales está formado todo lo que vemos sobre ella. Podríamos considerarla como un gran organismo complejo viviente, teniendo un substratum inerte de materia inorgánica, sobre el cual están formados muchos centros de vida organizados y separados, pero todos reunidos en conjunto por una ley comun de existencia, dependiendo cada parte individual de las que la rodean. La ciencia es el estudio de las relaciones de las diversas partes de este organismo, unas con otras, y de las partes con el conjunto.

Es incumbencia del geógrafo el reunir de todas partes sobre la superficie de la tierra los materiales de los cuales debe deducirse la emancipacion científica de la Naturaleza. La geografía nos da los toscos pedazos con que ha de edificarse la gran estructura por cuya terminacion trabaja la ciencia. El viajero, que es un jornalero de ésta, reúne en todos los puntos de la Tierra observaciones para someterlas al examen del que estudia, y para proveer los medios necesarios de verificar las inducciones que se obtienen por el estudio, ó las hipótesis que éste proporciona. Los viajeros tienen que cumplir por consiguiente los deberes que les han sido encomendados en la division del trabajo científico y para ello han de mantener sus conocimientos á tal altura que les permita comprender cuáles son las necesidades de la ciencia en los actuales momentos y los hechos que han de ser objeto de nuevas observaciones si es que han de obtenerse positivos adelantos. No demandan estos trabajos una preparacion impracticable. Los conocimientos que há menester el viajero para esta útil participacion en el progreso científico son de aquellas que se encuentran ya al alcance de todos. La energía y el desinterés que caracterizan á los más notables exploradores, no se perderán seguramente cuando reúnan un caudal de educacion científica que les ponga en disposicion de alcanzar en apartadas regiones ámplios conceptos superiores á los de la mera distancia y situacion. Grande es el valor que tienen para la ciencia las observaciones de ilustrados viajeros; así lo prueban trabajos recientes de naturalistas ilustres. Este legítimo aprecio, es sin

duda en nuestros días mayor que nunca, é insto á cuantos se propongan enriquecer con sus exploraciones la geografía, á que se preparen convenientemente para hacerlo del modo más eficaz sin creer que les bastan el vigor y fuerzas físicas que sin embargo influyen grandemente en que tengan feliz remate tales empresas.

RICHARD STRACHY.

EL BIEN PERDIDO.

SONETO.



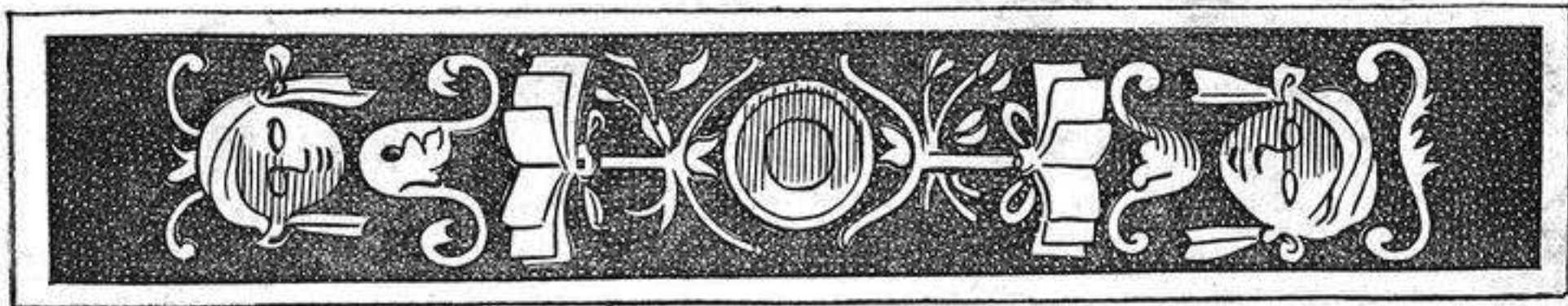
Ausente de tu lado, vida mia,
 Juzgué extinguido de tu amor el fuego,
 Y, muerta mi esperanza, sin sosiego,
 Lleno de angustia el corazon latía.

Honda ansiedad mi pecho combatía,
 Pues te adoraba delirante ciego;
 Y en dura queja se trocó mi ruego
 Sin luz mirando el sol de mi alegría.

Mas te ví, y al fulgor que resplandece
 En tu dulce mirar, de nuevo herido
 Hoy más firme el amor en mi alma crece.

Y pues con él recobro el bien perdido,
 Mi amante corazon te pertenece,
 ¡Que sólo para tí formado ha sido!

JESUS CENCILLO.



BOCETOS LITERARIOS (1).

¡DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

I.

Si creyéramos con el antiguo espiritualismo que el cuerpo es la cárcel en que gime aprisionada el alma, materia tendríamos para hacer filosóficas consideraciones sobre este cautiverio al contemplar encerrada en tan endeble y menudo calabozo el alma poderosa del Sr. Nuñez de Arce. La tendencia que nos mueve á establecer íntimas relaciones de forma, capacidad y belleza entre el cuerpo y esa misteriosa y apénas conocida fuerza á que llamamos espíritu y que nos lleva irresistiblemente á pensar que los héroes han de ser gallardos y fornidos, de dulce mirar y melancólica fisonomía los poetas, de majestuoso aspecto los príncipes y los sacerdotes, nos hace suponer tambien que el alma ardiente y la inspiracion vigorosa del autor de los *Gritos del combate* deben albergarse en cuerpo enérgico y robusto, de formas atléticas cual las del gladiador clásico, airado rostro y expresion sombría. ¡Vana ilusion desmentida por los hechos!

(1) En el boceto referente al Sr. Tamayo se atribuyó por equivocacion al Sr. Estébanez el drama *El honor*, que es del Sr. Campoamor, confundiendo con *Lances de honor*, que es el que pertenece al Sr. Estébanez.

El espíritu del Sr. Nuñez de Arce habita, como el de Napoleón, en pequeño y endeble cuerpo y sólo en su expresiva fisonomía se revela algo de su energía poderosa. Sin duda la naturaleza gastó tanta cantidad de fuerza en producir su organismo psíquico que no le quedó suficiente para lo demás.

La fuerza : hé aquí el carácter distintivo del Sr. Nuñez de Arce. La sangre que circula, la corriente nerviosa que se desborda por aquel cuerpo de tan escasa apariencia deben ser ríos de ardiente lava, á cuyo calor se transforman en pasiones todos sus sentimientos y se vacían en moldes de fuego todas sus ideas. Todo es en él vehemencia y energía. Si cree, su fe se asemeja al fanatismo en lo intensa y fervorosa ; si duda, no se duerme sosegado sobre la que Montaigne apellidó dulce almohada ; ántes se revuelve airado y furioso contra la duda misma y su incredulidad toma el carácter de la desesperacion ; si increpa ó censura, sus acentos vibran como el látigo acorado de Juvenal ; si llora y se entristece, abrasan sus lágrimas y sus sollozos se confunden con el rugido ; si canta el amor, nunca acierta á ser tierno, por más que sepa ser delicado ; su amor es de ese que cuando besa, muerde.

En la lira poética hay muchas cuerdas, y una de ellas es de bronce. Pulsáronla siempre aquellos espíritus que sienten *hondo y fuerte*, y cuyo corazón sólo palpita por las cosas grandes ; espíritus educados en la desgracia ó nacidos al fragor de las revoluciones y de las guerras, que, dominados por graves preocupaciones, asediados por temerosos problemas ó ruda-mente flagelados por el destino, sólo contemplan el lado trágico, sombrío y grandioso de la vida ; espíritus águilas que viven en el seno de las tormentas y no sienten el beso de la brisa ; que se mueven á alturas tales que no pueden vislumbrar las florecillas del campo, acostumbrados como están á ver de cerca las montañas gigantes y la faz del sol. Sombríos los unos, ardientes los otros, atrevidos y enérgicos aquellos, de su mente brotaron los cánticos grandiosos que se elevan hasta la Divinidad, los bélicos acentos que impulsan á los guerreros al combate, las tragedias en que se representa el drama terrible de la vida humana en sus más profundos y conmovedores aspectos, las gigantescas epopeyas en que se compendian el ideal y

la vida de una edad entera, las sátiras implacables que imprimen eterna mancha en la frente de los tiranos, los apocalipsis sombríos que semejan fulguraciones de lo infinito. En ese grupo de poetas, únicos dignos del nombre de *vates*, es donde puede figurar el Sr. Nuñez de Arce, no entre los capitanes ciertamente, pero sí entre los más valiosos soldados.

Nuestro siglo ha sido fecundo en poetas de este género. ¿Y cómo no, si quizás es el siglo más trágico de la historia? Difícil es que un espíritu de levantados alientos cante las dulzuras de la vida campestre, los encantos de la naturaleza ó los goces del amor, cuando ensordecen los aires el fragor de las instituciones que se derrumban, el ruido del combate que en todas partes y con todo linaje de armas libran el pasado y el porvenir, y el estruendo de la ola revolucionaria que todo lo invade y todo lo destruye. En medio de tanto estrago y ruina tanta, en la crisis pavorosa que sociedades é individuos atraviesan, en el centro de una vida tan tumultuosa, compleja y agitada como la moderna ¿qué mucho que el poeta sólo acierte á pulsar esa cuerda de bronce á que ántes nos hemos referido, única bastante poderosa para hacer que sus vibraciones sean percibidas en medio del estruendo y la confusion de este siglo extraordinario?

Por eso, con leves excepciones, los grandes poetas españoles de nuestro siglo se dirigen todos por ese camino. Alguno que otro, bajo la influencia de tales circunstancias, pero con espíritu ménos enérgico, entona melancólicos acentos ó se refugia en la contemplacion de lo pasado; los demas todos participan del carácter ántes dicho. La musa de la energía es la que inspira los cantos de Quintana, de Espronceda, de Lopez García, de Tassara, de todos los líricos que ya podemos llamar grandes, porque su muerte nos da el triste derecho de decirlo. La misma musa alienta en los poetas dignos de este nombre de la generacion presente, exceptuando al legendario Zorrilla, constantemente vuelto hácia lo que pasó, y á Campoamor cuya *bonhomie* característica no le permite alterarse por nada y que se contenta con ayudar á la obra de su siglo, destruyendo suavemente y como por vía de juego, no ya las creencias, sino hasta las bases mismas de toda certidumbre.

Es, pues, Nuñez de Arce un poeta enérgico y entusiasta. Si hubiese nacido á principios del siglo, cuando la fe en el progreso y la libertad era una verdadera religion no entibiada todavía por obstáculos, desengaños y catástrofes, Nuñez de Arce rivalizara con Quintana, y acaso le venciera. Pero ha nacido en tristes tiempos de vacilaciones y desmayos, y de aquí el especial carácter de sus obras.

No es Nuñez de Arce espíritu que se complazca en la duda ni se avenga con el escepticismo. Fáltanle la tranquilidad de ánimo con que Campoamor pone de manifiesto la vanidad y la mentira que hay en el fondo de todas las cosas y el intenso goce con que José Alcalá Galiano acude á destruir todo lo que la humanidad ha creído y respetado hasta el presente. Pero tampoco vuelve por eso los ojos al pasado; despídese de él con tristeza y amargura, pero se despide al fin.

Luchan en su alma opuestos impulsos; y esta lucha que en otros ánimos engendrara abatimiento ó afeminado sentimentalismo, en él sólo despierta vigorosos acentos, ora de desesperacion, ora de cólera, á veces tambien de entusiasmo. Lamenta la pérdida de su fe; recuerda amargamente los tiempos venturosos en que creía; revuélvese airado contra el fatal destino que le obliga á no creer; pero no por eso retrocede ni desmaya. Atormentan su alma los desengaños políticos; indignase al ver la libertad prostituida; pero no reniega de ella ni duda de su triunfo. Hay siempre en él un resorte poderoso que le impide caer, hay siempre una fe que no le abandona, un culto que nunca se extingue en su pecho: la fe en la libertad y en el progreso, el culto de la justicia y del bien.

Este contraste entre su natural tendencia á creer y la irresistible necesidad de negar, entre el entusiasmo y la desesperacion, entre la energía y el abatimiento, es causa de que en las poesías de Nuñez de Arce no se halle aquella animacion y fervor que se advierte en las de Quintana. Se ve que el poeta tiene fe, pero combatida por el desengaño y la duda; que cree en las ideas, pero desconfía de los hombres; que hay en él un fondo de amargura y á veces de negra desesperacion, que entibia su entusiasmo, y que hay tambien cierto matiz escéptico, disimulado por la valentía de sus acentos. Nuñez de Arce

duda, vacila, se abate y desespera ; no se rinde , porque es de bronce ; pero su victoria es fruto de penoso esfuerzo, y su canto se resiente de él.

¡Ah! No es culpa suya. No es fácil que vuelva á haber otro Quintana. Entónces la libertad era jóven é inexperta y por eso era crédula y entusiasta. Hoy no puede serlo. Entónces se creía en la proximidad del Eden ; hoy parece todavía muy lejano. El poeta de aquellos dias cantaba himnos entusiastas á la libertad naciente ; el de hoy lucha palmo á palmo contra obstáculos casi insuperables, y su canto lleva impreso el sello de la fatiga, cuando no del desengaño. Así y todo ¡ojalá fueran todos nuestros poetas como Nuñez de Arce! El al ménos cree en la libertad : ¡cuántos reniegan de ella ó la escarnecen!

II.

Bajo dos aspectos puede ser considerado el Sr. Nuñez de Arce : como dramático y como lírico. Fué lo primero al comenzar su carrera literaria ; pero su verdadera reputacion data desde el momento en que, abandonando la escena, acreditóse de inspirado lírico con sus renombrados *Gritos del combate*. A nuestro juicio, en la lírica más que en el teatro debe buscar sus triunfos, sin que esto quiera decir que no tengamos en mucha estima sus producciones dramáticas.

Pocas son estas ; algunas han sido escritas en colaboracion con el Sr. Hurtado, y entre las exclusivamente suyas sólo deben citarse dos discretos y bien pensados dramas de costumbres (*Deudas de la honra* y *Quien debe paga*) y otro histórico *El haz de leña*, que es sin duda su obra dramática más importante. Mostró en todas las dotes características de su genio, señaladamente en la última ; manifestóse inspirado y vigoroso siempre que trataba de pintar caracteres enérgicos y varoniles ó trágicos efectos, y no tan feliz si apelaba á los tonos dulces y delicados de su paleta ; revelóse como versificador de gran fuerza y conocedor de los efectos teatrales, y probó que aspiraba á dar á sus concepciones mayor transcendencia que la que es habitual en nuestro teatro y á emplear en sus pinturas los calientes tonos de la musa romántica, sin caer en exageracio-

nes deplorables ; siguió, en suma, con acierto el buen camino iniciado por Hartzenbusch, Ayala, Tamayo y García Gutiérrez, uniendo el realismo moderno con un romanticismo castizo y de buena ley ; y figuró, por tanto, honrosamente entre los regeneradores de nuestra escena, ocupando á su lado puesto distinguido.

No es, sin embargo, en el teatro donde más resplandecen las dotes del Sr. Nuñez de Arce. Rara vez se reunieron en un mismo sujeto las cualidades de lírico y de dramático, y no había de ser excepcion de esta regla el autor de los *Gritos del combate*. La libertad á que está habituado el poeta lírico no se aviene con la multitud de exigencias, limitaciones y trabas que el teatro impone : y la exuberancia de la inspiracion lírica mal se compagina con el carácter realista que en la escena han de tener hechos, personajes, diálogo y estilo. El ingenio del Sr. Nuñez de Arce carece, por otra parte, de la flexibilidad que el drama requiere. Como hemos dicho, de ordinario pulsa siempre una misma cuerda, y le es difícil olvidar sus aficiones al pisar las tablas y librarse de cierta monotonía inherente á este carácter de su musa. Sus obras dramáticas son óperas escritas siempre en un mismo tono, cuyos personajes son todos *bajos profundos*, y en las cuales no hay una melodía tierna ó juguetona que distraiga de aquella sucesion de airados ó terribles acentos ; son cuadros llenos de sombras, cuyas enérgicas tintas rara vez matiza un toque risueño ó delicado. Además, el teatro del Sr. Nuñez de Arce es pobre en producciones, y entre ellas sólo hay una verdaderamente notable : *El haz de leña*.

La poesía lírica es el teatro de los más legítimos triunfos del Sr. Nuñez de Arce : allí le llevan su vocacion y su destino ; allí es donde campea su ingenio con más desembarazo. Dentro siempre de las condiciones que le hemos asignado, lanzando constantemente las notas graves de su lira poderosa, ora flagela con sangriento látigo y acentos dignos de Juvenal los vicios y flaquezas del siglo (pero no los pequeños, sino los grandes) ; ora llora con varoniles lágrimas las desdichas de la patria y las derrotas de la libertad ; ya excita al combate á los soldados del porvenir, reprendiendo sus errores, pero sin desalentarlos en su empresa ; ya, por fin, remontándose á las más ele-

vadas regiones, revuélvese contra las duras leyes que rigen la condicion humana, y pregunta á Dios con amarga queja por qué nos crea ; agítase entre la fe que pierde, y la duda y el escepticismo que invaden su alma ; despídese con dolorido acento de los antiguos ideales é instituciones á cuya sombra se deslizara su feliz infancia, y airado unas veces, penetrado de indignacion otras, creyente en ocasiones, escéptico alguna vez, ora melancólico y abatido, ya vigoroso y entusiasta, muestra siempre el férreo temple de su alma, la energía de su inspiracion y el poderoso vuelo de su ingenio.

Es Nuñez de Arce poeta meridional por lo apasionado, mas no por lo pintoresco ; sobrio en imágenes y galas, en la energía del sentimiento, en la profundidad ó valentía de la idea, en la forma escultural del período, en la rotunda y severa armonía de la versificacion, es donde reside el encanto de sus obras. Sabe armonizar el fondo moderno de sus producciones con la más pura y exquisita forma clásica, á tal punto, que si las ideas y sentimientos que en ellas campean, luégo denotan que son fruto de la inspiracion moderna, parecen por la forma páginas arrancadas á Herrera, Rioja y los demas modelos de nuestro siglo de oro, á cuyos cánticos nada tienen que envidiar los majestuosos tercetos, las robustas décimas y los esculturales sonetos de los *Gritos del combate*.

¿Qué más hemos de decir del Sr. Nuñez de Arce? Como político no hemos de juzgarle, que esto es ajeno á nuestro propósito ; baste decir que su espíritu, ardientemente liberal, no debe hallarse muy holgado en el partido en que figura, y que como orador, toda la energía de su alma no es bastante para hacerle vencer las dificultades de una palabra rebelde, enérgica á veces, pero elocuente nunca. Como prosista, merece lugar distinguido por lo nervioso de su estilo y lo puro y castizo de su lenguaje.

Tal es el Sr. Nuñez de Arce. Hijo legítimo de su siglo, refleja en sus obras con vivos y enérgicos colores las angustias y las vacilaciones, pero tambien las grandezas de esta época extraordinaria : adorador ferviente de la libertad, pero nunca idólatra de la plebe, deplora los errores que manchan su camino, sin por eso renegar cobardemente de su culto ; poeta de pode-

rosos alientos, lleno de inspiracion y de vigorosos arranques, sabe *pensar hondo, sentir fuerte y hablar claro*, mira siempre á lo alto, inspírase siempre en lo noble y en lo grande, y manejando con notable maestría el habla castellana, ostenta méritos más que suficientes para ser considerado como uno de los ingenios más brillantes entre esa pléyade de grandes poetas que renueva entre nosotros las glorias imperecederas de nuestro siglo, y es uno de los pocos consuelos que nos quedan en medio de tantas desventuras.

M. DE LA REVILLA.

¡ LA ÚLTIMA ESPERANZA !

Al reputado crítico, Sr. D. Manuel de la Revilla.

SONETO.

¡ Triste del sér que en hondo desconsuelo
Nunca sus cuitas ni su afan divierte,
Y ni aún le es dado, en su desdicha fuerte,
Fingirse un hora de fugaz consuelo!

La luz del sol que, engalanando el cielo,
Entre purpúreos arreboles vierte,
No es sino sombra á su pupila inerte,
Anublada por lágrimas de duelo.

Y en nada encuentra el alma, en su amargura
Vagar ni alivio á la traidora pena,
Deshojada la flor de su ventura.

Y por eso, al romperse la cadena
Que la ligára á la materia impura,
Sube gozosa á la region serena!

JESUS CENCILLO.



LA CÁRCEL MITOLÓGICA

DE ARGAMASILLA.



En uno de mis primeros ensayos en el comentario filosófico del *Quijote*, aventuré la idea de que la expresion del prólogo de la primera parte : *bien como quien se engendrò en una cárcel*, no debía tomarse al pié de la letra en un libro donde existe mucho artificio simbólico, y donde el prefacio mismo está rebosando sátira é ironía. Residente durante muchos años en el extranjero, y casi apartado, en los últimos, del comercio literario de mi país, ignoro lo que de entónces acá se haya descubierto ó escrito en contra de esa opinion mia. Sí, á dicha ó desdicha, rebuscadores diligentes de archivos han encontrado el mandamiento de prision expedido contra Cervántes, el nombre del alcaide de la cárcel y la lista de las raciones que se daban á los presos, que todo es posible cuando sopla el buen viento en nuestras empresas, no me queda otro recurso que encogerme de hombros y retirar mi proposicion : pero léjos de eso, me consta por el contrario, que toda una autoridad como el señor Hartzenbusch, promovió y dirigió el gran suceso de la edicion del *Quijote*, llamada de Argamasilla, que si mal no me

acuerdo, se nombra así, por haberse compuesto los moldes y hecho la estampacion en la casa misma donde diz que Cervántes fué encarcelado y escribió su inmortal poema. Los gastos hechos y la publicidad dada á estas manipulaciones de gran efecto y aparato, y el asociarse á todo ello una correccion del texto, en mal hora intentada y en peor traída á término, hace que el asunto de la cárcel ó prision de Cervántes, mencionada en el prólogo, se halle como ejecutoriado por tales actos y la aquiescencia de la opinion pública : de suerte que, si ántes de esa ruidosa edicion, pasaban los lectores, como por encima de la frase, sin tomar gran nota de ella ; ahora debe producir en ellos un laberinto de confusiones, aunque sea el solo considerar la frescura con que un hombre como Cervántes, que no nació el dia de los Inocentes, sin qué ni para qué, sin que nadie le fuerce ni hostigue á ello, saca á relucir cosas, que á no decir la causa ó calificar el hecho no redundan en favor del narrador. En efecto ; no se puede buenamente conciliar que un autor se eche tan gratuitamente encima semejante sambenito, y hable de la cárcel con la indiferencia y callosidad de uno, que por delitos graves y repetidos se hubiese ya familiarizado con ella, hasta el punto de considerarla su natural y propio domicilio.

Repito, pues, que si no ha parecido alguno de esos documentos fehacientes que constituyen en tales casos evidencia externa decisiva, la peregrinacion de los cajistas, impresores, editor y corrector con el envío de toda la *parafernalia* tipográfica al lugar de Argamasilla, fué con el objeto de disipar toda duda, si alguna hubiese, de que efectivamente Cervántes estuvo encerrado en aquella cárcel y allí se engendró el *Quijote*, lo cual muestra un exquisito amor al prójimo y un vivísimo deseo de honrar á nuestro ingenio. Si no pudimos darle libertad, ¿qué mayor honra que consagrar el lugar de su cautiverio? ¿Qué mayor prueba de amor que desafiar á la ciega justicia humana, solemnizando la cárcel y besando las cadenas que oprimieron al genio? «Aquí, diría el Sr. Hartzenbusch, aquí te se quiso imprimir un baldon, y aquí le borraremos imprimiendo el gran florón de tu corona de artista. Aquí se quiso ocultar y de hecho se encerró la luz que alum-

brara á España en aquellos dias ; pues aquí forjaremos nuevos rayos dando al mundo otra edicion, ¡oh preclaro Cervántes! de tu clarísimo *Don Quijote*.»

Aunque juzgo algo pueril este proyecto, y más que todo el riguroso materialismo con que se llevó á cabo esta especie de satisfaccion al genio *versus justitia*, no censuraría que otros proyectasen mañana el indagar dónde fueron en Argel las prisiones ó Baño de los cautivos, y quisiesen imprimir allí una de las comedias de Cervantes como *El gallardo español*, *El Trato de Argel* ó la célebre Epístola á Mateo Vazquez, que se sabe fué escrita durante el cautiverio. Esto ni da ni quita gloria á Cervántes y puede henchir los cofres del impresor, pues sabemos que fué un hecho indisputable el tal cautiverio. Pero ¿y si resultase que no hubo tal encarcelamiento del autor del *Quijote* en Argamasilla, y que esa expresion del prólogo es metafórica? Nada puedo decir con seguridad en los momentos en que estas líneas escribo. Vuelvo á decir que si el hecho es cierto, y se halla confirmado por documentos fidedignos, y no por interpretaciones de críticos de la letra, de quienes desconfío, y el apartarme de cuya senda me ha llevado en muchos casos á no pequeños descubrimientos en el abundoso y fructífero campo del *Quijote*, aplaudo el proyecto y áun el ceremonial con que se puso en ejecucion. Paréceme entónces una de esas compensaciones providenciales reservadas en la humanidad á los grandes genios desvalidos. Bastó que Cervántes dijese : «me encarcelaron», para que la posteridad respondiese : «injustamente, ya te trocaremos la cárcel en palacio y la prision en trono.»

Pero si no existen esos documentos, y hasta ahora no han llegado á mi noticia, ¿cuál es el norte y guía á que debemos volver los ojos? Sin duda alguna el comentario razonado ; la interpretacion é inteligencia de esa frase con arreglo á las leyes de la buena crítica, que no son más que los dictados del sentido comun.

Lo primero que se ocurre es preguntar qué motivos pudo tener Cervántes para introducir en un prólogo tan chispeante, jugueton, retórico é irónico, un asunto por una parte asaz tétrico y melancólico, y por otra asaz grave para ser tratado

con ligereza. Un autor medianamente discreto no haría tal sin fuertes y poderosos motivos, y tratamos de Cervántes, colmo de la discrecion. ¿Quería, por ventura, hacer público y notorio á los contemporáneos y venideros que había estado en una cárcel? Esta es la primera lógica induccion posible. Pero los intentos de los hombres tienen sus medios adecuados, y el de que se valió Cervántes, es tan imperfecto é impropio, que no puede caber en bien organizado cerebro. ¿Estuvo preso por una causa honrosa, ó vergonzosa? ó lo que es lo mismo: ¿fué justa ó injustamente encarcelado? No cabe vacilacion en la respuesta. Nadie está tan privado de sentido comun que se resuelva de grado á pregonar un hecho que no le favorece por el solo gusto de hacerlo público. Muy al contrario, es natural tendencia del sér humano el ocultar, si así lo puede, todo aquello de que puede provenirle daño manifiesto sin mezcla de provecho alguno. Si en prision escribió el *Quijote*, nadie lo sabía, fuera de un corto número de personas, y tan cierto es esto, que su gran enemigo Avellaneda, que es el que hace arma de esta confesion (porque de todo se aprovecha el adversario envidioso), se refiere á ella *bajo la palabra* de Cervántes. Quiere esto decir que su prision era un hecho ignorado aún por aquellos que más le seguían la pista, y si él no lo hubiera dicho, ciertamente no habría llegado por otro conducto al conocimiento del fingido Alonso de Tordesillas.

Hay, pues, que admitir el caso de que Cervántes fué encarcelado injustamente, que fué atropellado, y que léjos de sonrojarse por ello, tenía á gala el manifestarlo. Pero aún así se advierte más y más lo indiscreto de una mencion tan breve y pasajera. De la simple expresion «bien como quien se engendró en una cárcel», no se desprende calificacion alguna favorable. La voz *cárcel* no sugiere aquí otro concepto que el de penalidad de un delito cometido y castigado por la justicia humana. Si el hecho fué mal juzgado, si en vez de justicia fué atropello, virtud en vez de delito, y accion honrosa en vez de vituperable, no está explicado en la sentencia literal, y no sé por qué hemos de venir á sentar la tésis de que Cervántes no supo ó no pudo dar á entender lo que probar le convenía, siendo tan magistral profesor del habla castellana. Tenemos,

pues, que admitir, si interpretamos la frase en su literal y directo sentido, que el autor del *Quijote*, intempestiva é imperinentemente quiso publicar ante el orbe que fué puesto en una cárcel de una manera atropellada é injusta hasta el punto de honrarse en mencionar el hecho de su prision, y sin embargo, fué tan torpe y corto de suerte, que no supo expresar sus ideas, y no sólo no supo, sino que dió márgen á que los lectores entendieran ó sospecharan lo contrario, por cuya razon los críticos solícitos han inventado motivos varios de este encarcelamiento, como el de desfalco en administracion de bienes del fisco, requiebros picantes á alguna moza de Argamasilla y otras suposiciones más pueriles y ridículas.

Si Cervántes hubiese sido feliz y venturoso, podría decirse que le faltó en aquel momento la ciencia que se adquiere en la experiencia de las desdichas; pero siendo en ellas más *versado* que en *versos*, segun su propia expresion, no podemos admitir que desconociera la tendencia de la flaqueza humana á hacer juicios temerarios y tomar pié de cualquiera indiscrecion para juzgar en perjuicio del prójimo. Yo creo que los lectores han interpretado instintivamente este pasaje en su sentido figurado, y que sólo desde que los biógrafos y críticos dieron en el tema de que Cervántes estuvo preso y en la prision escribió el *Quijote*, es cuando pueden pensar lo que el autor no pensó que jamás podría pensarse. De otra suerte el razonamiento sería en el vulgo muy semejante al siguiente: A la cárcel, por regla general, no van más que los autores de crímenes y delitos. ¿Cuál cometería éste que le valió una prision? Y ¡qué pobre idea debió tener este autor de su carácter y dignidad moral, cuando parece hablar de su encarcelamiento como si fuese lo más sencillo y trivial y natural del mundo! El público no podía ménos de hacer juicios en su menoscabo. ¿Quién iba á emplear su tiempo en averiguar y explicar la causa de esa prision, puesto que el mismo interesado no se cura de hacerlo?

Venimos irremediabilmente á tener que adoptar la idea de que el motivo cedía en honra suya. Hay persecuciones de justicia que honran en vez de infamar; y tal debió ser el caso de Cervántes, á interpretar la frase literalmente, cuando

parece como que le falta tiempo para hacer alarde de su encarcelamiento. En nuestra época hemos visto centenares de hombres políticos que se glorían de sus padecimientos por la causa de la libertad; y en efecto, las prisiones sufridas por ella han sido y merecen ser notables hojas de servicios y méritos á los ojos de sus partidarios. Pudiera haber sido de esta clase el cautiverio de Cervántes; aunque, en su época, más bien debemos creer fuese por opiniones religiosas. Esta suposición, muy probable por cierto, á nadie convendría sostenerla más que al autor de este escrito de defensa; porque vendría á ser una prueba importantísima de la verdad y acierto de la base en que he fundado todos mis comentarios filosóficos del *Quijote*. La Inquisición (y el clero en general) consideró peligroso á Cervántes, quien no fué temeroso ni escondido censor de sus prácticas condenables. Sabido es que el autor del *Quijote* fué puesto bajo anatema de la Iglesia, según carta de excomunión que se ha hallado en los archivos de España; y si esta persecución trajo consigo encarcelamiento, comprenderíamos perfectamente la mención de la cárcel, hecha con cierta vanagloria, para hacer saber al mundo que había perdido su libertad, una vez á manos de los *moros*, y otra á las de *cristianos*; aquella por ser desventurado, y ésta por ser despreocupado.

Sólo en este concepto puede interpretarse el pasaje en su sentido literal. Cervántes, fiel á sus convicciones, y orgulloso en vez de avergonzado por haber sido preso, escoge su mejor obra, la obra que presentía había de ser inmortal, para hacer saber al mundo que el autor de aquel sutil artificio, donde se halla la sátira más transcendental del espíritu religioso de su tiempo, había estado en la cárcel por creer y sustentar ideas contrarias á las entónces dominantes. Si admitimos que Cervántes fué un ferviente y creyente católico al uso de su época, hay que buscar en *al* el motivo de su prision. Achacarla á opiniones políticas es absurdo. Fuera de esta órbita, el motivo no podía ser honroso; y no siendo honroso, nos quedan sólo dos caminos: ó confesar que la palabra cárcel ha de entenderse é interpretarse en sentido figurado, ó, por rigor inevitable de la lógica, confesar que no acertó á expresar sus ideas, no tuvo el grado de sentido comun propio de cualquier hombre de me-

diana inteligencia : dió un paso incomprensible é inexplicable segun la sana razon: se echó sobre sí el sambenito de una prision por delitos comunes, que siempre afrentan á un ciudadano; echó, finalmente, sobre sí y los suyos un borron, que áun los más desalmados procuran ocultar con el mayor empeño; y todo ésto sin necesidad, sin razon, gratuitamente, sin la menor presion ni fuerza alguna para ello.

Hé aquí á dónde nos lleva un sencillo y natural razonamiento, fundado en la índole de la naturaleza del hombre social de mediana discrecion. Elegid.

Debo insistir nuevamente en que si á alguno conviene que se entienda la expresion *cárcel* en su sentido literal, es á quien, como yo, la interpretaría diciendo : que pues Cervántes publicó lo que generalmente se oculta; pena que no afrenta supone delito que no desdora; y como todos los delitos comunes deshonoran, y sólo enaltecen los llamados de opiniones y creencias bajo el yugo de fanatismos y absolutismos, el delito que tal pena acarreó á Cervántes, debió ser á sus ojos un mérito y una gloria. Tal vez ésto explica la razon de no haber sido más explícito en su primer prólogo, ni de haber respondido en el segundo á los ataques violentos de Avellaneda, cuando le dice que así salía su obra tiznada con los hierros de la cárcel. Es evidente que lo que no pudo decir en un caso, tampoco le convino decir en el otro; y dejó á la posteridad, y á los comentadores del espíritu de sus obras, el explicar por qué mencionó su prision sin explicarla.

Mas á pesar de que tan buen juego me hace y tanto me vendría poseer esta nueva prueba auténtica y evidencia interna del acierto de mi punto de vista crítico al comentar el *Quijote*, quiero ponerla á un lado, mientras sea posible explicar satisfactoriamente ese pasaje en su sentido metafórico ó figurado, y no vienen nuevos documentos fidedignos á ofrecer evidencia externa de lo contrario.

Este mi proceder se funda en el hecho de que Cervántes volvió á hablar más tarde, en el prólogo de sus novelas, sobre sucesos notables de su vida, especialmente de sus adversidades, y no hace mencion de ese encarcelamiento. Claro es que un hecho tan fijo en la memoria y de tal gravedad en su vida,

como para merecer recuerdo especial en lugar tan preferente, cual lo son las primeras líneas del prefacio á su obra magistral, debiera haber dejado algun rescoldo para que, á la primera ocasion de remover las cenizas de sus desventuras, se reviviese el fuego. No sucede así. Habla tambien en el prólogo á sus novelas haciendo hincapié en el capítulo ó cuento de sus desgracias, donde tenía lugar, por lo ménos, de haber vuelto á hacer mencion de la cárcel, donde se engendró el mejor de los hijos de su entendimiento, y sólo dice que fué soldado muchos años y cinco y medio cautivo. ¿No es evidente que esta era la coyuntura propia para haber incluido su prision en España con más motivo que en el prólogo del *Quijote*? En éste, la mencion de la cárcel, como adversidad, no tiene cabida, no lo pide el sujeto. En el prólogo de la novela se está cayendo de su peso. Es más, se ofrecía á Cervántes la mejor oportunidad de significar su martirio injusto sin comprometerse con explicaciones que pudieran ser indiscretas. El argumento es las desdichas y adversidades, y bastaba haber puesto en lista la que sufrió siendo encarcelado en España por sus opiniones y creencias, para que los lectores contemporáneos y venideros hubiesen comprendido que no debía ser la causa deshonrosa, cuando allí mencionaba su prision como desventura. Una prision, que para haber engendrado el *Quijote*, debió ser algo duradera, no es cosa para olvidarse por el desgraciado que la sufre hasta el punto de descartarla al hacer el recuento de las adversidades sufridas, y cuando las palabras «cinco años y medio cautivo» harían evocar su recuerdo al hombre más desmemoriado. Estas reflexiones son, á mi parecer, de una fuerza irresistible, y de no aceptarlas como decisivas en la cuestion, tenemos que suponer á Cervántes indiscreto, hablador, cuando no venía al caso, y desmemoriado en un grado inconcebible, cuando se le presentaba la ocasion. Sería lo que el mismo dice: helársele las migas de las manos á la boca.

Hasta aquí sólo he expuesto las consideraciones propias de una cuestion, que, debiendo ser puramente literaria y juzgarse por los méritos del pasaje, se ha tratado siempre con relacion á noticias y tradiciones sobre la vida de Cervántes. Es

muy posible que los anotadores del *Quijote*, desde Mayans hasta Clemencin, leyeran esa línea del prólogo sin llamarles mucho la atención. Por mi parte, confieso que nunca tomé por lo serio que el *Quijote* se escribió en una cárcel. Pero á fuer de eruditos, solícitos y curiosos, tal vez vieron en las palabras de Avellaneda una confirmación de que Cervantes estuvo encarcelado en España, y que en la cárcel se engendró *El Ingenioso Hidalgo*. El deseo y tentación de hacer efecto acalló en los biógrafos, sin duda, el grito de la conciencia literaria. Sobre el fundamento de que Cervantes fué pobre, 'posterado y desconocido, cabe todo un tren de desventuras y desgracias, y así vemos á Narciso Serra decir en su comedia *El loco de la bohardilla*, que Cervantes no cenó la noche en que concluyó el *Quijote*, ó cosa parecida, pues no tengo delante el ejemplar. Y vemos al escritor alemán *Uhland*, revelar al mundo que Cervantes, manco de la mano derecha, escribió el *Quijote* con la izquierda. Los anotadores y biógrafos debieron hacerse la cuenta de que una prisión más ó ménos, era *peccata minuta* en la vida de un genio desgraciado. Y véase lo que la imaginación labra, por poco cimientó que se la proporcione. ¿Donde tuvo lugar esa prisión?—En la Mancha debió de ser.—¿Por qué?—Porque Cervantes comienza diciendo, que no quiere acordarse de la patria ó lugar nativo de su héroe. Luego si Quijano es manchego y su historia se escribió en una cárcel, ya sabemos el misterio de ese asco de nombrar á Argamasilla. Pero, señores, que en Argamasilla da la casualidad de que no hubo cárcel. No importa, ahí está la *casa de Medrano*.

Todo esto es muy bueno, si se quiere, bajo cierto punto de vista; pero no es crítica, ni comentario, ni siquiera sentido común para ofrecerse á personas entendidas, que, por fortuna, en la época en que vivimos, no tienen muy anchas las tragaderas.

El único y solo contemporáneo de Cervantes que habla de la prisión en España, es el licenciado Avellaneda, *alias* Blanco de Paz, *alias* el Padre Aliaga, *alias* Lope de Vega, *alias* el corcobado favorito de D. Adolfo de Castro, si mal no recuerdo, Alarcon, y el *alias* de los *alias*, Fray Andrés Perez, se-

gun he demostrado en el *Mensaje de Merlin*. Como ya ántes indiqué, zahiere á Cervántes de encarcelado y preso; pero lo hace, *en passant*, sin dar mucha importancia al hecho, que á ser cierto, no es un grano de anís ni una bagatela en manos de encarnizados enemigos. Lo que de sus palabras se deduce, no es más que esto. «Me dices que has escrito el *Quijote* en la cárcel. A confesion de parte, relevacion de prueba. Así sale él, tiznado.»

Ahora bien. ¿Qué necesidad tenía Cervántes de haber proporcionado esta arma á sus enemigos? ¿No parece verdaderamente que Avellaneda, sabiendo y conociendo que no había tal prision ni cárcel, como implacable y envidioso enemigo quiso trocar el sentido figurado por el literal y hacer una especie de *calembour* con la frase? El hombre que es capaz de echarle en cara la manquedad, adquirida en la gloriosa batalla de Lepanto, ¿se quedaría á corto en el negocio de su prision en España? ¿No buscaría y brujularía, y, en caso contrario, inventaría la causa ó motivo de esa prision para echársela en cara á su adversario? Si bien se mira, fué Avellaneda asaz de gentil y generoso en no sacar todo el partido que pudiera haber sacado del hecho de haberse escrito el *Quijote* en una cárcel. ¿Es que se entendieron ambos con señas ó medias palabras? ¿Es que sabía Avellaneda que Cervántes podía hablar con la frente erguida de una prision sufrida por sus opiniones religiosas? Tal es mi opinion, pero la sacrifico mientras pueda disponer de un palmo de terreno para explicar el pasaje segun sus propios méritos.

Podían figurarse los anotadores, biógrafos y críticos, que siendo Cervántes sabio y desgraciado, tendría envidiosos y enemigos por docenas. Y ¿quién, de los muchos que en la córte tuvo, interpretó literalmente el pasaje de que el *Quijote* se había engendrado en una cárcel? Ninguno. Por cierto que es suponer mucha longanimidad, generosidad y benevolencia en rivales escritores, que le envían un soneto anónimo lleno de insultos; que, como Villergas, Góngora y Lope de Vega, y acaso Quevedo, Montalvan, Medinilla, Andres Perez, Mateo Aleman y otros muchos andaban buscando cualquier desliz ú ocasion para zaherir y vilipendiar al coloso autor del *Quijote*,

no se aprovecharan de la coyuntura que él mismo les ofrecía, como quien dice, entrándose por la boca del lobo. No es de tal estofa la naturaleza humana, y Cervántes, que la conocía á fondo, no pudo, ni por soñacion, entregarse así en manos de sus enemigos, revelándoles un flaco á donde podían asestar sus malignos tiros. Cuando Cervántes, pues, habla de cárcel, ó es en sentido metafórico, ó cierto y seguro se hallaba de ocupar una posicion firme, al abrigo de cuantos ataques pudieran venir de sus émulos y adversarios. Concedamos que fray Andres Perez estaba iniciado en el secreto y la razon que movió á Cervántes á hacer esa mencion de *cárcel* en su prólogo en tono de honra y vanagloria, pues no es posible que nadie quiera herirse, lastimarse y afrentarse á sí mismo publicando lo que no le es honroso publicar; pero ¿y los otros? ¿Quién podía poner puertas al campo?

Examinemos ahora la cuestion bajo otro aspecto. Desprendámonos de la idea de que está hablando Cervántes, y figurémonos que es otro escritor dichoso y bienaventurado, y llevado siempre en alas de la fortuna.

¿Cuál es la idea envuelta en el principio del prólogo donde ocurre este pasaje? Muy satisfecho el autor de la bondad y excelencia del fruto de su ingenio, segun se deja ver por su estilo zumbon é irónico, comienza á notar sus faltas y á pedir la indulgencia de los lectores; mas recordando luégo que Benengeli es el primer padre, y él mero padrastro, se le importa un bledo de lo que de su hijastro puedan decir en contra ó en favor. Los motivos que le impulsan á demandar indulgencia son de una índole general, y áun podemos añadir absoluta. Cervántes establece que el hijo del entendimiento, en absoluto, debe ser gallardo y hermoso. Obsérvese bien que no dice de *mi* entendimiento. Desciende despues á causas de relacion, y desde luégo cita que su ingenio es estéril y mal cultivado, y que su hijo es seco, avellanado; lleno de pensamientos varios y no imaginados de otro alguno, «bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitacion.»

Si admitimos que la voz cárcel significa lugar penitenciario donde se cumple una condena judicial por un delito cometido,

debemos admitir irremediablemente que la estancia del escritor en ella fué temporal, y breve accidente en el curso de su vida. El influjo que estas circunstancias pasajeras pudieran ejercer en el entendimiento de Cervántes, nunca sería poderoso á trocar sus condiciones peculiares. Sabido es que las trabas y prisiones del cuerpo producen en el hombre superior mayor expansion y libertad del espíritu. Por de contado que aquí vamos discurrendo sobre fenómenos de la naturaleza espiritual del sér en el mismo terreno en que discurre Cervántes de una manera irónica, de tal suerte, que bien podemos decir que debe entenderse todo al reves de como lo asienta, pues ni su ingenio era mal cultivado ni estéril, ni su fruto es seco y avellanado, sino rozagante y robusto. Si el *Quijote* fué escrito en una prision, tendríamos en ese hecho la prueba más completa de lo contrario de cuanto asegura. Veríamos, más bien que un ánimo triste y melancólico, como especie de reactivo, y como compensacion en sus penalidades y desgracias buscó desahogo en sujetos agradables y cómicos, produciendo el libro de pasatiempo que más provoca á deleite á los lectores, bien así como los hombres atareados en graves negocios y agobiados en la atmósfera de la vida cortesana, gustan de escribir poemas donde pintan y celebran la sosegada y apacible de los campos. El argumento se vuelve contra Cervántes si se toma por lo serio todo ese pasaje. Si cada cosa engendra su semejante en sentido absoluto, el libro del *Quijote* supone, no un ingenio estéril, sino fecundísimo, y léjos de mal cultivado, laborado con la perfeccion más exquisita, y si á lo sabroso y cómico de su lectura vamos, no la incomodidad y el triste ruido, sino Apolo, las nueve musas y las tres gracias presidieron á su composicion. Es verdad que el *Quijote* tiene dos fases completas cuanto distintas, y cabalmente mi comentario se ha relacionado más con la severa, profunda y melancólica que hace pensar, que con la regocijada y alegre que hace reir, y en esta parte pudo Cervántes haber tenido en las mientes la sustancia á fondo más presente que la corteza ó forma; pero aún así, ni el lugar donde se engendró, ni el ingenio que lo parió dejaron de ser los más favorables para la produccion, cual lo mostró el suceso.

La prueba de que la palabra *cárcel* la usó figuradamente, está en que de entenderla en sentido de *prision*, el contraste ó el término antinómico que sigue inmediatamente, parece que debiera haber sido el de *libertad*, que es el contrario en el orden de las ideas. Lo opuesto de la cárcel, no es el «sosiego.» Infinidad de hombres libres no viven sosegados. Lo opuesto de cárcel como *prision*, no es tampoco «el lugar apacible.» Se vive en libertad en hartos desapacibles lugares, tal vez peores que la cárcel. Tampoco es «la amenidad de los campos,» ni «la serenidad de los rios,» ni «el murmurar de las fuentes,» goces y delicias de que están privados en las ciudades infinitos seres dueños de su libertad. Todos esos requisitos que Cervantes menciona, como partes «para que las musas más estériles se muestren fecundas,» son como contrarios bienes á los males que se sufren en las córtes y debían sufrirse más especialmente en Madrid, donde probablemente escribía Cervantes. Sosiego, por ejemplo, era entónces, como es ahora, escusado el buscarle. Lugar apacible es clase de goce de que no disfrutaron ni disfrutarán los habitantes de la córte española, mientras exista entre el altillo de San Blas y el Campo del Moro. Amenidad de los campos está por lo ménos negada á los que circundan á Madrid. Serenidad de los cielos habría que buscarla muy léjos de la Península y aún de Europa, y por último, en punto á murmurar, bastante se murmura, pero desgraciadamente no por quien deseaba Cervantes, que probablemente sin las aguas del Lozoya hartos de seco y huérfano de fuentes estaría Madrid. ¿Y quién puede decir que hubiese quietud del espíritu, en especial para el desdichado autor?

No fué nuevo entónces el comparar las córtes á una cárcel, y Madrid era pintiparado para traer esa comparacion á las mientes de quien viajando por la hermosa Italia había visitado la poética Nápoles, la suntuosa Florencia, la incomparable Roma, la bien asentada Palermo, la magnífica Milan y la alegre y rica Venecia como con estos calificativos las nombra al evocar sus recuerdos en una de sus novelas. Lóbrega y triste llamaba á su posada, que aún lo es hoy, á pesar del progreso urbano en Madrid; verdadera cárcel, «donde toda incomodidad *tendría* su asiento y todo triste ruido *haría* su habitacion,»

cual es propio en la pobre morada del desdichado, cuando llega á ser anciano y desvalido. ¿Quién duda de que debió parecer cárcel y cárcel lúgubre la córte de Madrid y aún la misma España á un forzado divino cual lo es el genio, que abarcándolo todo, todo se escapaba de sus manos, y como preso, recibía una mísera pitanza para sustentar más que su cuerpo el terrible peso de sus desventuras y aislamiento?

En aquella misma época, tal vez en los mismos dias en que esa expresion se deslizaba de la pluma de Cervántes, otro genio colosal, Shakspeare, escribía tambien en su obra maestra *Hamlet*:

HAMLET. Decidme, caros amigos, ¿qué habeis hecho á la fortuna para que os envíe á esta *cárcel*?

GUILDESTERN. ¿*Cárcel*, Monseñor?

HAMLET. La Dinamarca es una *prision*.

ROSENCRANTZ. Entónces el mundo es otra.

HAMLET. Sí, una vastísima *cárcel* que comprende un sin número de celdas y calabozos, entre los cuales el peor de todos es Dinamarca.

ROSENCRANTZ. No somos de ese parecer, Monseñor.

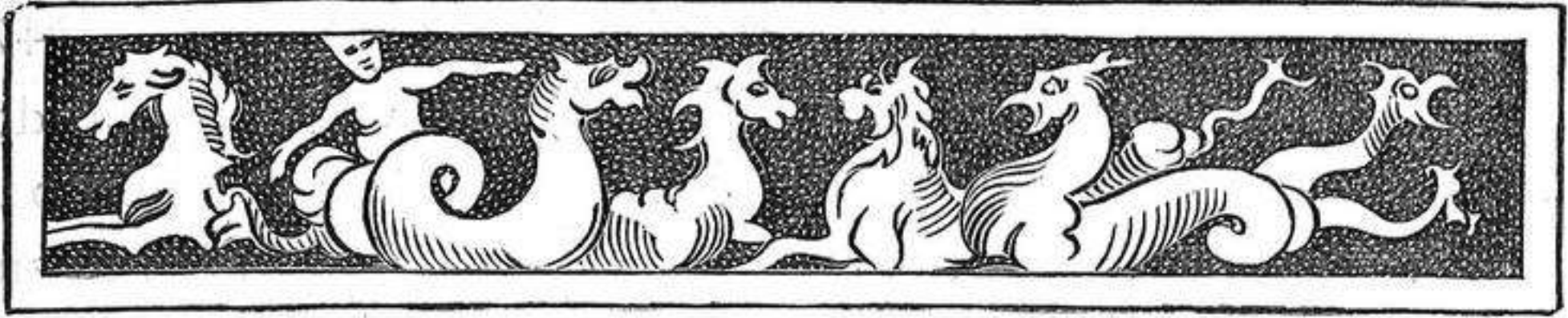
HAMLET. Segun eso, Dinamarca no es una *cárcel* para vosotros; porque el bien y el mal no existe para nosotros sino en tanto que los juzgamos tales. Para mí es una *cárcel*.

ROSENCRANTZ. Vuestra ambicion es lo que os hace una *cárcel* de Dinamarca. Vuestra alma no cabe en ella.

Ya he notado en mis estudios sobre analogías y diferencias entre Cervántes y Shakspeare, la gran paridad de pensamientos existente entre estos dos genios colosales, y no es la ménos notable esta de llamar cárcel ó prision las córtes y el planeta mismo en que vivimos. Si otros poetas y escritores (como Rosencrantz) no fueron de *ese parecer*, Cervántes (como *Hamlet*), tenía razones para diferir del preopinante, y pudo muy bien ser estrecha para su alma, no ya la córte de Madrid, sino la España y el mundo entero.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.





ANÁLISIS Y ENSAYOS.

J. Michelet. L'Étudiant.—Cours de 1847-1848. Paris. Calmann Levy. 1877.

La vida de Michelet y su obra social histórica y literaria que tanto ha influido ya y ha de influir todavía en el espíritu público, divídese en dos grandes períodos. Independientemente de otros libros ménos importantes caracterizan al primero, la traducción de la *Ciencia nueva* de Vico, la *Introducción á la Historia universal*, los *Orígenes del derecho* y los seis primeros tomos de la *Historia de Francia*, acaso los más bellos que en toda su vida escribió. La segunda nos muestra al grande historiador en íntima comunión con los ideales y las pasiones de su tiempo. Este período es aquel en que creyéndose llamado á ser el apóstol de la filosofía y de la libertad empezó á dar á sus lecciones y escritos el carácter eminentemente trascendental que es por ventura el que le ha asegurado inmensa popularidad. *Los Jesuitas*, obra que contiene lecciones suyas y de Quinet, *El sacerdote*, *El pueblo*, *La Historia de la Revolución francesa* y todo lo que despues escribió, caracterizan sin duda á esta segunda y laboriosísima época. Hemos contraído tiempo ha con nuestros lectores y algunos han tenido por cierto la bondad de recordárnoslo, el compromiso de publicar en estas páginas un ensayo biográfico-crítico consagrado á la esclarecida memoria del hombre ilustre en quien nos ocupamos. Ese ensayo, cuya primera idea nació de un impulso del corazón aparecerá en su día; aparecerá, mejor dicho, cuando Dios quiera dar al autor algunas horas de paz y de recogimiento para concluirlo.

No hemos querido, sin embargo, dejar que pasara para nuestros lectores inadvertida la reimpression del curso que con el título que he

mos transcrito al frente de estos apuntes, se ha dado recientemente á la estampa en la librería de Calmann Levy.

Ese curso señala el momento álgido de la crisis que experimentó Michelet, y que varió para siempre el curso de su vida y de sus estudios. La lucha empeñada desde la cátedra del Colegio de Francia contra el espíritu clerical, los transportes de un amor ilimitado al pueblo, que respondía en el alma de Michelet á los recuerdos de su ruda y menesterosa infancia, al par que á las convicciones más arraigadas de su edad madura, las obras nacidas de este profundo sentido democrático, y, por último, el primer tomo de su épica historia de la revolución, ese poema en que el protagonista es el pueblo, ante el cual nada ó muy poco son para el historiador el genio, el valor y la elocuencia de los individuos, precedían y preparaban las lecciones de que vamos á tratar, y que son acaso de tanto interés para el biógrafo como para el crítico que quiera considerarlas.

El curso de 1847-48 no aparece ahora por primera vez. Dióse á la estampa, por Chamerot, en ocho entregas en 8.º el mismo año de 1848. En una advertencia, fecha 18 de Diciembre de 1847, léense las siguientes palabras.

«M. Michelet se ha negado constantemente ántes de ahora á publicar sus lecciones. Sólo en una ocasión, en 1843, decidiéronle las necesidades de la polémica á publicar algunas (1).»

»Muchas veces lo ha dicho: «La palabra es la palabra; dejémosla cual es, según su naturaleza *palabra alada*, como dice Homero. Pierde demasiado cuando se le cortan las alas.»

• • • • •
 »Ha sido necesario nada ménos que el gravísimo estado moral del año de 1847, el estado incierto y enfermizo en que vemos á muchos espíritus, para decidir el ánimo del profesor á separarse de la regla que se había impuesto y á publicar sus lecciones.»

Dice un escritor juiciosísimo, M. Gabriel Monod, que Michelet tuvo una idea equivocada de la misión que estaba llamado á cumplir en la cátedra del Colegio de Francia, que la transformó en una tribuna, y que cuidó ménos de instruir á la juventud que de entusiasmarla (2). Las lecciones que abraza el curso en que nos ocupamos tienen mucho de lo que dice M. Monod. No son, propiamente hablando, lecciones, sino discursos. ¡Cuánta doctrina hay, sin embargo, en ellas, cuántas y cuán generosas inspiraciones descúbrense á cada instante en sus elocuentísimas páginas! Doce son, en resúmen, entre las que el orador pudo pronunciar, y las que se limitó á imprimir, obligado por circunstancias independientes de su voluntad.

(1) El autor se refiere á las contenidas en el tomo siguiente: *Des Jésuites*, par J. Michelet et E. Quinet.—Paris, Hachette; Paulin in 8.º et in 18.

(2) G. Monod.—*J. Michelet*, pág. 9.

Este curso fué, en efecto interrumpido por orden del Gobierno el 2 de Enero de 1848. Refiere Michelet que el mismo día en que pronunció su primera lección dijo al entrar en la cátedra, viéndola más agitada que de ordinario: «Descubro en el auditorio varias personas interesadas en comprometer el curso.» Abrigaba, pues, un temor justificadísimo que muy pronto iban á confirmar los sucesos. La reacción avanzaba sin cesar y el espíritu suspicaz que la animaba reclamó una mordaza para el elocuente profesor. Sus amigos queridos, los compañeros de su apostolado universitario, Quinet y Mickiewickz, habían tenido ya que enmudecer. El domingo 2 de Enero de 1848 supo Michelet la suspensión del curso en que tantas esperanzas cifraba por un oficio del administrador del colegio de Francia, al cual remitió una larga contestación que insertaron los periódicos y fué leída con grande interés. Esta contestación era una elocuentísima protesta en la cual el profesor atropellado hacía constar que ninguna provocación había venido por su parte á poner en peligro la continuación de la enseñanza á que dedicaba sus fuerzas. Dos párrafos hay en esta protesta que sin duda verán con gusto nuestros lectores, aquellos particularmente que sientan algún amor por el hombre de genio y de bien que los escribió.

«¿A qué buscar ó inventar pretextos? ¿A qué empeñarse en revestir con el aspecto de un caso fortuito, un acto que es en realidad el último término de una progresión regular y prevista? De Mickiewickz á Quinet y de Quinet á mí, es un golpe de Estado en tres golpes. Mickiewickz había encendido una antorcha para Europa, fundaba el consorcio de los pueblos civilizados y bárbaros, de Francia y de los eslavos. Quinet revelaba la profunda unidad de las cuestiones literarias, políticas y religiosas, idénticas en el hogar del alma. Yo había empezado, por mi parte, en la cátedra de moral y de historia una obra moral por excelencia y que me atrevo á calificar de *humana*, ocupándome en el asunto más propio de nuestro tiempo: la *unidad moral y social*; pacificando, en cuanto á mí tocaba, la guerra de clases que nos trabaja sordamente, destruyendo barreras más aparentes que reales, pero que separan y hacen hostiles unas á otras esas clases cuyos intereses no son realmente opuestos.....

.....

Ciérrese ahora esta cátedra mientras se erigen otras para los enemigos del pensamiento; no por eso habrá dejado de enseñar y difundir con el genio de mis amigos y con mi firme y sincera voluntad, debo hacerme esta justicia, un espíritu de nueva unidad que no ha de perecer en lo porvenir.»

Las escuelas protestaron con moderación, y el 6 de Enero mil quinientas personas acudieron á casa del profesor á manifestarle el sentimiento con que se veían obligadas á no escuchar más, durante aquel año al ménos, la voz que las ilustraba y conmovía. Michelet estaba ausente y no pudo recibirlas; pero al día siguiente les contestó en

una carta elocuente, sentida, profunda, en que, reseñando todos sus trabajos anteriores, mostraba la unidad que á todos presidía en el pensamiento del autor, y declaraba en frases sencillas y conmovedoras el grande espíritu de amor y de verdad en que se inspiraban.

Unidad moral y social : Esta es, en efecto, la mejor divisa y el resumen mejor de las lecciones que acaban de reimprimirse. En la primera el orador hace notar la profunda division social existente entre los hombres ilustrados y los que carecen de cultura. Pregúntase despues si la literatura de nuestro tiempo es popular, y declara que no. La unidad nacional se exagera mucho, á su juicio, pues en lugar de ser la accion enérgica y profunda de un mismo espíritu, no es más que la aparente y formal centralizacion que rige en las leyes. Las grandes fuerzas de unidad ¿son, por ventura, eficaces? La prensa, el teatro, que el autor muestra en contradiccion profunda con el de los antiguos, no alcanzan á la generalidad, no llegan al alma del pueblo, no logran realizar la unidad de los espíritus. La renovacion de las sociedades debe cumplirse, y se cumplirá uniéndolos. El agente, el mediador de la vida social, es el jóven. Trata la segunda leccion de las relaciones que existen y las que deben existir entre la juventud y el pueblo trazando primero el autor un cuadro sobrio y sentido del divorcio social que se cumple en la literatura y la lengua á partir de la Edad Media. La revolucion crea en cambio una leyenda que une todos los corazones en el culto de los mismos recuerdos, de las mismas glorias é idénticas vicisitudes.

El orador describe el carácter eminentemente abstracto de la educacion que recibe el jóven estudiante. Cuando éste ha emprendido ya estudios especiales, y ha abrazado una profesion; ¡cuán grande es su tristeza, su soledad y aislamiento! El corazon necesita emociones y él no sabe dárselas : está falto del concurso eficaz de la vida, que es accion, sentimiento, pasiones. Si pudiese entrar en una comunicacion activa con el pueblo, ¡cuánto se ensancharían sus horizontes, y se completaría su inteligencia, realizando al mismo tiempo una grande obra social! Una educacion artificialísima que sulitiza la inteligencia con menoscabo de las facultades propias para la accion, hace de cada cual un hombre á medias, mitad especulativa que para completarlo aguarda la otra, la del instinto y la accion. El divorcio social que hace dos naciones de una, esterilizando á entrambas, no es ménos sorprendente si se examina en lo incompleto, en lo impotente de las almas y de todo espíritu. En la tercera leccion el orador ensalza las excelencias del *carácter* y hace notar cuán raro es este al reves del talento que es asaz comun. Nadie, segun el orador, ama sinceramente la igualdad. Aun en el seno de la familia hay desigualdades profundas y no se quiere atender al instinto de los séres débiles. Las ciencias morales que no pueden prever sino muy imperfectamente lo porvenir, dícnos con esta limitacion que sobre ellas pesa la atencion con que es bien que oigamos la voz de los que pa-

decen y *crecen*. «Señores: cuando buscamos juntos el porvenir, ese porvenir que ninguna ciencia humana puede revelarnos, sabemos siquiera adonde es preciso que convirtamos atento oído. ¿Quién crece? El niño. ¿Quién suspira? La mujer. ¿Quién siente aspiraciones y tiene que subir? El pueblo. Ahí es donde debemos buscar el porvenir.»

Sobrevino despues de esta conferencia la forzada suspension del curso. Michelet lo continuó por escrito. La primera leccion que hubo de dar en esta forma está consagrada á recomendar el sentimiento de la igualdad; encarece en la siguiente los males que se siguen para la juventud, del desaliento y dispersion de fuerzas á que la solicitan grandes desengaños y un equivocado sentido social, ensalza luego la fe revolucionaria combatida en las almas de los hijos del pueblo por tantas supersticiones y tantos manejos subterráneos; habla despues de la fuerza incontrastable de la leyenda revolucionaria y de la necesidad de ofrecerla constantemente por medio de adecuadas representaciones y sencillos relatos á todos los hombres y defiende luego el principio de que la ley debe emanar de todos, completando esta leccion con otra, en que se ocupa del fundamento del derecho, segun el concepto que acabamos de expresar. Trató en la siguiente de la educacion nacional con ideas muy nuevas y originales.

Sobreviene en tanto la revolucion y el profesor vuelve á su cátedra. El 6 de Marzo dirige una alocucion á las escuelas en que dice haber visto en ejercicio la mision de la juventud tal como él la enseñaba; como mediacion y vínculo de fraternidad social y termina con elocuentes votos por la fraternidad de los pueblos. Al 1.º de Abril corresponde la última leccion. En ella afirma Michelet el carácter religioso de la revolucion, reseña el curso de aquellos de sus trabajos que á este sentido obedecen, proclama el triunfo de la fraternidad con la aparicion de un nuevo espíritu, y dice los medios necesarios á su juicio para conservar en accion estas heróicas tradiciones.

El tomo que tenemos á la vista contiene ademas un apéndice en que figuran varias cartas, una dirigida al ministro de Instruccion pública, en que el autor declara su propósito de seguir siendo historiador y no abandonar la obra de contar la historia de la Revolucion; otra á los miembros del gobierno provisional sobre los condenados y refugiados políticos; otra al director de *La Reforma*, adhiriéndose el autor á la *Asociacion europea en favor de los polacos*; otra á la *Dieta helvética* que contiene una felicitacion y excitaciones á que iguale aquella con su justicia su clemencia y otra al rey de Prusia intercediendo, junto con Quinet como en la anterior, á favor de los polacos condenados por los tribunales prusianos.

El alma entusiasta, tiernísima, apasionadaa y poética de Michelet, se ha expresado pocas veces con tanta espontaneidad como en estas lecciones. Siempre hemos creido que las ideas igualitarias cuya exa-

geracion ha sido en la Europa latina tan funesta para la libertad, se revestian en los libros y en el pensamiento de Michelet con caracteres excepcionales. Un profundo amor al género humano, una compasion inagotable para con los que padecen y lloran, un deseo ferviente y noblísimo de unir á todos los hombres bajo las inspiraciones de la verdad y del amor, el culto de la patria unido al de la humanidad, el recuerdo apasionado de las grandes federaciones de la época revolucionaria en que un impulso misterioso, inexplicable, divino congregaba á los hombres al pié de un mismo altar y en defensa de una misma fe ; la exaltacion del sentimiento nacional que buscaba la regeneracion definitiva del país en que nació el autor por los medios con que fué iniciada en los tiempos heróicos de la revolucion; la nerviosa sensibilidad de una naturaleza eminentemente afectiva que convertía en sentimientos todas las ideas y en un culto todos los grandes recuerdos : la profunda tristeza de un corazon que había vivido en la intimidad del pasado y recibido los golpes de cuantos desengaños han oscurecido la conciencia de los hombres, de un historiador que ha aclamado, protestado, querido, luchado y padecido con todas las generaciones cuya historia contaba ; la nobilísima ingenuidad del hombre de clase inferior, que sube la escala de la vida con el auxilio único de sus propias fuerzas, y que al llegar á lo alto, en vez de desvanecerse al mirar hácia abajo, siente un inmenso dolor al ver la muchedumbre que sigue en lo profundo rodeada de sombras, perdida en la inmensidad de su ignorancia y miseria : tales son las ideas y sentimientos á que obedecen sin duda la concepcion y desempeño de las lecciones en que nos hemos ocupado.

Nuestros lectores hallarán sin duda ninguna en ellas muchos puntos dudosos y no pocas exageraciones. Hallarán, sin embargo, algo que compensa todos esos defectos y resume muchas grandes cualidades : el profundo sentimiento de la libertad, un culto fervoroso á la razon y sobre todo un amor inagotable, sublime al género humano.

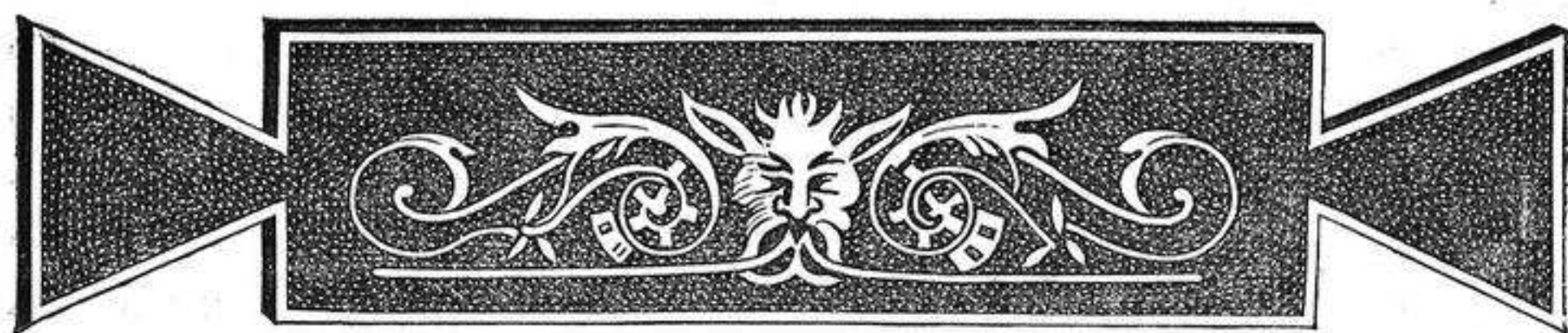
Muchas veces hemos oido decir todos sus admiradores que la elocuencia de Michelet arrebatava y conmovía poderosamente al auditorio que acudía á oír sus lecciones y que la tribuna académica de Francia cuenta al ilustre historiador como uno de sus más ilustres representantes. Difícil es que un extranjero pueda formar idea de esta superioridad oratoria. La resistencia del profesor á imprimír sus lecciones, salvo en algunos casos contribuye grandemente á que sea notable esta dificultad. Trataremos, sin embargo, de dar alguna idea de este talento para persuadir, segun resulta de las lecciones que tenemos á la vista. Llama en ellas primeramente la atencion el tono sencillo y sentencioso de la frase. Hay en los discursos de Michelet una espontaneidad tan grande que parecen más bien confidencias y disertaciones familiares de un hombre de corazon. En vano buscareis períodos rotundos, tribunicios, arrogantes. No se explican por eso facilmente el entusiasmo causado por la palabra de Michelet los que

no se fijan mucho en la intencion de la frase ni calculan luego lo que debia ser en labios de un hombre tan apasionado y sincero. Aquellos párrafos cortos, aquellas sentencias profundas pero sencillísimas en la forma y que no parecen al pronto otra cosa que gritos de un alma consagrada á la causa del pueblo; aquellos ejemplos sacados de la vida diaria ó de los personajes históricos en que la ingenuidad del corazon es su principal título de gloria como Latour d'Auvergne *el primer granadero de Francia* ó en los cuales se admira sobre todo la entereza del caracter, tales como, por ejemplo, Gregoire, ó en quienes el orador busca detalles íntimos que revelen alguna enfermedad del alma á cuya curacion consagra su elocuencia, como le sucede con el grande é infortunado pintor Geri-cault : aquellas confianzas rápidas é inesperadas por medio de las cuales parece que el orador asocia sus recuerdos, su vida, su sér á la doctrina que está predicando, aquel calor interno inagotable que hace de cada palabra un eco del corazon, de cada período una poesía ; aquella tristeza que nace del amor á los débiles, á los ignorantes, á los desgraciados y que inspira al que habla la consideracion de las desdichas públicas y privadas que rugen como un volcan en el fondo de la historia, son los dones, cualidades, recursos y aptitudes que unidos al secreto de la verdadera elocuencia, á la facultad innata de llegar con la palabra al fondo del alma humana y que no se adquiere con reglas sábias ni con lecturas eruditas, nos hacen leer las lecciones de Michelet con la misma emocion que experimentaron sin duda todos aquellos á quienes fué dado escucharlas.

Otro orador que por aquellos tiempos deslumbraba tambien á su auditorio con los esplendores de la poesía unidos á la fascinacion especial de la elocuencia, el grande é inspiradísimo Lamartine, tenía sin duda sobre Michelet la superioridad de la forma y el vuelo más impetuoso de su inspiracion. Leyendo los discursos de Michelet se encuentra, sin embargo, algo que no tuvo ninguno de sus contemporáneos : el encanto singularísimo de un grande historiador á quien el espectáculo de la larga y dolorosa peregrinacion del género humano trae con lágrimas en los ojos al campo de la poesía por el camino de la oratoria para que tengan mayor eficacia social sus admirables y humanitarias doctrinas.

RAFAEL MONTORO.





CORRESPONDENCIA DE PARIS

21 de Setiembre de 1877.

M. THIERS

De qué he de hablaros hoy sino del gran ciudadano, del hombre ilustre que Francia acaba de perder y al que en mucho tiempo no reemplazará? Alguna parte de nuestra gloria nacional ha desaparecido desde que M. Thiers no existe, y no es nuestro país el único que ha perdido con esta muerte. ¿Por ventura no honran á toda la humanidad los grandes hombres cuya inteligencia á todos aprovecha? ¿No tenía razon aquel anciano que los llamaba conciudadanos del universo?

El papel de M. Thiers en estos últimos años fué político ante todo. No necesito recordaros en qué estado encontró á Francia en 1871 y lo que hizo por ella. Despues de firmada la paz más dolorosa, supo vencer una insurreccion formidable, restablecer el orden interior, rehacer nuestro ejército, levantar nuestro crédito y libertar el territorio. Tambien sabeis cómo despues de prestar estos servicios cayó el 24 de Mayo de 1873, ante la coalicion de los partidos monárquicos, por haberse negado á asociarse á las empresas de éstos contra la República, y haber declarado que, á su juicio, la República era en Francia, de aquí en adelante, el gobierno necesario. Acaba de morir en el mismo año en que se juega entre nosotros la partida suprema

entre la República y sus enemigos, en vísperas de las elecciones generales, en el momento en que su nombre ilustre servía de punto de reunion á todos los partidarios de la causa liberal, desde los más moderados hasta los más avanzados. Ha muerto de más de ochenta años, y sin embargo su muerte ha asombrado á todos; ¡tan lleno de vida y juventud se mantuvo hasta sus últimos días, y tan seguro parecía que era aún suyo el porvenir! El partido republicano ha sufrido una pérdida inmensa; bien lo conocen amigos y adversarios. Ya sabeis qué admirables funerales han hecho sus compatriotas á M. Thiers despues que su viuda rechazó las exequias oficiales decretadas por los mismos que lo derribaron hace cuatro años. Un millón de franceses, formados en los boulevares, han saludado sus restos mortales, sin que se haya lanzado un grito imprudente ni producido un desórden, siquiera fuera accidental. M. Thiers deja entre sus papeles el texto del Manifiesto que había preparado para las próximas elecciones. Este Manifiesto debe publicarse; y sin que yo pretenda juzgar aquí la proclama que acaba de dirigir al pueblo francés el mariscal Mac-Mahon, lícito es decir que la Francia entera escuchará con profundo respeto el Manifiesto de M. Thiers, esa voz que sale de su tumba y que es su testamento político.

Otros expondrán y juzgarán la obra política de M. Thiers. Vuestro corresponsal es un corresponsal literario y de la obra literaria de M. Thiers es de la que quiero hablaros brevemente.

En 1797 nació en Marsella aquel hombrecillo, aquel *burguesillo*, cuyo destino debía ser tan alto y que tan gran papel debía representar en el mundo durante sesenta años. Su padre había sido en la época del terror escribano del tribunal revolucionario de Marsella; ya veis que el que había de escribir la *Historia de la Revolucion* era hijo verdadero de ésta y tenía en las venas sangre jacobina. Despues del 9 de Termidor, durante la reaccion que siguió á la caída de Robespierre, el escribano del tribunal revolucionario tuvo que esconderse. Halló un refugio en una familia legitimista de Marsella, la familia Amic; la niña de la casa se enamoró del proscrito, y de esta union nació Adolfo Thiers. Cuando vino al mundo, su padre ya se habia marchado de Francia, pasando á Italia, y de allí, segun creo, á España; y no volvió á su patria hasta muchos años despues. Hasta qué punto fué regular su union con la señorita Amic es cosa que no sé decir. Él era casado y se asegura que su primera mujer vivía todavía. De aquel primer matrimonio habían nacido tres hijos, un niño y dos niñas que, segun se dice, no han dejado de dar despues algunos disgustos á su célebre hermano.

Adolfo Thiers hizo sus estudios en el colegio de Marsella en calidad de alumno pensionado, y se distinguió allí. Dícese que interrogado acerca de él, uno de sus profesores, dijo que era un alumno brillante, pero tambien un *insignis nebulo*. Desconozco la traduccion española de esta frase; pero en francés se traduciría bastante bien:

fiéffé polisson (1). Imagínome, en efecto, que el jóven Adolfo Thiers debía distinguirse en los bancos del colegio por sus muchas diabluras, y en caso necesario, por muchas respuestas impertinentes, y que entre los premios que mereciera, rara vez debió figurar el de formalidad. Nadie es tan vivo ni tiene tanto ingenio, sin ser probablemente indócil y algo diabólico. Siempre ha tenido M. Thiers algo de pillete y no seré yo quien por ello le acuse. Las personas que no tienen algo de eso en el fondo del alma, pronto se hacen con la edad solemnnes y estiradas. A M. Thiers siempre le ha gustado reir, nunca ha puesto en su rostro la máscara de la gravedad, y á su alegría ha debido el ser siempre jóven y de su tiempo. Era un verdadero francés (y francés del Mediodia), un hijo verdadero de la raza latina que, en su cualidad de provenzal, tenía en sus venas algunas gotas de sangre griega.

En 1815 salió del colegio y fué á Aix á estudiar derecho. Tuvo allí por condiscípulo á M. Mignet, bien conocido en España, que le llevaba un año, y estaba destinado tambien á una gloriosa carrera. Allí comenzó aquella larga amistad que sólo la muerte debía romper.

Muchas veces se ha referido la jugarreta con que se dió á conocer durante su estancia en Aix, el malicioso alumno del colegio de Marsella, que tantas otras debía hacer más tarde. La Academia de Aix sacó á concurso un *Elogio de Vauvenargues*, y el jóven Thiers se presentó al certámen. Su discurso era el mejor y había que darle el premio; pero el estudiante Thiers pertenecía á la juventud liberal; transcurrían por entónces los primeros años de la Restauracion y la Academia de Aix era muy realista. ¡Pase el dar el *accésit* á un jacobino, pero el premio jamás! Los académicos de Aix idearon prolongar el concurso hasta el año siguiente. ¿Qué hace al saberlo el jóven Thiers? Compone otro discurso, se lo hace copiar á un amigo, lo envía á Paris, y de allí lo hace mandar de nuevo á Aix. Y hé aquí cómo se halló, al romper los sobres en que estaban encerrados los nombres, que el estudiante Thiers se llevaba el *accésit* y el premio.

A un jóven dotado á la vez de tanto talento y de tanta habilidad correspondía una escena más vasta. Hacia 1820, pobre en dinero, pero rico en esperanzas y ambiciones, Adolfo Thiers llegó á Paris. Manejaba demasiado bien la pluma para que se contentara con llegar á ser un brillante abogado, y la política le atraía. Se hizo periodista, y pronto entró en *El Constitucional*, el gran periódico liberal de la época de la Restauracion (¡cuánto ha cambiado despues!), tomando puesto muy luégo entre sus más valientes redactores. En los intervalos que le dejaba la política hacía tambien críticas artísticas; él fué quien se ocupó en *El Constitucional* de las Exposiciones de

(1) En español *un pillo de primera, un tunante de marca*.—(N. del T.)

Bellas Artes de 1822 y 1824, poniéndose resueltamente de parte de Delacroix, que empezaba entónces y escandalizaba á los clásicos.

Aspiraba, sin embargo, á ser algo más que crítico y polemista. Desde 1823 había comenzado su gran obra: la *Historia de la Revolución*, y en cinco años la terminó. Otras muchas historias de la Revolución han venido despues, y por efecto de la reaccion que naturalmente sigue á todo gran éxito, se han dirigido muchas severas críticas á la primer obra de M. Thiers. Hay que advertir dos cosas, sin embargo: es la una, que la historia de M. Thiers fué la que vino primero; la otra, que todas las críticas formuladas contra ella no han impedido que se siga leyendo. Ciertamente que más de un error ha sido rectificado, y más de un punto oscuro aclarado, ó por las indagaciones de los eruditos, ó por la publicacion de Memorias que M. Thiers no había podido conocer; pero hay que convenir en que esta primera obra encerraba una parte de trabajo considerable, paciente y concienzudo. La mayoría de los relatos de M. Thiers subsiste, como la mayor parte de sus juicios. Los que han venido despues, y lo han hecho mejor, han sido en muchos puntos ayudados por él, que no lo fué por nadie, y aún hoy mismo, ningun libro mejor que éste puede ponerse en manos de los que deseen conocer, respecto á aquella época, el conjunto de los hechos, examinar el juego de los partidos, seguir á la vez los movimientos políticos, rentísticos y militares de aquellos diez años, en que, segun la frase de un convencional, Francia no cesó «de tener fiebre.»

Miéntas tanto se operaba la lucha entre la Restauracion y la oposicion liberal. Despues de las elecciones de 1830, el rey contestó con las famosas Ordenanzas á la manifestacion del país, y á éstas respondió á su vez la protesta de los periodistas. M. Thiers la había redactado, y fué el primero que la firmó. Tres dias despues la monarquía legítima no existía; Cárlos X tomaba el camino del destierro, y Luis Felipe le sucedía bien pronto.

La carrera de periodista de M. Thiers estaba terminada. Consejero de Estado, diputado, secretario general del Ministerio, y muy pronto ministro á los 35 años, salía de la prensa para entrar en la política militante, mostrándose en la tribuna tan vivo de palabra como lo fué de pluma. Cuéntase que la primera vez que habló en la Cámara se turbó, y (como se dice de los malos nadadores) *se chapuzó*. Pero tratando de tranquilizarle sus amigos acerca del efecto producido, contestó sonriendo: «Estad tranquilos, que ya tomaré la revancha;» y ya sabeis si la ha tomado.

Ni su corta estatura, ni sus anteojos, ni su voz atiplada y desagradable al oido, impidieron que fuese muy pronto uno de los oradores más escuchados por la Cámara. No era precisamente lo que se llama un orador, pues no buscaba los grandes efectos de la tribuna, no era pomposo ni solemne, apénas se cuidaba de conmover, y no de-

seaba que le llamasen elocuente; pero era, á no dudarlo, el *causeur* (1) más despierto, más flexible y más ingenioso que puede darse; siempre claro y preciso; hablando de todas las cosas con desembarazo y conocimiento de causa; constantemente convencido de que tenía razón, y pidiendo sólo á sus oyentes que le dejaran probárselo. Llegaba un momento en que todos se sentían fascinados, deslumbrados por aquel espíritu tan expedito, tan francés, tan fecundo en recursos; encantaba verdaderamente. Tenía entónces por émulos hombres como Odilon Barrot, Guizot, Garnier Pagés, Lamartine, Berryer, y ocupaba su puesto al lado de ellos, compensando con las cualidades intelectuales todas las ventajas físicas que la naturaleza le había negado.

En estos últimos años, tanto en los que precedieron como en los que siguieron al fin del Imperio, todos hemos visto muchas veces á M. Thiers en la tribuna, ó al ménos hemos leído sus discursos. Tenía ahora la autoridad de medio siglo de gloria que llevaba consigo; y se le escuchaba con respeto y hasta con deferencia hácia sus preocupaciones. Seguía siendo al hablar tal como nuestros mayores le habían conocido: siempre jóven, vivo, chispeante, mezclando la bondad con la malicia, sazonando con anécdotas, ocurrencias y agradables digresiones las maravillosas exposiciones que se complacía en hacer; admirando ménos por la profundidad de sus miras que por la habilidad con que coordinaba las ideas, aclaraba las dificultades y desenmascaraba los sofismas, pensando muchas veces lo que pensaba todo el mundo, pero ayudando á cada uno á ver claro dentro de sí mismo; orador de Atenas más que de Roma, discípulo de Lysias más que de Ciceron. Dos ó tres veces únicamente, bajo la impresion de alguna circunstancia grave, al hombre de chispa y de razón, que sólo por ésta se excitaba, se unía en él el hombre conmovido. Así sucedió, por ejemplo, el dia en que trató de oponerse en el Cuerpo legislativo á la insensata declaracion de guerra á Prusia; así tambien cuando las cuestiones patrióticas se agitaron en la Asamblea Nacional, y finalmente, cuando el 24 de Mayo de 1873, en el momento mismo en que iba á ser derribado, pronunció su último discurso. En aquellos dias, M. Thiers, sin esforzar la voz, y sólo mediante la sinceridad del sentimiento interior, se elevó hasta la elocuencia más alta.

En 1836 M. Thiers era Ministro y miembro de la Academia francesa; pero la política, áun siendo activa, no bastaba á ocupar su tiempo, y él no creía haber hecho bastante por la gloria literaria de su nombre. Desde su juventud había resuelto escribir la historia de aquella epopeya imperial en que se mezclaban deslumbradoras gran-

(1) En nuestra lengua no hay palabra que equiyalga á ésta y exprese, como ella, el hombre que sabe conversar con ingenio y amenidad.

(N. del T.)

dezas con trágicos desastres, que se había realizado durante su infancia y cuyos ecos resonaban hasta en el colegio. Para prepararse había comenzado por la historia de la Revolución. En medio de todas sus ocupaciones reunía los materiales de la historia del Consulado y del Imperio, interrogando á todos los hombres de aquella grande época que sobrevivían : ministros, generales, hacendistas, administradores. Antes de escribir la historia era preciso haber acabado la información, leído todo, manejado todo, y todo compulsado, desde los testimonios del extranjero hasta los despachos secretos de nuestros archivos. En el momento en que llegaba á los cuarenta años, cuando había aprendido gobernando lo que es gobierno, fortificado por el estudio y la experiencia, por el conocimiento de los hombres y de las cosas, y en posesion de todo su vigor de espíritu y de todos sus talentos literarios, fué cuando M. Thiers comenzó ese prodigioso trabajo : la *Historia del Consulado y del Imperio*. Los dos primeros tomos se publicaron poco despues de 1840; el vigésimo y último en 1862. A través de mil vicisitudes de la política, de revoluciones, de intrigas, de golpes de Estado, el historiador prosiguió la empresa y supo llevarla á feliz término.

Quisiera tener tiempo para detenerme largamente en el exámen de esta obra. No sólo quedará como el gran título de gloria literaria de su autor, sino como uno de los monumentos de nuestro siglo, digno de compararse con las más memorables obras históricas de todas las edades. En un célebre prólogo puesto al frente del tomo décimo, M. Thiers ha dicho lo que debía ser el genio del historiador, y lo que ha definido ha sido naturalmente su propio genio. A su juicio, la primera cualidad del historiador debe ser la inteligencia ; comprender y hacer comprender es toda su mision. Debe explicar tan bien todos los sucesos, hacer percibir sus causas y señalar sus consecuencias, que todo se enlace y se encadene en el espíritu del lector, como se ha encadenado en la realidad. Incidentes de la política, intrigas de las córtes ó movimientos de la opinion pública, el Parlamento, la prensa, el estado económico, rentístico y social de un país, accion de los diplomáticos ó campañas de los ejércitos, el arte, la literatura, la filosofía y la ciencia ; todo debe ser mostrado, todo presentado en el orden de exposicion más claro y más lógico. En cuanto al estilo de la historia, ¿cuál será mejor? El más sencillo, el más impersonal, el que revele ménos al escritor y más los acontecimientos de que se trata. M. Thiers lo ha definido con una viva y feliz comparacion : debe ser como un espejo sin azogue, á través del cual se ven los objetos, sin colorido extraño ni deformacion de los contornos.

Por mi parte, me guardaría de imponer este ideal uniforme á todos los historiadores. Tucídides no es Jenofonte, Salustio no es César, Tito Livio no es Tácito, y todos igualmente tienen su valor. M. Thiers no se parece á Guicciardini, ni á Maquiavelo, ni á Macaulay, ni á Michelet, ni á Ranke, ni á Moomsem ; es M. Thiers y es igual á todos.

Sobre todo, los últimos tomos de esa *Historia del Consulado y del Imperio*, los que se han escrito despues de los cincuenta años, de esa época que Aristóteles llamaba la edad de plena virilidad, son la lectura más atractiva que se puede imaginar. Si me atreviera á elegir entre tantos trozos notables, citaría, ya que á españoles me dirijo, los libros referentes á esa guerra de España, que fué el crimen del primer imperio, y tambien el comienzo de su ruina. Nada era acaso más difícil de referir que las peripecias de aquella lucha oscura, sangrienta, llena de detalles confusos, de mil combates pequeños, insurreccion de un pueblo que se despierta sin cesar en pos de los pasos del conquistador. El autor ha sabido, sin embargo, hacer claro y fácil de seguir todo esto, y si su relato es el de un francés, y aún (como decimos nosotros) de un *Chauvin* (1), cuyo corazon siente cada una de nuestras derrotas y humillaciones; hay que hacerle, no obstante, la justicia de que no ha tratado de paliar la iniquidad de la invasion, ni desconocido el patriotismo del pueblo español.

La *Historia del Consulado y del Imperio* se ha traducido á todas las lenguas; honor merecido, pues la mano del escritor no quedó por bajo del abrumador asunto que le había atraído. Había comenzado por sufrir la fascinacion del genio de su héroe; y sin embargo, la postrera leccion que de su libro se deduce es que la locura es la consecuencia necesaria de todo poder humano que carece de todo contrapeso; es la advertencia dirigida á las naciones de que nunca pueden abdicar, sin caer en el abismo, en manos de un hombre, por maravilloso que sea su genio.

Acabada esta grande obra, M. Thiers no descansó todavía. Hacía tiempo que tenía el proyecto de escribir una *Historia de Florencia*, y en ella trabajaba en el momento en que estalló la guerra de 1870. Siempre había amado las artes. Había convertido su casa en un verdadero museo; los artistas iban por toda Europa á copiar para él las obras más bellas de los grandes maestros. El ardor de las luchas políticas, el relieve de los caracteres, el movimiento de la poesía, de las artes, de la actividad humana en todas sus formas, todo lo encontraba reunido en aquel magnífico asunto: la historia de Florencia. Desgraciadamente, no ha debido acabarlo; pero acaso hay escritas partes importantes que se publicarán.

Tambien se anunció en estos últimos años que desde el 24 de Mayo M. Thiers se ocupaba en un libro de filosofía en que resumía sus ideas acerca de los grandes problemas que son el eterno tormento de la eterna curiosidad del pensamiento humano. Libro semejante, escrito por un hombre que había leído tanto y visto tantas cosas, que no era ajeno á nada, ni siquiera á las ciencias físicas, químicas y astronómicas, que era curioso por la verdad en todas sus formas, que á todo se abría, á todos era asequible, y de más de ochenta años,

(1) Patriota exagerado.—(N. del T.)

se ocupaba aún diariamente de aprender, debía ser muy interesante.

Lo que en todo caso es cierto, es que muy pronto se publicará, gracias á los cuidados de Mme. Thiers y de su fiel amigo M. Barthélémy Saint-Hilaire, la coleccion de todos los discursos pronunciados por M. Thiers. Será esto como una historia de Francia desde hace cuarenta y cinco años hecha al dia, ¡y con cuánta vivacidad, cuánta gracia, cuán segura inteligencia por lo comun, y cuánto patriotismo siempre!

CHARLES BIGOT.



Madrid 30 de Setiembre de 1877.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPÍA PEROJO

Mendizabal, 64